NACHO MONTES

SCHIAPARELLI

LA ITALIANA DE PARÍS

La italiana de Paris

De la pinturera Roma de principios del siglo XX, al glamuroso, efervescente y convulso París de entreguerras, los personajes de esta novela se mezclan exquisitamente en una profunda historia de amor eterno, de amigos de sangre y de esos secretos inviolables que todos guardamos en las cajas de nuestra alma y de nuestra vida.

La azarosa existencia de la diseñadora italiana Elsa Schiaparelli transcurre vertiginosamente por medio mundo para beber de los artistas más vanguardistas de su época y construir su vibrante imperio de moda. Descendiente de los Medici, nacida en la aristocrática e intelectual cuna del Palazzo Corsini, hija del decano de la Universidad de la Sapienza, la pequeña Schiap se enamorará desde niña de las estrellas, del arte y de la sabiduría gracias a su tío, el célebre astrónomo Giovanni Schiaparelli.

Díscola, extravagante, profundamente liberal y soñadora, enemiga eterna de Coco Chanel y amiga íntima de Salvador Dalí, Elsa vivirá una apasionante historia de llena de encuentros y desencuentros en esta novela que, más allá de todas las modas y de los sueños, es un canto a la vida.

Nacho Montes

Schiaparelli

La italiana de París

la esfera de los libros

A mis padres, que fueron la raíz de todo.

A los que aman sin medida.

«En tiempos difíciles la moda siempre
es extravagante».
ELSA SCHIAPARELLI

«Una mujer como usted puede llevar cualquier
cosa en cualquier ocasión».
PAUL POIRET

«Esa artista italiana que hace ropa».
COCO CHANEL

«Feliz es el que provoca un escándalo».
SALVADOR DALÍ

«El amor es un crimen que no puede realizarse
sin cómplice».
CHARLES BAUDELAIRE

PRIMERA PARTE

SCHIAP Y LAS ESTRELLAS

1

Todos tenemos una caja de los secretos en algún rincón de nuestra casa y de nuestra alma. Yo he ido guardando en la mía durante estos últimos ochenta y tres años pequeñas cosas que hablan de mí, de mis amores, de mis recuerdos, de mis más vulnerables nostalgias. Tienen mucho más valor por lo que representan en mi corazón que por lo que pagarían los viejos y astutos joyeros de esta ciudad.

Lo único material que me queda de mi madre son estos pendientes y esta sortija de brillantes rosas, son tan puros que siempre me resultaron exquisitamente obscenos. No sé si para recordarla a todas horas, con toda la dureza de su temperamento y su genio, o para endulzar los recuerdos hasta convertirlos en los más bonitos del mundo, a pesar de todas las tragedias…

Elsa Schiaparelli dejó de escribir por unos segundos aquella carta que revisaba y reescribía cada cierto tiempo con el fin de que un día, cuando llegase su destino final, sirviese de despedida. Se miró en el espejo del tocador, cerró los ojos serena notando cómo una lágrima de nostalgia recorría su mejilla arrugada y se zambulló de golpe en aquella otra caja, la de su memoria.

1890

2

10 de septiembre de 1890
Palazzo Corsini, Roma

Nadie recordaba una noche como aquella en Roma. La lluvia inundaba el populoso corazón del Trastevere, agazapado como un niño bajo la poderosa tormenta. Dos de los árboles más grandes del Jardín Botánico, que se alzaban orgullosos hacia el Janículo, se habían partido por la mitad en la explanada que daba entrada al palacio. Celestino Schiaparelli, un hombre bonachón y tranquilo, reconocido arabista, erudito del sánscrito y decano de la Universidad de La Sapienza, deambulaba intranquilo por la biblioteca sin poder controlar los nervios. Con cada relámpago, mientras él contaba los escasos segundos que tardaba en romper un nuevo trueno resquebrajando la noche en mil pedazos, llegaba un alarido de su mujer, asistida en la alcoba principal del primer piso por las tres comadronas más reconocidas de la ciudad.

Giovanni Schiaparelli, reputado astrónomo e historiador de la ciencia, senador del reino de Italia, se acercó al mueble bar, sirvió dos vasos gruesos y pesados de cristal de Bohemia con el contenido rojizo que llenaba la licorera antigua del coñac, se bebió el suyo de un único trago y le tendió el otro a su hermano.

—Bebe de un golpe, es el mejor estimulante para que el cerebro solo procese lo necesario —afirmó sonriendo y atusándose sin prisa el espeso bigote con su mano regordeta.

—¿Todo esto de un trago? —preguntó Celestino con un hilillo de voz dubitativo, justo cuando una nueva descarga eléctrica iluminaba por un segundo la oscura inmensidad del palacio.

—Sin pensarlo. El cielo no se calmará por ello, pero tú sí —sentenció Giovanni. Y cuando su hermano ingería de golpe el contenido del vaso y un relámpago descomunal partía en dos un inmenso alcornoque sobre la cristalera de la biblioteca, haciendo estallar parte de sus vidrieras, en el piso superior rompía por fin el llanto vibrante y esperanzador de un bebé.

Los dos hermanos salieron corriendo para alcanzar la escalinata de mármol. Cuando llegaron a la alcoba, jadeantes, una de las orondas comadronas se había parapetado en la puerta unos segundos mientras las otras dos limpiaban al bebé y a la madre, que no había perdido ni un rubor de sus mejillas encendidas y seguía dando enérgicas órdenes a su doncella y a las comadronas como si no hubiese pasado todo un día de parto.

—Que no entre nadie hasta que yo lo apruebe —ordenó la parturienta tajante, mirando de reojo a la criatura recién nacida,

arqueando las cejas y frunciendo el bigote en un claro signo de desencanto.

—Tendrán que esperar unos minutos, señores —espetó la comadrona, taponando la entrada con su cara de sabuesa y el delantal ensangrentado.

—¿Qué ha sido? —preguntó el padre con las palmas de las manos juntas en un gesto de súplica y compasión.

—Una niña sana y fuerte —respondió bien alto desde dentro la matrona más anciana.

—Y fea, es evidente que no ha sacado la genética de los Medici —añadió refunfuñando la madre.

Elsa Schiaparelli había llegado al mundo, como si de un aquelarre se tratase, en mitad de la tormenta más cruda y salvaje que recordaría la ciudad en muchos años de historia. El Trastevere, ese rincón privilegiado y sabio de Roma, se había llenado de ramas y troncos, de cristales rotos y de balsas de agua y barro, pero, a los pocos minutos del alumbramiento, la luna llena salió, plateando todas las oscuridades, y la noche se meció en su blanca calma.

—Es la niña más fea que he visto en todos mis años de existencia, pero será tan bella en la vida como se proponga —pensó Giovanni al salir del palazzo Corsini, sonriendo al recordar los tres lunares que tenía la pequeña en su mejilla izquierda, dispuestos como la constelación de la Osa Mayor.

3

Los puestos de naranjas y tomates llenaban la piazza di Santa Maria in Trastevere poniendo a la mañana soleada su particular rubor a pesar de los charcos que había dejado la tormenta. Todo estaba iluminado. En Italia salía el sol y los habitantes llenaban las calles y los mercados en minutos, como un batallón de hormigas. Lo mismo hacían las buganvillas con aquellos setos enormes que un día mandase plantar José Bonaparte, habitante del palazzo Corsini durante la ocupación napoleónica de Roma. Contaban las viejas del Trastevere, cuyas abuelas habían servido como doncellas en palacio, que un día se levantó don José, rey de España, después de una noche de tormenta, salió al jardín con un sable y empezó a cortar a gritos todas las ramas caídas de las palmeras centenarias.

—Que me parta un rayo si en este jardín no florecen cada estío un millón de flores luminosas de todos los rosas que nunca haya visto este imperio —gritaba, blandiendo su sable y cortando el viento, como un don Quijote enloquecido en su lucha con una docena de molinos de viento.

Cada final de primavera, desde todos esos años que recordaban las memorias de las viejas, las decenas de matas de buganvillas que un día trajeron de España invadían los muros y verjas del palacio, colgando sobre la calle y llenando las aceras de un manto rosa vibrante. Sobre él sonaban esa mañana los botines «pizpiretos» de Catalina La Bella, la mejor amiga de la marchesa María de Dominicis, María Luisa Schiaparelli.

Catalina, veinte años menor que ella, hacía honor a su nombre. No era un apodo, a pesar de su insultante belleza. Aunque para los romanos de alta alcurnia se había convertido en la manera de llamarla por su nombre completo hasta en la más estricta intimidad. También sus amigos la llamaban así en el tú a tú, como si fuese un título que le hubiesen puesto de niña por los rasgos perfectos de su rostro. Tenía los ojos muy azules, la nariz menuda, el pecho altanero y los labios jugosos como las cerezas. Había comprado en la plaza un ramo inmenso de rosas rosas para conocer a la pequeña Schiaparelli.

Cuando llegó al palacio, María Luisa ya estaba en pie, dando gritos a todo el mundo y organizando los detalles de la comida.

—Es increíble la energía que tienes para llevar toda la noche pariendo —anunció Catalina La Bella dejando las rosas sobre la cama y acercándose emocionada hasta la cuna que habían colocado delante del ventanal para que la luz del sol bañase a la niña.

—Lo que es increíble es que nadie sea capaz de hacer las cosas

como mando. ¿Alguien puede traer una dichosa jarra con agua fresca? —gritó justo cuando una de las doncellas llegaba con ella y se apresuraba a meter las rosas en el agua.

—Oh, pero qué cosa tan, tan… —dudó unos segundos, cogiendo a la niña en brazos. Olía a talco y a esencia de lavanda.

—¿Tan fea? —preguntó con una risotada irónica la madre.

—Eres siempre tan tosca, María Luisa, que nunca me acostumbraré, pasen los años que pasen.

—Pues tendrás que aguantarte hasta que me muera, si es que no te mueres tú antes, claro está —respondió con un bufido.

—Qué cosa tan bonita, tan risueña y tan sana —sentenció con la niña en alto, que había entreabierto los ojos y había esbozado una sonrisa.

—Que el señor te conserve otras cosas, la vista la has debido de perder esta mañana —bufó de nuevo la parturienta, atusándose el pelo delante del tocador un momento antes de que volviesen a entrar dos doncellas con nuevos ramos de flores y presentes que llegaban de toda Roma.

—No te mereces todo esto —pensó Catalina La Bella en voz baja, mirando los tarjetones y los regalos y abrazando a aquel bebé que le parecía un regalo divino. Fuera, el sol seguía brillando en todo lo alto, las viejas canturreaban sus chismes y las regias buganvillas de Bonaparte bailaban, dulzonas, dando nuevas bienvenidas desde los muros altivos del palazzo Corsini.

4

La penumbra de la iglesia de Santa Maria in Trastevere era un respiro bajo el calor sofocante de Roma a pesar de estar ya en septiembre. Cuando Catalina La Bella entró y se arrodilló frente a la *Asunción* de Domenichino notó cómo un reguero de sudor recorría su espalda hasta mojar la batista de algodón de su vestido blanco bordado de diminutas flores, antes de perderse hasta desaparecer en el refajo. Respiró hondo el frescor del templo. El vientre de la basílica y su silencio tranquilizador eran siempre la calma perfecta ante cualquier mal.

—Madre, cobija en tu pecho a la pequeña Schiaparelli, haz que su progenitora la mire con la bondad y la belleza con las que yo la veré siempre, protégela de todos los males del mundo e ilumínala para que crezca sana, libre y tremendamente feliz. Te lo suplico madre bondadosa —rezó en un murmuro antes de persignarse alzando la vista al rostro de la virgen y levantándose después para abandonar aquel eterno lugar de culto al que acudía desde que tenía uso de razón, acompañada o sola. Allí se había confesado de sus más recónditos secretos, fuesen pecados o no para el Todopoderoso. Allí había llorado todas las lágrimas del mundo con cada desamor.

Decían las malas lenguas de la ciudad que Catalina La Bella había nacido tan guapa como puta. *«Tremenda puttana»* había escuchado gritar a su padre al confesar en casa una Navidad que no quería casarse con el pretendiente que su familia le tenía asignado al cumplir la mayoría de edad.

—Te casarás con don Rigoberto porque yo lo digo. Es un hombre de bien, con fortuna y salud y te dará sanos hijos —vociferó y dio un golpe sobre la mesa mientras Catalina lloraba e imploraba con la mirada ayuda a su madre, que permanecía en silencio al otro lado del comedor.

—Es viejo, feo y no lo amo —respondió ella, sabiendo lo que vendría después.

Y cuando su padre se puso en pie, los mofletes a punto de reventar y los ojos desorbitados, la madre alzó la voz como pudo y todo quedó en silencio después durante dos minutos eternos.

—Se casará cuando encuentre el amor verdadero, ¿o quieres que sea siempre una desgraciada? No hay nada más que hablar —dijo, y se quitó su sortija de matrimonio, depositándola sobre la mesa con tanta seguridad que ella misma y Catalina observaron al padre, esperando resignadas una tormenta que nunca llegó a estallar.

—Está bien, allá vosotras si queréis que siga siendo la comidilla eternamente. ¡Definitivamente desisto! —exclamó, ya sin fuerzas, y

salió del salón agachando la cabeza al pasar junto a su mujer, a la que amaba con todo su corazón, sabiendo que tenía la batalla perdida.

Madre e hija se abrazaron, habían ganado ese pulso histórico, pero en la ciudad, muy a su pesar, seguiría siendo la *puttana*. Todo porque aún no se había casado, a pesar de no haber cumplido los veintiuno y porque se le conocían tantos romances como fracasos emocionales.

—Todo por ser mujer —se decía ella misma, sabiendo la desigualdad manifiesta que le tocaría vivir siempre por el simple hecho de haber nacido con ese sexo.

Miró una vez más a la *Asunción*, sonrió y sintió que ser mujer, a pesar de todas las batallas que tendrían que venir, era un regalo del cielo. Salió del templo y el calor volvió a azotar su piel, como un latigazo, pero los puestos de naranjas y tomates, las flores y el sol en lo alto de un cielo inmensamente azul y limpio le hicieron sonreír. Estaba feliz. Le hacía sentirse viva y exultante la llegada al mundo de la pequeña Elsa. Sabía que iba a ser su cómplice siempre que la pequeña la necesitase.

1905

5

–Tío, ¿por qué podemos ver las estrellas si algunas ya no existen? —preguntó Elsa, hundida en el frondoso verde del Jardín Botánico en esa calmada noche de junio, mientras Giovanni Schiaparelli observaba en silencio, durante largo rato, la inmensidad del cielo moteado por miles de puntos de luz.

—¿Cuántas veces te lo he explicado? —preguntó sin levantar la cabeza de su telescopio, cuando lo hacía era para apuntar precisiones en su cuaderno de notas con un lápiz cortito y afilado que después se colocaba en la oreja para seguir observando.

—Muchas —afirmó sin dudar la niña, y estiró los brazos en un gesto nada femenino como si hubiese despertado de una hibernación y bostezó con la boca tan abierta que podría haber engullido de una vez uno de esos emparedados de pastrami que Giovanni llevaba siempre en su viejo maletín para pasar las largas noches de observación.

El viejo tío seguía en silencio, sentado en su silla de tijera de madera oscura y con la cabeza sumergida en aquel telescopio que Elsa conocía desde que tenía uso de razón. Era como un artilugio de magia que mantenía a su tío horas y horas sin decir ni una palabra, tan solo observando y apuntando notas en aquel cuaderno que ella robaba a veces para sumergirse en un mundo de cifras, dibujos, constelaciones, galaxias y garabatos que tanto le fascinaban.

—Sería maravilloso que después de morirnos nos pudiesen seguir viendo durante muchos años igual que nosotros seguimos viendo las estrellas —sentenció la niña, haciendo que su tío despegase por unos segundos los ojos del telescopio y la mirase con protectora ternura.

—Los que nos quieren de verdad nos siguen viendo siempre. No solo vemos con los ojos Elsa, podemos ver con el corazón —reflexionó.

—¿Y eso cómo se hace? —Se incorporó para quedarse sentada sobre la hierba crecida.

—Sintiendo las cosas, como en esas noches nubladas que miramos al cielo y cerramos los ojos para poder ver las estrellas con nuestros recuerdos —sonrió.

—¿Sabes una cosa, tío? —preguntó riéndose.

—Si no me lo dices no podré saberlo —sentenció.

—Las noches que está nublado yo miro las estrellas en tu cuaderno de notas —le dijo como desvelando un secreto.

—Lo sé —le respondió impasible, sin dejar de mirar por el telescopio.

—Y después escribo lo que siento, pero nadie lo sabe, en un cuaderno mío que tengo como el tuyo —le reveló.

—¿Y qué escribes? —preguntó, cómplice.

—Muchas cosas que me importan. Lo que veo en las estrellas. Lo que me gusta y no me gusta de la vida —dijo tan rotunda que el viejo Giovanni reflexionó. Sabía que la niña aquella de la Osa Mayor en su mejilla ya había dejado de serlo y que era tan madura a sus catorce años que cualquier día volaría en solitario.

—¿Y qué ves en las estrellas? —ahondó, curioso por saber qué sentía.

—Veo que somos muy pequeños, minúsculos, bajo esta inmensidad. Y que me siento bien cuando miro arriba y dejo de pensar. Es como si estuviésemos presos y al zambullirnos en las estrellas alcanzásemos la libertad.

—Así de bonita es la piel del cielo, Elsa —dijo con certeza, levantando la vista, sin ayuda del telescopio, hacia esa inmensidad.

La niña calló. Estuvieron muchos minutos en silencio. Las estrellas titilaban, como si se hubiesen iluminado más aún para burlarse de todo.

6

Despertar en mitad de la noche bajo las estrellas y mirar la espalda inmensa del tío Giovanni, que seguía encorvada sobre el telescopio era su placer favorito de verano. Nada había que la reconfortase más en la vida que saberse protegida por ese reducto del mundo que conformaba las noches estivales el jardín del palazzo Corsini.

—Tu madre me matará cuando se entere de que duermes aquí noche tras noche. ¿Lo sabes, niña? —preguntó él sin girarse.

—Mamá solo tiene ojos para ella misma, tío, podría escaparme a cualquier lugar del mundo durante días y no se enteraría —respondió ella con un soplido, como intentando apartar de su cara el flequillo tosco de su pelo duro y oscuro.

—Pero, si te escapases, la culpa sería solo tuya y, si supiese que dormitas aquí mientras yo trabajo, la reprimenda que me caería sería tremenda.

—¿Te da miedo? —preguntó con una sonrisilla maliciosa.

—A mí solo me da miedo la enfermedad. Ni siquiera la muerte posterior —sentenció él sin dudar.

—¿Dónde vamos cuando morimos, tío? ¿Será el cielo nuestra última morada? —quiso saber Elsa, incorporándose y mirando curiosa la eterna inmensidad de ese cielo lleno de estrellas que les cobijaba cada noche.

—¿Quién lo sabe? —replicó él con un pequeño suspiro.

—Pero, tío, si eres creyente tendrías que saberlo, ¿no te parece? —insistió sin darse por complacida.

—No creas que los creyentes lo saben todo del cielo, niña, ni de la vida, ni de la muerte. Nadie en el mundo, crea en lo que crea, sabe en realidad lo que nos espera cuando abandonemos este mundo terrenal. Eso es lo único que tengo claro. Y ahora guarda silencio y mira bien al cielo —anunció con su tono ronco y misterioso.

—¿Vas a hacer magia? —preguntó incrédula.

—Yo no, el cielo tiene su propia magia —respondió justo cuando empezaban a surcar la noche algunas de las estrellas fugaces de las que tantas noches le hablaba hasta que ella se quedaba dormida.

—¿Son ellas, tío? —preguntó excitada levantándose de un brinco y estirando los brazos como queriendo cogerlas.

—Lo son. Te dije que eran así de hermosas —anunció, levantándose y abriendo los brazos al cielo como señal de bienvenida.

—Son preciosas, tío, preciosas —repitió Elsa con los ojos llenos de lágrimas.

—La vida ahí arriba es un maravilloso misterio. Me gusta que lo

hayas descubierto conmigo —dijo bonachón mientras su sobrina lo abrazaba fuerte intentando rodear su generosa cintura.

—No se me ocurre ningún sitio mejor para pasar las noches que este, tío. Gracias por permitírmelo.

—Pronto querrás salir, divertirte y gozar con cosas mucho más mundanas. Llegarán los chicos que te quiten las ganas de ver las estrellas conmigo mientras yo trabajo. Ya lo verás.

—A mí los chicos de mi edad me aburren, tío. Solo hablan de estupideces. Yo prefiero estar contigo y salir a pasear con Cata. Ella me entiende tan bien.

—Catalina La Bella es una gran mujer —admitió escueto.

—Es mi mejor amiga. Nadie me va a comprender nunca como ella. Ojalá hubiese sido mi madre —soltó sin medida.

—No digas eso, Elsa. Tú ya tienes a tu madre. Sé que no te gustan sus mandatos, pero es tu madre y eso es lo que hacen las madres.

—¿Gritar todo el día y estar de mal humor? —preguntó con sorna.

—Dictar y ordenar para que se cumplan ciertas normas. No se lo reproches. Es su deber.

—Los dos sabemos, tío Giovanni, que no piensas como ella y que no podrías reconocérmelo porque eres el hombre más bueno y educado del mundo y jamás te atreverías a cuestionar a mi madre —dijo, y volvió la vista al cielo.

—Es hermosa y hechizante —intentó zanjar el tema.

—¿Mi madre? —preguntó irónica, sabiendo que no era la respuesta.

—La piel del cielo con sus perseidas —respondió rotundo.

Y los dos permanecieron horas de nuevo en silencio mientras las lágrimas de San Lorenzo llenaban de sueños la oscura inmensidad.

7

10 de septiembre de 1905

Catalina La Bella había pasado los treinta con tanta lozanía que gran parte de las mujeres pudientes de Roma, todas esas señoronas acicaladas al límite que frecuentaban las reuniones sociales de la señora Schiaparelli en el palazzo Corsini, pensaban que era bruja. No era posible, creían de mala fe, que su belleza fuese en aumento según cumplía los años.

Cuando llegó al jardín del palacio para festejar los quince años de la ya nada pequeña Elsa, varios corrillos de aquellas cotillas empezaron a murmurar, casi a cotorrear pensó Catalina, como hacían las palomas en el viejo desván del palacio con aquel sonido que le resultaba tan impertinente.

—Me han dicho que hace conjuros las noches de luna llena y que por eso nunca envejece, aunque sea ya fruta madura —sentenció una de las viejas, levantando altiva la vista bajo el casquete de red y plumas con el que se había tocado su ahuecado moño.

—Mi marido dice que le han contado que es más bella aún desnuda y que tiene la piel como la seda india —añadió otra, e hizo una mueca de celosa incredulidad.

—¿Le han contado? —preguntó una tercera, soltando una risotada irónica y mirando a la pavisosa esposa.

—Es evidente que algo hace, no es posible que ella esté cada vez más bella y nosotras más maquilladas —soltó la más vieja del corrillo con tanto aplomo que el resto enmudeció. Y justo cuando se hizo el silencio, resurgió de la nada Catalina, que había desaparecido de sus vistas hacía escasos minutos.

—Buenas tardes, señoras, qué bien las veo después de tantísimos años, brindo por todos ellos —dijo risueña, haciendo el coqueto gesto de besar su copa de champán. Su *bustier* de seda burgundy prometía tantos estragos como su sorpresiva llegada.

María Luisa Schiaparelli se había pasado media tarde discutiendo con la homenajeada en su alcoba. Que si esto no lo podía llevar porque era una indecencia, que si aquello debería quemarlo para que nunca tuviese la tentación de ponérselo. Que si de todos modos iba a estar igual de fea porque nunca se peinaba y se arreglaba como una señorita de bien.

—¿Qué es exactamente una señorita de bien, mamá? —preguntó esa tarde Elsa con tanta retranca que a su madre se le había atragantado ese té inglés rojizo e intenso que alguien traía por cajas de no sabía bien qué lugar, ni con qué objetivo. Decía su madre que la mantenía serena. Pero el caso es que ella la recordaba siempre alterada y

gritando como si estuviese poseída.

—No seas impertinente, Elsa —respondió con un soplido, dando tres vueltas con la cucharilla de plata, ni una más ni una menos, en la taza de porcelana italiana.

—Me llamo Schiap —soltó contestataria.

—Deja de decir tonterías y veamos de una vez qué te pones para la fiesta —resolvió la madre, y volvió a abrir el armario y empezó a sacar las prendas que su hija había arrinconado en el fondo.

—No es ninguna tontería. Desde hoy quiero que todo el mundo me llame Schiap. Y tampoco lo es que no pienso ponerme lo que a ti te parezca, mamá, estoy harta de que me trates como a una niña pequeña y caprichosa. Acabo de cumplir quince años.

—Perdone usted, doña Schiap, no sabía que a los quince años las mujeres eran ya empresas independientes —respondió tan irónica como enojada.

—Eso es lo que te pasa a ti, mamá, que crees que las personas somos empresas. Y que podemos vestirnos y comportarnos como si estuviésemos siempre esperando la mejor cotización de nuestros activos. La gente tiene sentimientos, corazón, ideas…

—¡Basta! —gritó la señora Schiaparelli con tal ímpetu que los murmullos del servicio en la planta baja del palacio enmudecieron de golpe—. Haz lo que quieras, desisto, de todos modos, nunca serás la mujer bella y perfecta que toda madre habría deseado tener —sentenció de mala gana, y salió de la alcoba dando un portazo.

Elsa cogió su espejo de mano del tocador y se tiró en la cama resoplando. Se miró burlona. Su moño parecía haber sufrido una revuelta callejera. Sus mofletes se habían encendido de ira, pero fue observar una vez más los tres lunares de su mejilla y acordarse de las constelaciones y de la paz que le transmitía siempre el tío Giovanni. Sonrió y dio un generoso sorbo al dichoso té rojo con ginebra, sabía que siempre la llevaba, de la taza que su madre había dejado abandonada en la mesilla en plena guerra. Le agradó el sabor y el calor que provocó en su garganta.

—Pues no me veo tan fea —se dijo, mirándose de nuevo en el pequeño espejo. Apuró el contenido de la taza. Y volvió a sonreír.

Catalina tenía copada la atención de la fiesta cuando Elsa apareció en el jardín con su vestido azul noche de shantung al que había aplicado en el escote unas antiguas estrellas de cristal color champán. Las guardaba en una caja que le había regalado el tío Giovanni la última Navidad.

No era la mujer más guapa del planeta, lo sabía, pero aquellas estrellas deslumbrantes y sus ojos inquietos sirvieron esa noche para demostrarle a su madre y al mundo que en los detalles más simples y emocionantes estaba lo mejor de las personas.

Según avanzaba, abriendo los invitados un camino humano al ver aparecer a la joven celebrante, María Luisa Schiaparelli tragó saliva sin poder disimular su cara de asombro al ver a su hija vestida de noche. En pocos minutos toda la fiesta estaba sonriente y feliz, alrededor de aquella mujercita de ojos oscuros e inquietos, cinturilla estrecha y porte regio.

—Tía Cata, hay un viejo ahí que no te quita el ojo de la cintura —señaló Elsa disimuladamente con la cabeza mientras Catalina La Bella bebía coqueta de su copa de champán.

—Lo sé, Schiap, es don Rigoberto, un puñetero viejo millonario con el que mi padre lleva años queriendo comprometerme —respondió sin dejar de sonreír.

—Pero si puede ser tu abuelo, por favor, qué degeneración —farfulló con un soplido, provocando las carcajadas de esa hermosa mujer que, sin ser su tía de sangre, era, junto al tío Giovanni, su persona favorita en el mundo.

—No me hagas reír o vendrán a compartir nuestros chismes y no quiero ver a este hombre ni de lejos, nada me puede dar más pereza en este momento. —Se puso un dedo en la boca para zanjar las sonrisas.

—Un poco tarde, tía —susurró, encogiéndose de hombros y ladeando la cabeza en señal de aviso. Don Rigoberto se acercaba con la misma agilidad de un pescado en un río, a pesar de los portentosos kilos que su anatomía debía desplazar.

—Buenas noches, señoritas, me encantaría saber qué es eso tan gracioso que les ha provocado que se rían de esa manera encantadora —exclamó con esa voz tan rotunda y gorda como su propia cintura.

Catalina La Bella tragó saliva, ingirió de golpe el champán y levantó la mirada como haciéndose la sorprendida.

—Hombre, don Rigoberto, no lo habíamos visto —respondió con mucha pompa y tendiendo su mano para que el hombre la besara.

—Yo sí lo había visto —corrigió Elsa con una sonrisa maliciosa que se borró al segundo al ver cómo Catalina La Bella le atravesaba hasta el alma con su mirada azul.

—La felicito, por su cumpleaños y por tener tan buena mirada entre tantos invitados a esta divina fiesta —resolvió el ampuloso caballero justo antes de preguntar, servicial, si deseaban tomar algo.

—Me encantaría otra copa de champán, gracias por la galantería —dijo, inclinando la cabeza.

—Será un placer traerle una, querida mía.

En cuanto el viejo desapareció de su vista, Catalina La Bella cogió a Schiap del brazo y la arrastró hasta detrás de uno de los setos del jardín.

—Solo te perdonaré la insolencia si guardas silencio para que cuando vuelva no nos encuentre. Qué tipo más pesado y desagradable. —Soltó un bufido.

—Lo prometo —respondió Elsa, aguantando la risa al ver a don Rigoberto perseguir a los camareros que portaban las bandejas con las copas del champán.

—Juro que no me moveré de aquí hasta que a ese viejo pelmazo y sabelotodo se lo trague el jardín —volvió a bufar Cata.

—Su champán, señora —dijo de repente la voz timbrada y jovial de un jovencito de ojos vivaces de un azul infinito, mofletes con pecas y pelo rojo revuelto.

—Por Dios. Casi me da un infarto. —Se incorporó Catalina de un sobresalto mirando con atención al chaval que le tendía la copa.

—Perdone, señora, no quería asustarla, me manda mi tío con esta copa para usted —dijo, con una sonrisa que se ensanchó al mirar a una y a otra.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Elsa, mirándole con atención y sonriendo por dentro.

—Soy el sobrino de Rigoberto, me llamo Thistle. Thistle Bloom —respondió el chico sin perder ni un segundo esa sonrisa que le hacía encantador—. Thistle significa cardo, es la flor oficial de Escocia, mi padre es de ahí —continuó con su explicación ante la mirada escrutadora de las damas.

—¿Cardo florecido? —preguntó de repente Elsa con una risotada tan sonora que Catalina medió para que el chico no se sintiese ofendido.

—Me parece precioso tu nombre. Thistle, yo si tuviese un hijo que se apellidase Bloom también le habría puesto tu nombre.

—En la escuela se burlaban de mí porque decían que ya era suficiente drama apellidarse Florecido como para que me pusiesen Cardo de nombre, pero a mí me gusta, lo eligió mi madre cuando nací y es lo único que tengo de ella para imaginarla —volvió a sonreír

llenando a Elsa de una repentina e infinita ternura.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó cariñosa.

—Murió cuando yo nací, mi padre me dice que era la mujer más guapa de la tierra.

—Perdona por reírme, en el fondo me parece precioso tu nombre, a mí me encantaría que me hubiesen llamado Estrella si me apellidase Del Cielo, pero me llamaron Elsa, aunque me puedes llamar Schiap. ¡Encantada! —le tendió su mano, que el chico estrechó mirándola a los ojos y sonriendo de nuevo, ahora con más ganas aún.

—Encantado, Schiap, puedes llamarme Thistle Bloom —dijo con ironía sin soltarle la mano.

Catalina, que había sentido un pellizco en las entrañas al escuchar al niño hablar de su madre, miraba de uno a otro, como en un partido de bádminton, incrédula del repentino hechizo que se había creado en el ambiente. Elsa sintió al instante que aquel iba a ser el cumpleaños más bonito de su vida y que el cardo iba a ser su nueva flor preferida.

Estaba el tío Giovanni dibujando en su cuaderno de notas la luna y las estrellas que rodeaban su aureola blanca esa noche cálida de septiembre cuando Elsa apareció entre las sombras del jardín.

—Pensé que hoy no vendrías —dijo sin levantar la mirada del boceto.

—¿Por qué no iba a venir? —respondió ella extrañada.

—Porque hay un jovencito en la ciudad que seguro que te espera para ir a ver las estrellas con él y no con tu viejo tío —aclaró él con la cabeza sumergida en sus dibujos y sus notas. No quería mirar directamente a la cara a su sobrina, pero imaginaba su disimulado asombro.

—No sé de qué me hablas, la verdad —mintió ella, encogiéndose de hombros cuando el tío Giovanni levantó la cabeza y la miró por encima de sus anteojos.

—¿De verdad? —preguntó, seguro.

Elsa se sonrojó tanto que toda Roma podría haberlo visto hasta en la oscuridad de aquel rincón del mundo que solo compartían ellos dos.

—Mataré a la tía Cata por ser tan chivata y entrometida —dijo ella, tajante, dándose aire con las manos en la cara para aliviar el sofoco que tenía en ese momento.

—Catalina no me ha dicho nada, señorita, así que no tendrás que matar a nadie, salvo que sea de amor —soltó con una pequeña risita, que a Elsa se le antojó tan frívola como insólita conociendo la seriedad imperturbable de su tío.

—¿Me he perdido algo? —preguntó ahora, con intención de enojarse pero sin conseguirlo. La devoción que le provocaba el tío Giovanni era superior a todo enfado.

—Quizá no eres tú la única que bucea en mis cuadernos —dijo, siguiendo con esas risitas inusuales en él.

—¿Has leído mi diario? —preguntó atropelladamente. Elsa estaba tan descolocada que su mente intentaba pensar a toda prisa.

—Nunca haría eso, señorita, me ofende hasta que puedas pensarlo —replicó, ahora sin risas.

—Entonces ya sí que me he perdido del todo, tío —resopló, dándose por vencida.

—Todo en la vida, querida sobrina, tiene una explicación razonada. El problema es que en pocas ocasiones nos detenemos a comprenderla, a menudo ni siquiera a observar. Y a veces es bueno no buscar la explicación de toda acción, pero, otras muchas, nos ayuda a entender las cosas y nos hace vivir más serenos. La ciencia, las matemáticas, el

cálculo de algunas cosas son exactos, no admiten interpretaciones. Los sentimientos, por el contrario, son tan variables y volubles como queramos imaginarlos. Por eso es bueno observar sin darle demasiadas vueltas, simplemente observar —explicó con esas pausas tranquilas que hacían que Elsa pudiese estar horas y horas escuchando a su tío.

—¿Y qué has observado en mí para pensar que esta noche no vendría a ver las estrellas como siempre? —preguntó expectante.

—Primero la explicación lógica, lo matemático. Don Rigoberto mandó delante de mí a su sobrino a llevar una copa de champán a tu tía Cata. «Ve hasta el final del jardín y entrega esta copa a la señorita Catalina de mi parte, está escondida detrás de ese seto», así, tal cual te lo digo, ordenó al joven Thistle que llevase su encargo. De nada os sirvió esconderos porque él supo al instante que le estabais rehuyendo.

—¿Y la segunda? —preguntó curiosa, ladeando la cabeza y arqueando las cejas.

—La segunda explicación es la sentimental, la no tangible, pero que a menudo nos da pistas certeras. Hoy te has pintado las mejillas con colorete rosa. Y los labios con un brillo frutal. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste? —Alzó la mirada hacia el firmamento y bajó después la cabeza hasta el objetivo de su telescopio.

Elsa supo en este instante que su tío era el más grande observador del mundo, no solo de las estrellas. Y sonrió emocionada.

Thistle fue su primera vez. La primera que un chico le robaba un beso sin preguntar si podía hacerlo, aunque solo fuese en la mejilla. Fue en el banco de piedra de la fuente de Santa Maria in Trastevere, después de más de cinco horas contándose mil cosas que les hacían ser tan parecidos que a Elsa le habría encantado correr eternamente de su mano por toda la ciudad, gritando como locos, bebiendo agua de las fuentes, comiendo fruta, riendo… Pero no podían ir mucho más allá de la plaza si no quería escuchar a su madre chillar desde los balcones del palazzo Corsini como si la hubiesen raptado. Le maravillaba la capacidad que tenía para gritar como una tendera del mercado desde cualquier rincón del palacio y enjoyada como para ir a la ópera desde primera hora de la mañana. Y así todos los días del año, se decía.

—Perdona si te ha molestado —dijo él, sonrojado al ver que Elsa enmudecía.

—No me ha molestado, me ha gustado —respondió seria. Ella, que sabía que había heredado de su madre parte del carácter y de la fuerza, se veía ahora enmudecida por un pelirrojo con cara de travieso que acababa de llegar a su vida y que en pocas horas volvería a desaparecer.

—Qué pena que vivas en Roma. Sé que podrías ser mi mejor amiga si viviésemos en la misma ciudad. Las Tierras Altas de Escocia te encantarían. Allí no tengo amigas y a los chicos no les gusta ver las estrellas, ni oler las flores, ni compartir la fruta a mordiscos. Allí tenemos pocas frutas —sonrió, mirándola.

—¿A qué clase de amigas te refieres? —preguntó con picardía.

—A amigas como tú, a las que podría contar cosas tan secretas sobre los chicos y las chicas que me gustan. En Escocia ninguna amiga lo entendería como tú. Eres diferente a toda la gente que conozco —contestó sin dejar de mirarla, y cuando ella sonrió, volvió a besarla.

Elsa se sintió genial, a pesar de ser consciente de que nunca podrían ser más que unos amigos que estaban destinados a vivir a miles de kilómetros. No sabía cómo olían las flores del cardo, ni siquiera si tenían olor, pero Thistle Bloom olía a primavera, a fresco, a dulce. Y le gustó tanto que la volviese a besar y que le hubiese confesado tantas cosas que por primera vez en sus quince años de vida supo que, viniese como viniese la vida, él sería parte importante de ella.

Solo un día después él volvería a Escocia para empezar sus estudios. Así que esa noche, sin haber preguntado previamente al tío Giovanni si podía invitar a alguien a ese rincón secreto del jardín donde el científico estudiaba las estrellas y que solo ellos dos compartían desde

su infancia, Elsa llegó con el joven Thistle Bloom. Le hizo pararse unos metros antes y avanzó entre los setos hasta alcanzar la espalda de su tío, nerviosa.

—Dile que puede acercarse, si tú le has traído hasta aquí es bienvenido —sentenció con voz alta y clara sin ni siquiera haber vuelto la cabeza.

Le maravillaba la capacidad que tenía para observar las cosas sin mirarlas. No sabía si era magia o ciencia, pero qué importaba.

—Gracias, tío Giovanni. —Elsa le abrazó por la espalda. El cielo estaba esa noche cuajado de millones de estrellas deslumbrantes. Su corazón también.

11

Septiembre de 1905

Nunca había visto al tío Giovanni retirarse a dormir antes de que el sol, aún escondido, empezase a teñir el cielo de un rosa pálido que borraba como por arte de magia las estrellas. La primera noche que lo hizo fue esa misma en la que Elsa le había descubierto al joven Bloom el rincón más secreto y fascinante de los jardines del palazzo Corsini.

Las begonias rosas, solo las rosas, decía siempre la florista del mercado, son las únicas que huelen, y lo hacen con un perfume ligero y dulce. Y tenía razón, pensaba siempre Elsa cuando se tumbaba en el césped, el sol aún azulando el cielo, esperando a la noche. Esa fragancia sutil que desprendían las begonias y las diminutas flores blancas de las madreselvas se mezclaba horas después con intensidad, en cuanto la luz solar se desvanecía, con las flores de aquellas damas de noche que un tal Pepe Botella había hecho llegar desde España junto con las buganvillas para llenar el palacio de color y perfume. Eso le había oído contar a su tío.

Cuando Elsa empezaba a embriagarse, con el dulzón perfume que lo llenaba todo en pocos minutos, sabía que ya no quedaba nada para empezar a disfrutar del espectáculo de las estrellas.

—¿Pepe Botella? —preguntaba en tono divertido.

—Así lo llamaban los españoles, aunque dicen que no era un gran bebedor. Era débil y delicado como algunas de estas flores que le encantaban —explicaba Giovanni Schiaparelli con su voz masculina y modulada.

—¿Y si no era bebedor por qué lo llamaban así? —insistía Elsa curiosa.

—Cuando eliminó el impuesto sobre el alcohol y amplió los horarios de la venta de las bebidas alcohólicas lo empezaron a llamar así. Los españoles tienen un arte especial para poner curiosos nombres a las personas según sean sus actos y sus costumbres —relataba mientras Elsa olía con los ojos cerrados las damas de noche ya abiertas.

Esa noche en la que el tío Giovanni empezó a recoger su mesa de trabajo y su telescopio, con el cielo lleno aún de miles de puntos centelleantes, Elsa se levantó hasta alcanzar su generosa espalda.

—Tío, ¿te ha molestado que haya invitado a Thistle? —susurró confundida.

—Claro que no, Schiap, nada de eso, créeme, niña bonita —confirmó sin dudarlo.

—¿Por qué te vas hoy tan pronto entonces? ¿Te encuentras bien? —preguntó con una media sonrisa; le gustaba que su tío la llamase niña

bonita, era el único que lo hacía y eso la llenaba de ternura y gratitud porque sabía que no lo era, al menos no como lo era su tía Catalina, por naturaleza.

—Me encuentro de maravilla, por eso quiero que esta noche la disfrutéis solos vosotros. Démosle al joven Thistle el placer de compartir esta magia a solas contigo. Seguro que lo recordará con más cariño que si estoy yo presente —sonrió, y dio un pequeño y cariñoso pellizco en la mejilla de su sobrina.

—¡Gracias, tío! —exclamó ella de puntillas para alcanzar a darle un beso en su frondosa barba.

—No me las des, cariño, nada me gusta más que verte feliz. ¿Ya no pico? —preguntó sonriendo y atusándose esa barba por la que tanto se quejaba de niña cuando lo besaba. Miró a su sobrina con resignada ternura. Se había hecho mayor.

—No habría imaginado que desde aquí se pudiesen ver tan cerca, parece que puedas tocarlas. —Thistle estiró el brazo por encima de Elsa, tumbada sobre su pecho, como los niños que sueñan con alcanzarlas.

—¿En Escocia se ven así de bonitas? —quiso saber ella sin dejar de admirarle y respirando el dulce perfume de su piel cada vez que se estiraba o se movía.

—Se ven inmensas desde el alto de Dornoch Firth. Pero ahí huele a mar y a naturaleza bruta y aquí a almíbar, es un perfume diferente.

—Tú también hueles a dulce, me gusta olerte —le confesó ella, pegando la cara a su piel, la camisa entreabierta, y respirando profundamente.

—No me hagas eso, por favor, que me muero de las cosquillas —se retorcía él sin poder parar de reír.

—Es que quiero memorizarlo para cuando estés lejos —se justificó ella sin dejar de respirar hondo sobre sus pectorales, ya fuertes y definidos a pesar de ser un quinceañero.

—Si sigues así, te enterarás —amenazaba él sin dejar de convulsionarse.

—¿De qué me voy a enterar? A ver —le retó, juguetona, mordiendo la piel.

Y cuando Thistle volvió a besarla y notó su lengua suave, todo el perfume de las damas de noche se había mezclado en su cerebro con el de su piel hasta notar cómo su corazón explotaba de gusto. Y supo, con la misma felicidad que tristeza porque se iría en pocas horas, que ya nunca serían los amigos castos de los besos de niños robados en la plaza. Serían mucho más.

12

Días, semanas y hasta meses después de despedirse aquella noche, Elsa había vuelto una y otra vez a oler la flor del cardo que le había regalado Thistle Bloom prensada en un libro. Sabía que no podía tener olor, pero cuando sus secos pistilos le hacían cosquillas en la nariz todo aquel perfume dulce y excitante de aquella noche volvía a abrasarla por dentro hasta ruborizarse.

No entendía por qué la vida se empeñaba a veces en separar a las personas, ni por qué estas no se rebelaban para cambiar el rumbo de las cosas. Por qué era todo tan difícil. Por qué tenía que silenciar todo lo que le dolía esa ausencia.

—Lo echas de menos, lo veo en tu mirada —afirmó una noche por fin el tío Giovanni, como siempre, si darse la vuelta.

—Tanto que me duele —respondió Schiap, acercándose y abrazándolo. Su espalda gigante era un cobijo desde niña.

—¿Por qué nunca me lo cuentas? Cuando eras más pequeña me lo chivabas todo, era tu mejor y más discreto confesor. Sé que ahora te cuesta, pero debes seguir confiando en este rincón nuestro, aquí se van a quedar para siempre muchos de nuestros secretos de todos estos años.

—No te lo cuento porque hablar de ello también me duele, tampoco se lo cuento nunca a la tía Cata, luego me reprocha que soy tan dramática como mamá —resopló.

—¿Sabes lo que hago yo cuando extraño algo? Aunque me duela, lo escribo —le dijo, señalando sus cuartillas limpias de cartulina y el plumier de sus lapiceros de madera, siempre con la punta sacada y limpia—. A veces hasta lo pinto —bajó la voz como confesando un secreto, a pesar de tener todo el jardín para ellos solos.

—Me gustaría escribirle tantas cosas, pero no sé si las entendería —le confesó, acercándose hasta la mesa y tocando con suavidad las puntas de los lápices.

—¿Y qué te impide hacerlo? Seguro que os servirá a los dos.

—¿A los dos? —Levantó la ceja sorprendida.

—A ti para expulsar esa angustia que te mantiene lánguida y como un animalillo abatido en mitad del bosque. A él para saber que lo echas de menos y para darle la opción de responderte. Y no levantes la ceja como si estuvieses enojada —dijo sin dejar de mirar las estrellas, volviendo a desconcertarla una vez más.

—¿Cómo sabes que la he levantado? Venga, cuéntame tu truco de magia de una vez, ya no soy esa niña crédula de antes —le espetó.

—Recuerda aquello que te dije un día, todo tiene una explicación

que nos ayuda a comprender las cosas, todo —aseguró.

—¿También lo que parece magia? —Seguía con la ceja levantada.

—Eso más que nada. Mira, acércate al telescopio y observa la noche alrededor, con atención, no necesitas tocar nada, tómate tu tiempo. —La aleccionó.

Elsa llegó hasta el artilugio, miró detenidamente a su alrededor, después apoyó un ojo en el metal frío. La Osa Mayor resplandecía como nunca. Sonrió al recordar los tres lunares de su mejilla. Cuando apartó la vista del cristal, sin darse casi ni cuenta, las flores de la madreselva de uno de los setos que tenían a sus espaldas se reflejaron chispeantes en el espejo del telescopio. Se alejó un poco y vio su rostro reflejado también, las mejillas encendidas como cuando era niña. Se sorprendió de no haberse dado cuenta nunca de que ahí, en ese pequeño cristal oscuro por el que veían las estrellas, se reflejaba, como en los espejos, la vida a las espaldas del gran astrólogo. Y esa magia de la que creía que estaban hechas las adivinanzas del tío Giovanni se hizo tangible, real y tan humana que a Elsa la llenó de admiración una vez más.

1909

13

1 de septiembre de 1909

Querido Thistle:

Quizá estés un tiempo sin recibir mis cartas después de esta misiva. Mi madre ha perdido el juicio, si es que alguna vez lo tuvo, y me mandan a un internado en Suiza. Creen que me he vuelto loca o algo parecido.

Todo surgió por mis letras. ¿Recuerdas algunos de los poemas que te he ido mandando estos últimos años? Hoy hace cuatro desde nuestra primera noche de estrellas en Corsini. Pues bien, los recopilé en Arethussa*, un poemario que para mí era tan importante como la libertad. Tú y yo sabemos muy bien lo que es la libertad sexual y sentimental de las personas. Ellos no han entendido nada. Y mi familia, todo orquestado por mi madre que nunca será una mujer de mundo aunque ella se lo crea, ha decidido que necesito disciplina, corrección y reflexión. Sí, así todo junto. Como si yo fuese una cabra que ha enloquecido y trisca por el mundo sin saber a dónde va. Quizá lo soy, no sé, pero no estoy loca para que me encierren con cuatro monjas suizas que a saber si no están más locas que yo.*

Me encomendé a la tía Cata y tuvo tal discusión con mamá que salió del palacio dando un portazo y gritando que estaba enferma y que siempre me iba a apoyar. Pero ni ella, ni el tío Giovanni, que está en Milán ahora inmerso en sus teorías astronómicas, me han podido salvar de este trance. Sufro por papá, sé que él no quería este destino para mí.

Prometo escribirte de nuevo en cuanto pueda. Si no es desde Suiza será desde cualquier otro lugar del mundo, pero ya sabes que tú y yo vamos a estar siempre conectados por las estrellas.

Te quiere, tu amiga eterna,

Schiap

Elsa lacró el sobre con una sonrisa cómplice, sabía que Thistle Bloom era la persona que mejor la entendía en el mundo después de esos cuatro años de misivas semanales, y volvió a coger papel limpio.

Querida tía Cata:

Nunca voy a poder agradecerte todo lo que has hecho por mí desde que nací. La familia no siempre depende de la sangre, hoy me doy más cuenta que nunca de esta verdad verdadera. Tú eres mi familia por encima de todo.

Y mi amiga más importante.

No te preocupes por nada, sabré saltar este bache, aunque mi madre se empeñe en condenarme. Ella es tan arcaica como esta sociedad estúpida y necia en la que vivimos. Te admiro porque eres una mujer que ha sabido vivir la libertad por encima de todas las cosas. Sé que un día seré tan libre y feliz como lo eres tú.

Te quiere siempre, tu sobrina eterna,

Schiap

Lacró el segundo sobre con los ojos a punto de las lágrimas, pero conteniendo el aliento. Catalina La Bella jamás se habría derrumbado ante nada. Y ella no iba ser menos. Cogió por última vez papel limpio, sabiendo que la tercera carta era la más complicada.

Queridísimo tío Giovanni:

Nadie me lo ha dicho, pero sé a ciencia cierta —tú me enseñaste que no hay que mirar siempre con los ojos las cosas para verlas— que has mediado para que esta prisión a la que me someten en Suiza no se materializase. Te lo agradezco con todo mi corazón.

Tú me conoces mejor que nadie, incluso más que la tía Cata, aunque a ti no te haya

contado tantos secretos como a ella. Tú sabes bucear en cada una de mis constelaciones. Hoy me siento indignada e incomprendida, pero sé que no por ti, y eso me hace la mujer más feliz del planeta y de todas las galaxias.

Vela por mí, pide a las estrellas que me lleven por buen destino.

Te quiere siempre y te admira, tu sobrina celestial,

Schiap

Rompió a llorar según lacró el tercer sobre. Elsa sabía que su tío también lloraría por la impotencia de no haber podido parar la decisión del internado. Pero le alegraba pensar que, después, volvería a posar su mirada en las estrellas para seguir descifrando el mundo. Tenía claro que él iba a ser siempre su genio más omnipresente.

Metió las tres cartas en una caja y se las entregó a una de las doncellas que sabría que nunca la traicionaría. Ella las haría llegar a sus tres destinatarios. Después cerró la maleta, en la que alguna de las mucamas había metido un paquete de galletas y muchas chocolatinas, y se emocionó por ese guiño de ternura infinita. Se metió el pelo recogido en su gorro y cerró la puerta de su alcoba en el palacio sin saber cuándo volvería, o si volvería alguna vez a ese lugar. Fuera, en el Trastevere romano, se habían fugado las estrellas y la lluvia lo diluía todo.

14

Octubre de 1909
École Internationale des Filles de Dieu, Suiza

Llegó tirando de una maleta gigante sobre la nieve, dejando un surco blanco tan nítido que parecía que hubiesen arrastrado a un cadáver envuelto en una manta en mitad de la nevada. El Colegio Internacional de las Hijas de Dios se hallaba en un espectacular castillo medieval a orillas del lago Lemán. Su imponente silueta de piedra emergía entre la nieve como una fortaleza inescrutable que parecía flotar sobre las aguas heladas. Elsa alzó la mirada hacia el cielo, junto a la puerta principal del recinto amurallado, y sintió cómo el corazón se le encogía. Si Thistle hubiese venido a rescatarla, como en los cuentos que leía de niña, habría sido imposible que trepase por esos muros hasta las ventanas sin caer al foso, o lo que era peor, a las aguas gélidas de aquel lago del que tanto había escuchado hablar en Italia por sus excelencias naturales y su clima ideal, y que ahora se le antojaba como un inmenso cementerio.

—Bienvenida a nuestra humilde escuela, señorita Schiaparelli, soy la madre reverenda de este cristiano hogar —anunció con una voz aguda y estridente una monja tan alta y rubia que Elsa pensó que no era de la misma raza que ella. Un mechón perfecto, platino, se escapaba estudiadamente de su toca.

—¿Bienvenida? —preguntó como respuesta con la boca torcida en un indudable gesto de desagrado.

—La hermana Solstice le ayudará con su equipaje y a acomodarse en su habitación —dijo con displicencia, presentando a una monja bajita y pizpireta que tenía los mofletes rojos y los dientes graciosamente desiguales. —Elsa la miró a los ojos y sonrió levemente. La superiora continuó—: La cena se sirve en el comedor principal a las cinco y media de la tarde. Hoy, como es domingo, no tendremos horas lectivas, pero esta noche le dejarán en su puerta la programación de la próxima semana. Recuerde que está completamente prohibido salir del recinto perimetral del colegio, que no se admiten reuniones personales en las habitaciones, ni lecturas que no hayan sido supervisadas por la madre bibliotecaria y que la oración es nuestro principal alimento para el alma. —Antes de que la reverenda terminase su perorata, la hermana Solstice ya había cogido con garbo la inmensa maleta y subía con agilidad los escalones de piedra de la entrada principal. Su culo, observó Elsa, era tan respingón que el hábito se le levantaba como una campanilla tintineante.

—Yo siempre digo que me habría gustado llamarme Estrella, pero Solsticio no está nada mal —rompió Elsa el silencio cuando llegaron,

casi sin aliento, al tercer piso en el que se hallaban las habitaciones de las internas.

—A mí, de pequeña, no me hacía mucha gracia, pero ahora me gusta llevar el nombre que anuncia los cambios de las estaciones y la posición del sol en el universo —dijo la hermana con un suspiro, después de soltar la pesada maleta.

—Todo lo que tenga que ver con el universo tiene magia —replicó Elsa, sonriendo abiertamente, intuía que aquella hermana sería su única aliada en ese encierro. Porque sí, daba igual cómo lo quisieran denominar en su casa, o que su madre hubiese justificado el destierro como una oportunidad única para estudiar en el mejor colegio del mundo, la École Internationale des Filles de Dieu era, no pretendía olvidarlo ni un minuto del día, un encierro y un castigo por pensar libremente y en voz alta.

Miró la estancia detenidamente cuando se quedó sola. Una cama mediana vestida con una manta gruesa de punto de lana, un crucifijo austero de madera sobre ella, un armario con puerta de espejo y una mesilla con una lamparita que daba una luz cálida conformaban la zona del dormitorio. Al otro lado, junto a una ventana que se abría al horizonte en la piedra del castillo, había una mesa camilla y un par de butacas que parecían confortables. Cuando Elsa se acercó y corrió el espeso cortinaje se topó con la vida, aunque fuese desde ese encierro. La inmensidad del lago Lemán, calmado y frío ese atardecer de octubre, se había tintado de un rosa especial con la puesta de sol. Esa vista infinita iba a ser, pensó en el silencio sepulcral de su alcoba, su libertad y su escape.

15

Esa noche habían servido judías cocidas y una especie de pescado hervido que a Elsa le pareció como un trozo de muerto. Las internas, llegadas hasta el cantón suizo de Vaud durante el último mes para comenzar su año escolar, venían de casi todo el planeta y hablaban muy bajito en distintos idiomas. Elsa las observaba en silencio, removiendo con desgana tres judías tiesas alrededor del pescado inerte.

—¿No vas a comértelo? —preguntó Agna, una chica grandota alemana, con pinta de mesonera, mirándola a los ojos tan fijamente que creyó que podría haberla hipnotizado en un segundo.

—Ni muerta —respondió Elsa tan tajante que en un instante la alemana le había birlado con la mano el pescado y se lo comía salvajemente como hacían los osos cuando pescaban en los ríos de montaña.

—Desapareció, ¡magia! —exclamó riendo aún con la boca llena.

Al final de la mesa de madera, larga y corrida, con bancos sin respaldo, la hermana Sosltice ladeó la cabeza en un gesto de desaprobación, pero sin llamar la atención de la madre reverenda.

—Si nos ve la Blonde nos enteramos —añadió la alemana una vez ingerido el pescado que había llenado su boca de una tajada.

—¿La Blonde supongo que es la madre reverenda? —preguntó imaginando la respuesta, observando un segundo en la distancia aquel mechón rubio que se escapaba de la toca sobre el rostro blanco y rígido de aquella mujer estirada y mandona.

—La misma —soltó con una carcajada grotesca que hizo que la hermana Solstice se levantase a poner orden mientras la reverenda levantaba una ceja y afilaba la barbilla en la distancia con una mirada que recorrió la mesa veloz y silbante como una flecha.

—Lo he visto todo, señoritas, se van a librar de que la madre reverenda no se haya dado cuenta de este asunto. Voy a hacer la vista gorda porque quiero entender que no va a volver a suceder algo similar. Con los alimentos que nos manda el señor no se juega. Elsa, espero que aprendas a comer lo que se sirve en el plato o tendremos un problema, hazme caso, por favor —suplicó la hermana.

—Ya eres flacucha de por sí, como dejes de comer, enfermarás y tendrán que sacarte de aquí medio muerta —gruñó la alemana, y le guiñó un ojo a Elsa con disimulo, estaba encantada de tener ración doble en su plato si la nueva interna no tenía intención de comerse la suya.

—Imagina qué desgracia que enfermes por no comer, niña, con el

frío que hace aquí y la de meses que nos quedan de invierno por delante —añadió compungida la hermana Solstice, pasándole un brazo protector por los hombros y acompañando a las internas hacia la salida del comedor.

—Señoritas, toca recogerse. Que descansen, mañana lunes tenemos mucha tarea por delante. He dejado en sus habitaciones el programa de la semana. A las siete de la mañana las quiero limpias, impolutas y peinadas en la entrada de la capilla para nuestra oración matutina —anunció, altiva, la madre reverenda con la cabeza erguida y las manos cogidas sobre su cintura.

Cuando llegó a la habitación las palabras de la alemana resonaban una y otra vez en su cerebro. Elsa sacó su cuaderno y unos lápices y se puso a dibujar. Le encantaba plasmar estrellas y constelaciones en figurines parisinos como los que veía en la prensa.

«Como dejes de comer, enfermarás y tendrán que sacarte de aquí medio muerta… Como dejes de comer, enfermarás y tendrán que sacarte de aquí», repetía en su mente una y otra vez.

Sacó de su maleta el paquete de galletas y las chocolatinas que le habían metido en su equipaje antes de salir de Italia, abrió la portezuela de madera y cristales y arrojó las golosinas al lago Lemán. Thistle Bloom, desde algún lugar de su cabeza, sonreía travieso.

Cristine Dubois, la Blonde, como todos la llamaban en el que era un secreto a voces, madre reverenda de la École Internationale des Filles de Dieu, había llegado hasta Suiza después de un silenciado suceso en el orfanato del monasterio de Aubazine, en el departamento francés de Corrèze, donde había sido la madre superiora durante los últimos diez años.

Agna Muller, la alemana robacomida, una de aquellas huérfanas tuteladas por la Congregación del Santo Corazón de María, había corrido la misma suerte tras aquel episodio y había llegado a Suiza acompañando a la Blonde en tan inesperada reubicación.

Sobre la mesita de trabajo de la madre reverenda, en el castillo del lago Lemán, permanecían en silencio las fotos amarillentas de aquellas niñas sin padres que las hermanas acogían para criarlas y educarlas hasta que cumplían la mayoría de edad, si es que nadie las había querido acoger antes en el seno de una familia cristiana. Entre las que más tiempo de su vida pasaron a su cargo se encontraban Agna Muller y Gabrielle Chanel, dos jovencitas bien distintas en sus físicos y su intelecto, explicaban sus notas personales que la Blonde guardaba como un tesoro para no olvidar los recuerdos de su pasado más reciente. Decían los textos de esas fichas, que la madre reverenda había traído consigo desde Francia, que Agna era una chica rebelde, glotona, de abruptos modales pero de gran corazón y nobleza. Había llegado al orfanato al fallecer su madre en el parto, una prostituta a la que sus clientes habían abandonado al enterarse de que se había quedado embarazada.

De Gabrielle podía leerse que era una joven inteligente, inconformista y muy creativa y talentosa. Su madre, Eugénie Jeanne Devolle, había muerto a los treinta y un años, abatida por los continuos embarazos y por la tuberculosis. Gabrielle tenía doce años cuando su padre la confió, con sus otras hijas, al orfanato del monasterio de Aubazine donde fueron educadas bajo una estricta disciplina, aprendiendo a coser, a bordar y a planchar.

Dejando atrás aquellas historias, la Blonde había desembarcado en Suiza para empezar otra vez la misma tarea lejos de Francia y de una de sus internas favoritas, la virtuosa Chanel, pero con la Muller aún a su cargo en su nuevo destino.

Elsa escuchaba con atención las narraciones de Agna Muller que, noche tras noche, se había ido comiendo su cena sin que la hermana Solstice se percatase de ello y que, cuando las luces de la planta de internas se apagaban a la hora de dormir, se reunía con ella en su

habitación para hablar juntas del mundo.

—Recuerdo bien la primera vez que defendí a Gabrielle Chanel en una pelea de internas. La habían acusado de ser la valedora de la madre superiora y de ganarse ciertos privilegios, pero nadie sabía a cambio de qué. Yo sí, lo supe todo desde el primer encargo. Mi habitación y la suya, allí las llamaban celdas como si fuésemos presas, estaban separadas por una robusta puerta en mitad de los gruesos muros. A través de su antigua cerradura no solo podía escuchar hasta la respiración de la muy delgaducha, también podía sentir el traqueteo de su máquina de coser durante horas. —Agna tomó aire y continuó —: Cosía por las noches lencería íntima, bodis, braguitas que llenaba de encajes y blondas, sujetadores colmados de fantasías... Ya sabes — dijo, mirándola tan fijamente a los ojos que Elsa sintió como si la hubiese imaginado con todas esas prendas clandestinas.

—¿La madre reverenda le encargaba a una interna que le cosiese prendas íntimas en secreto? —preguntó Schiap perpleja.

—Y a veces se las probaba allí mismo. La primera noche que la vi entrar me quedé tan pegada a la cerradura que se me quedó marcada en la piel. No podía apartar la mirada. Era todo un acontecimiento ver a Gabrielle coser y ajustar las prendas sobre la piel de mármol de la Blonde.

—No puedo ni imaginarlo, me habría encantado coincidir en aquel internado con esa tal Chanel —reflexionó estupefacta.

—Te entiendo muy bien. Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, no lo habría creído nunca —confirmó ella, sacando un trozo de queso que traía escondido en su bata y dándole un tosco mordisco.

—¿Y por qué llegaste con la madre reverenda hasta Suiza? Dime todo lo que pasó o no podré dormir esta noche —suplicó, juntando las manos en señal de ruego.

—Pues está claro, para que la reputación siguiese reinando en el seno de la Congregación del Santo Corazón de María y para poder mantener a salvo aquel oscuro secreto.

—¿Y quién lo había puesto en duda? No entiendo nada —imploró Elsa.

—¿Te burlas de mí? —cuestionó la alemana, volviendo a morder el queso y retándola con esa mirada gélida que ponía cuando se enojaba.

—Claro que no, pero no sé en qué podría manchar la reputación de un puñado de monjas que la madre superiora fuese amante de la ropa interior sofisticada —dijo sin alterarse ni un segundo.

—Tú eres muy inteligente Elsa Schiaparelli. No sé qué es lo que no estás comprendiendo en este momento —espetó la alemana.

—El gusto por la ropa interior de la Blonde no cambia la fe. Los hábitos nunca han hecho a los monjes —puntualizó tajante.

—¿Y eso qué diantres significa, niña sabionda? —preguntó enojada.

—Dice un cuento español que leí hace muchos años —de pequeña tenía que robar en mi propia casa los libros de la biblioteca para que no me prohibieran leerlos— que un sabio fue llamado a la corte de un rey ya que a sus regios oídos había llegado la fama de su sabiduría. Cuentan que, cuando aquel hombre apareció en palacio, con sus ropas humildes y despreocupadas, fue sentado al otro extremo de la mesa, lejos del rey, porque creyeron que era un mendigo. El sabio, consciente del desaire, comió en silencio todo lo que pudo hasta hartarse y después se fue sin despedirse.

—Ese es de los míos, se jala todo y se marcha, ¡qué sabio! —exclamó Agna, relamiéndose de pensar en aquellos manjares. Elsa la miró levantando la ceja y volvió a su narración.

—Cuando el rey se dio cuenta de que el sabio había desaparecido preguntó a su corte y los criados le contaron su marcha sin decir nada a nadie. Comprendió entonces el soberano que no había sabido atender a su huésped y le volvió a mandar una carta invitándolo de nuevo a palacio. Cuando el sabio llegó, vestido con sus mejores ropajes y colmado de alhajas, el rey lo sentó con gusto a su derecha en la mesa. El sabio cogió la comida con las manos y se la restregó por sus ropas, derramando el vino también sobre ellas.

—¡Qué desperdicio! —volvió a relamerse.

—Cuando el rey le preguntó si se había vuelto loco, que cómo era posible que alguien tan cultivado se comportase de esa manera tan abrupta, el sabio respondió: «Lo hago, señor, porque las atenciones con las que vos me habéis distinguido no eran por mí sino por mis ropas, justo es que sean ellas las que disfruten de la comida». Eso significa el proverbio «El hábito no hace al monje» —concluyó Elsa, observando la cara de boba que se le había quedado a su compañera.

—Pues si te parece que lo normal es que en un convento de monjas haya un taller clandestino de bragas y bodis de cabareteras de dudosa honra, aunque ese hábito no haga a la monja, es que no estás bien de la cabeza —resopló, y se chupó los dedos una vez apurado el queso.

—Lo que me parece es que no has entendido nada y que el mundo sería mucho más feliz y saludable si las personas no se empeñasen siempre en juzgar lo que hacen las otras. Casi siempre, cada vez lo tengo más claro, es por la envidia que les produce no poder comportarse con la misma libertad con la que lo hacen aquellas personas a las que tanto critican.

—A mí lo que me parece es que el cerebro no te funciona muy bien porque no comes nada, yo te agradezco que me des tu comida cada día, pero recuerda lo que te dije hace tiempo, si no comes algo, enfermarás y a saber adónde te llevan cuando te saquen de aquí.

Cuando Agna salió de su celda, de puntillas para no revelar aquellas charlas clandestinas que mantenían, Schiap se rodeó la cintura con las

manos, se había quedado en los huesos, y respiró profundo para no marearse, sentándose en la butaca que miraba al horizonte. Imaginó a Thistle Bloom mirándola protector desde el fondo del lago Lemán.

17

Diciembre de 1909
Palazzo Corsini, Roma

—Es una irresponsable y una caprichosa. Siempre ha sido así desde niña. A vosotros os hacía mucha gracia, pero yo sabía que un día, en cuanto empezase a crecer, nos daría todos estos problemas. —María Luisa Schiaparelli hablaba atropelladamente, gritando, sin soltar su taza de té rojo.

—¿Dónde ves tantos problemas, querida? —preguntó Catalina La Bella sabiendo que su amiga entraría en cólera de un momento a otro.

—¿Te estás riendo de mí? —cuestionó, y apretó tanto la mandíbula que sus labios perdieron hasta el color de su carmín.

—Absolutamente no. Pero me parece poco realista que pienses que la niña, que es un ser lleno de luz, talento, inquietudes y sentimientos, se haya convertido en un demonio desde que escribió tres o cuatro bobadas en un poemario que, perdona que te lo diga, amiga querida, solo podría ofender a cuatro viejos puritanos arcaicos. ¿De verdad te importa lo que piensen esos seres? —soltó de un tirón sin importarle ya si volvían a enfadarse o si perdían la amistad definitivamente.

—Fueron aquellas letras obscenas, ahora su ridícula huelga de hambre en Suiza que nos obliga a ir a buscarla antes del tiempo establecido, si no se ha muerto antes. Y ¿qué vendrá después? —preguntó gritando, sin obtener respuestas. —Celestino y Giovanni Schiaparelli, reunidos en el palacio esos días previos a la Navidad, se miraban en silencio mientras aquellas dos mujeres tan distintas y tan amigas desde hacía tantos años luchaban por una batalla que parecía no tener final—. Y no eran tres bobadas, como mal dices, Catalina, eran letras llenas de lujuria y de pecaminosidad, pero, claro, ¿qué vas a enseñarnos tú sobre la decencia si eres igual que ella? —añadió arrogante.

—¿Igual de qué? ¿Cómo somos tu hija y yo? ¿Qué pecados tan graves hemos cometido? ¿Qué tipo de aquelarre repugnante es este? —levantó la voz inusualmente a punto de romper a llorar de la rabia.

—No pienso responderte a lo que ya sabemos muy bien las dos. Y no me cuestiones más como madre, tú no sabes ni lo que es eso, solo vas a conseguir que me siente mal hasta el té. —Apuró su taza, altiva.

—Igual es porque le pusiste demasiada ginebra —señaló sin tapujos viendo cómo María Luisa se levantaba indignada y recorría el inmenso salón hacia la puerta.

—Yo iré a buscar a Schiap a Suiza, no se hable más —anunció con su voz grave pero serena Giovanni Schiaparelli mientras María Luisa

se paraba en seco ante la puerta, sin salir de la sala.

—¿Con qué autoridad has decidido eso? —interrogó, mirando fijamente a su cuñado con tanta ira que Cata pensó que iba a enloquecer.

—Yo se lo he pedido y así se hará —respondió entonces contundente aquel hombre bonachón y tranquilo que era Celestino Schiaparelli. Y su mujer, que jamás le había visto tan serio en toda su vida, se calló sin saber cómo rebatirlo.

—Catalina, espero que puedas acompañar a mi hermano en este viaje —añadió.

Y en ese momento María Luisa salió del salón airada y subió a su cuarto muda, con las mejillas encendidas hasta el ardor.

En el jardín del palazzo Corsini había empezado a nevar hacía un buen rato. Catalina recorrió el camino blanco hasta la entrada escuchando el sonido esponjoso y suave de la nieve y mirando al cielo, dejando que los copos acariciasen su rostro sonriente y feliz.

1910

18

4 de julio de 1910
Londres

No le gustaba la lluvia. La ponía triste. Y esa mañana de julio se había levantado tan melancólica y gris como el día. Había conseguido convencer a su madre para que la mandasen a Inglaterra a estudiar inglés mientras ayudaba a cuidar a los niños pequeños de una prima. Y cuando accedieron, con la excusa de que la familia sería un buen remedio para reconducir sus extravagancias, encontraron esa pequeña casita adosada con patio y jardín que a Elsa le pareció un inmenso palacio en su nuevo mundo.

Cuando por la tarde llegó el telegrama del palazzo Corsini supo al instante que algo horrible había pasado. No quería abrirlo, deambulaba por la pequeña sala de estar con la intranquilidad del que sabe que en algún momento tendrá que despejar sus miedos.

Cogió un casquete negro de red que se había hecho días atrás mientras releía algunos de sus textos literarios, se lo puso con la lentitud del que no quiere ejecutar una acción y después lo abrió intranquila.

> *Querida hija. Siento ser el portador de tan triste noticia. El tío Giovanni ha muerto. Te quiere, papá.*

Elsa lo rasgó en mil pedazos. Se bajó la redecilla del casquete hasta la boca y lloró en silencio durante horas, sin levantar la cabeza, hasta quedarse dormida y agotada sobre la mesa. Cuando despertó, de madrugada, en Londres había dejado de llover. Se dirigió hasta el pequeño balcón sobre el jardín, abrió las puertas para que entrase el olor de la noche y respirar aire limpio y miró al cielo. Las estrellas de julio lo llenaban todo. Y sonrió sin dejar de llorar.

Thistle Bloom volvió a su vida la mañana que recibió la caja de los secretos de tío Giovanni. La tía Cata se la había hecho llegar con él hasta Londres con una carta en la que había impreso sus labios en un beso de insultante carmín rosa. Cuando Elsa lo tuvo enfrente, los ojos más azules que nunca, se dio cuenta del hombre en el que se había convertido. Sus brazos y su pecho se habían fortalecido como en las esculturas romanas de las fuentes de su Roma en los recuerdos de infancia.

Cuando lo tuvo delante, nerviosa por volver a verle y por la caja que traía en su visita, no supo qué decir. Tan solo se quedó en el umbral de la puerta observando a su amigo. Sus pecas seguían poblando aquellas mejillas que ya no eran de niño, sus rizos continuaban enmarcando aquel rostro travieso del hombretón que ahora la miraba con tanta ternura. Él se acercó, le entregó la caja y se apartó unos metros para que ella tuviese su reencuentro con los recuerdos de su tío.

Elsa se sentó delante de la mesa, abrió la caja y sacó cada objeto con la serenidad que se merecía. Allí estaban de nuevo, como antaño, los anteojos del tío Giovanni, un pañuelo de bolsillo que se acercó a la nariz para respirar con los ojos cerrados ese perfume a madera y tabaco, un estuche de lápices y su cuaderno de notas. El gran cuaderno de notas. Ese que nadie había donado a la ciencia porque la ciencia ya sabía tanto de él que no necesitaban sus anotaciones personales. Ese que ella robaba de niña para leer y leer durante horas los pensamientos del hombre más generoso y bondadoso del mundo. Lo abrió y los ojos recorrieron noches y noches de estrellas, las flores fucsias abriéndose en el jardín del palazzo Corsini, las lágrimas de San Lorenzo, la luna, los bocadillos de mortadela de madrugada, aquellas charlas eternas hasta quedarse dormida sobre el césped sabiendo que su tío la arroparía con una manta. Y en una de sus páginas, la Osa Mayor, dibujada por el pulso preciso de aquel hombre que había escrito en el margen: «La mejilla cándida de mi sobrina Schiap».

Sonrió con tanta fuerza que notó cómo la mandíbula se le desencajaba. Thistle Bloom seguía al fondo, en silencio, respetando su tiempo y su espacio.

Elsa desplegó la carta de su tía. Y los ojos, sin perder la sonrisa, volvieron a llenarse de lágrimas.

Querida sobrina:

¿Recuerdas cuando el tío Giovanni y yo fuimos a buscarte a Suiza? Después de ese reencuentro y de aquel viaje, que nunca voy a olvidar porque me separó de tu madre, pero me acercó para siempre a los hombres de tu vida, tu tío me encomendó una labor. Esa no era

otra que hacerte llegar, cuando él faltase, este cuaderno de notas que tiene plasmado, según él me dijo, todo lo que ha representado su vida. Eso, que ya es tanto que no sabría ni calcular su valor emocional, y estos pequeños objetos que siguen oliendo a él.

Dejó también a tu nombre un sustancioso depósito económico en el Banco de Italia.

La tarde de su entierro llovía como si fuese el fin del mundo, pero cuando la caja entró en la tierra y reposó en sus entrañas, el cielo se abrió y la noche se llenó de estrellas. Así quiero recordarlo, sé bien que tú ya lo recuerdas así.

Te mando todo esto con Thistle. Cuida mucho de él.

Algún día te contaré el porqué de muchas cosas.

Te quiere como si fueses una hija, nunca lo olvides,

Tu tía Cata

Elsa besó el papel en la misma huella de carmín que habían dejado los labios de su tía. Guardó todo de nuevo en la caja, la cerró, y respiró profundamente antes de mirar a los ojos a su amigo. Se puso en pie, con las manos abiertas y esperó a que se acercase.

—Mi Schiap —es lo único que susurró él mientras la tenía cobijada entre sus brazos. Ella rompió a llorar una vez más al respirar ese olor dulce que seguía emanando de la piel de Thistle Bloom.

–Nací en Roma por un accidente del destino. Eso me dice siempre mi padre. Mi madre era italiana, murió al darme a luz. Mi padre pocas veces me habló de ella porque tan solo fueron unos amantes furtivos en unas vacaciones de Navidad visitando a mi abuela, que era la única italiana de nuestra familia. Papá y el tío Rigoberto son hermanos de madre. Mi familia paterna es escocesa, mis bisabuelos y mis abuelos han vivido siempre en las Tierras Altas de Escocia. Mi padre recuerda cómo, de niño, su abuelo le subía en su caballo y cabalgaban por la colina que llegaba hasta el alto de Dornoch Firth. Desde ahí se divisa, inmenso, como un infinito corazón azul, el mar del Norte.

Thistle Bloom narraba las cosas con tanta tranquilidad que a Elsa le gustaba tumbarse en su vientre mientras hablaban horas y horas mirando las estrellas en el pequeño jardín del patio trasero de la casita de Londres.

—Un día tengo que llevarte. Dice mi padre que mamá tenía los ojos azules como ese mar, esa es mi herencia. Pero no tengo recuerdos propios de ella como tienes tú de tu tío Giovanni. Debes sentirte privilegiada por haber pasado con él los mejores momentos de tu infancia.

—¿Te habría gustado conocerla? —preguntó Elsa desde su regazo, imaginando a esa mujer tan guapa como la tía Cata y sus maravillosos ojos azules.

—Mucho, pienso en ella a menudo. En cómo sería. Cómo sonreiría. A qué olería su piel. Cuenta mi padre que era tan hermosa que no podías dejar de mirarla. —Elsa le vio sonreír como aquella primera vez en su encuentro en Santa Maria in Trastevere.

—Ha sido una suerte tenerte cerca estos días, sin ti no habría podido soportar todo el dolor de la pérdida de tío Giovanni. No sé qué hacer en la vida, la verdad. Vine a Londres con el deseo de huir de los recuerdos de Suiza y de la cárcel de nuestro palacio en Roma por la opresión de mi madre, pero ahora tampoco tengo claro que sea aquí donde quiero quedarme mucho tiempo —explicó, serena.

—A mí, Londres me divierte mientras termino mis estudios de arte, es bullicioso y moderno, pero tampoco quiero vivir aquí eternamente. Puede que mi destino esté en Italia. O en la Escocia de mis antepasados. Quién lo sabe. —Lanzó él con un gesto de la mano una duda al aire.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer a mí? —preguntó ella casi en un susurro sin dejar de mirar las estrellas.

—Escribir un libro tan obsceno que de verdad escandalice al mundo

—respondió él con una carcajada.

—Algo mejor aún —anunció con voz de misterio.

—No sé, a ver, sorpréndeme —pidió Thistle, encogiéndose de hombros mientras Elsa se levantaba y entraba en la casa a por uno de sus cuadernos. Nunca se los había enseñado a nadie. Cuando volvió, él se había incorporado para estirar la manta sobre el trébol silvestre que poblaba el pequeño jardín, antes de volver a sentarse juntos sobre el mullido suelo.

—Mira, estos son algunos bocetos que he ido realizando desde mis noches en Suiza. —Le tendió el libreto.

Cuando lo abrió, toda la magia que sabía que escondía su amiga cobró vida. Había figurines de mujeres estilizadas con vestidos llenos de estrellas, de lunas, de mil galaxias. Los trazos eran tan efervescentes como los sueños.

—Son preciosos, Schiap.

Elsa lo vio emocionarse y esta vez, como él hiciese años atrás sin pedir permiso, lo besó. Lo besó cerrando los ojos para sentir el ritmo acelerado de su corazón.

El sol de julio despertó a Elsa. Habían dejado las puertas del balcón abiertas. Thistle roncaba como los niños, con sonidos recortados y poco escandalosos. Ella se sentó en la cama a observarlo. Su belleza le recordaba a los hombres del Renacimiento. La armonía y la proporción vivían en su rostro y en su cuerpo desnudo. Tenía los hombros contundentes y la cintura estrecha, como el *David* de Miguel Ángel. Pero en sus mejillas vivían aún, pensó, las pecas de aquella inocencia de la infancia. Y sus pestañas inmensas serían la envidia de todas las mujeres de su vida.

Estuvo en silencio durante horas, observando su piel y todas esas pecas que conformaban una constelación en su espalda. Sacó el cuaderno, callada, y empezó a dibujarlo, con esos trazos limpios y definidos con los que hacía sus figurines, antes de llenarlos de sueños y fantasías.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —susurró, al tiempo que entreabría los ojos; el sol ya llenaba la habitación y algunos pájaros canturreaban en el patio.

—Tanto que podría pintar de memoria un universo entero con todos los lunares de tu cuerpo —respondió ella con una sonrisa.

—Siento no haber sido el amante que esperabas —se disculpó sonrojado, sabiendo que aquella noche no había sabido corresponderla.

—Eres exactamente lo que quiero que seas, Thistle. Te conozco bien. Hemos estado cuatro larguísimos años descubriendo nuestro interior en cada carta —respondió con tanto aplomo que por unos segundos solo rompieron el silencio los pájaros desde algún rincón del pequeño jardín.

—No sé, a veces creo que esperas más de mí cuando me miras, cuando me abrazas, cuando me tratas con tanto amor —dijo él con voz suave y lenta, dubitativo.

—Te miro así precisamente porque sé que este amor es más puro e importante entre nosotros porque será para siempre —contestó, y se dirigió hacia el balcón para respirar el olor de la mañana.

—Pero ¿querrías que hubiese sucedido de otra manera? —insistió él para resolver cualquier duda que pudiese quedar entre ellos, que habían sido sin quererlo, los mejores amigos del mundo esos últimos años.

—Thistle, tío Giovanni me enseñó desde niña a observar en silencio las estrellas, a razonar sin prisas las cosas. Recuerdo que una vez, hablando de ti, me dijo: «Todo en la vida, querida sobrina, tiene una

explicación razonada. El problema es que en pocas ocasiones nos detenemos a comprenderla, a menudo ni siquiera a observar. Y, a veces, es bueno no buscar la explicación de toda acción, pero, otras muchas, nos ayuda a entender las cosas y nos hace vivir más serenos». Tengo grabadas esas palabras exactas en mi memoria desde entonces.

—¿Hablabas con él de mí? —La miró, curioso.

—A veces. Y con la tía Cata también. ¿Te extraña? —Arqueó las cejas.

—No sé si me extraña o que no lo había pensado nunca —respondió.

—Mira, así te he imaginado mientras te observaba durmiendo —le dijo, soltando el cuaderno con el dibujo sobre las sábanas blancas.

Thistle lo cogió, se incorporó para sentarse apoyado en el cabecero de la cama y se sonrojó observando el retrato durante unos minutos en los que Elsa aguardó callada.

—¿Me ves con la falda tan corta? —preguntó sin levantar la mirada del boceto, que Elsa había idealizado con toda la rotunda masculinidad de su físico y la femenina fragilidad de su alma.

—El kilt escocés no podía taparte los muslos, los tienes tan perfectos. —Sonrió—. Te he soñado así muchas veces. Fuerte y frágil. Valiente y sensible. Mitad vikingo escocés, mitad diosa romana. Masculino y femenino —añadió sin dejar de sonreír.

—¿Me ves más como a Diana o como a Afrodita? —preguntó irónico.

—Afrodita es griega. Te veo como a Minerva. Mi diosa romana favorita.

—¿Minerva?

—Sí, ella. Hija de Júpiter, nació sin madre, salió de la cabeza de su padre tras haber devorado a Metis, la titánide de la prudencia. Fue Vulcano quien le abrió la cabeza de un hachazo para liberar a Minerva. Representa, como tú, la sabiduría y las artes. Ella es la protectora de Roma. Y yo voy a protegerte a ti hasta que me muera.

Thistle estiró la mano para agarrar la de Elsa. Se tumbaron juntos de nuevo y la abrazó.

—¿Minerva no me hará demasiado femenino ante los chicos?

—Te hará el amante perfecto —respondió Schiap justo antes de que él la volviese a besar por última vez. O eso imaginó.

1914

La noche antes de casarse con el conde Wilhelm de Wendt de Kerlor, un teósofo y médium conocido en Londres por su habilidad para moverse con soltura en las más altas esferas y también por su poder de convencimiento, al que Catalina La Bella habría calificado como un embaucador peligroso, Elsa miró por última vez su vestido de novia, negro como un presagio. Se iba a casar con un hombre al que había conocido el día anterior. Lo observó en silencio durante minutos y pensó en su tío Giovanni y en aquellas noches en el jardín del palazzo Corsini.

—Tío, ¿por qué la gente se viste de negro cuando está de luto? —preguntó curiosa aquella Elsa niña que había recogido un ramillete de flores de muchos tonos de rosa de los parterres del jardín para agasajar al viejo astrónomo.

—Yo no creo en los lutos externos, Schiap. Las cosas de verdad se sienten por dentro. Llevemos lo que llevemos por fuera. Recuérdalo —le aconsejó.

—¿Entonces la humanidad lleva toda la historia equivocada? —volvió a preguntar, encogiéndose de hombros.

—Desde la antigua Roma el negro ha simbolizado para los seres humanos el respeto por la muerte, por las tragedias y por las catástrofes. También el blanco. Lo que demuestra que las personas creían, todavía lo creen, que no destacar en los colores de sus telas y de sus complementos reflejaba el dolor de la pérdida y la austeridad de las emociones por los sucesos dramáticos.

—Pues vaya tontería más grande —replicó mientras metía las flores en un vaso de cristal y luego las dejaba sobre la mesita de madera que su tío llenaba cada noche con sus cuadernos de notas y sus enseres personales.

—La gente hace muchas tonterías por costumbre, por pura rutina, sin detenerse ni siquiera a pensar por qué las siguen haciendo. Ya te irás dando cuenta según vayas cumpliendo años, niña. —Elsa pudo escuchar su risita, aunque estuviese de espaldas.

—Tienes razón. Mamá sigue haciendo las mismas tonterías de rutinas solo porque las hace de siempre. Podría enumerarte tantas que amanecería y ya no podríamos seguir viendo las estrellas.

—¿No las veríamos? —cuestionó el viejo.

—Bueno no las veríamos con los ojos, claro —dijo, demostrando que sabía recordar las lecciones e intuyendo de nuevo la risita sorda de su tío.

—Las veríamos, tenlo por seguro. Siempre que queramos las

veremos —sentenció.

—¿Tú querrás que la gente se vista de negro cuando te mueras? —preguntó sin tapujos, volviendo de nuevo al tema que la tenía intrigada.

—Yo querré que se vistan como más les guste, porque eso significará una cosa, que, aunque me echen de menos, desearían que yo les viese felices —dijo sin levantar la vista del telescopio.

—Pues yo me vestiría de negro porque me gusta, no porque tenga que demostrarle a nadie con unas dichosas telas lo que siento —añadió Elsa con un bufido, burlándose de las normas sociales establecidas.

—El negro también ha sido símbolo de poder y riqueza, desde Felipe II de España. Era un color que duraba poco en los tejidos y el palo de campeche y la cochinilla que regalaron los conquistadores del Nuevo Mundo al rey consiguieron enriquecer con un negro intenso y duradero los ropajes de aquel monarca, que extendió su moda a toda la nobleza europea.

—Pero aún no me has dicho si a ti te parece un color con poder o un luto siniestro —insistió la niña.

—El negro es el lienzo en el que alguien pinta las estrellas cada noche —sentenció el tío Giovanni y Elsa enmudeció de admiración.

Recordó tan nítida aquella charla banal que cuando volvió a mirar el vestido negro, colocado en el maniquí delante del balcón por el que entraba el resplandor de la luna, notó un rubor emocionado y caliente en la piel. Aquello que hacía pocos minutos podría parecer un luto, o cualquier otra demostración social, se había convertido de golpe en un divino y exclusivo traje de noche.

—Y lo que piensen los demás, sinceramente, me importa lo que yo te diga —dijo con voz alta y contundente a pesar de estar sola. Fuera, la noche en Londres guardaba su estricto y británico silencio.

1916

23

9 de septiembre de 1916
Londres

Cuatro años después de la tragedia del Titanic, la naviera Cunard Line lanzaba al mar su buque más portentoso para cubrir los trayectos entre el Reino Unido y América del Norte. El RMS Aquitania, bautizado por la sociedad como The Beautiful Ship, llevaba ya dos años navegando cuando el conde Wilhelm de Wendt de Kerlor y su esposa Elsa Schiaparelli se embarcaban en la aventura de cruzar el Atlántico en busca de una nueva y efervescente vida en la ciudad de Nueva York.

Willie, como le llamaba Schiap porque decía que el nombre de su marido le sonaba tan agrio como chupar una cebolla después de un limón, había reservado uno de los mejores camarotes suite de primera clase. Faltaría más. Nada le parecía más entretenido en la vida que aparentar lo mejor por encima de lo que fuese. Su trabajo ya consistía en eso, según decían las lenguas más sabias de Londres, ya que el conde se había convertido en los últimos años en el más astuto embustero del Reino Unido. Porque todo aquello que un día fuese éxito y reconocimiento social se tornó enseguida en rechazo entre algunas de esas damas de la alta sociedad que frecuentaban su consulta. Aquellas mujeres de postín que habían pagado fortunas durante años creyendo que el médium resolvería sus fracasos sentimentales, sus enfermedades e inclusos el devenir de sus almas, ahora le miraban con recelo sabiendo que pocas veces se cumplían sus vaticinios soltasen las libras que soltasen.

El conde Wilhelm y la excéntrica Schiap, como les denominaban en las fiestas de alta alcurnia, habían acaparado la atención de todo el mundo en el último año, pero cuando el río empezaba a aflojar su caudal, antes de que todo se fuese a pique, Willie había decidido tomar un nuevo rumbo. El destino elegido para sus fechorías era la ciudad más emergente del nuevo mundo.

—Tengo una sorpresa que darte, amor —anunció el conde nada más llegar de uno de los clubs de fumadores donde por las tardes se reunían los hombres de negocios de la ciudad para alardear de sus inversiones, de sus cacerías y hasta de sus fechorías.

—Qué pronto te has cansado hoy de tus amiguitos —señaló Elsa sin levantar la mirada de su libro con su tono más sarcástico.

—Sí, estaba ansioso por llegar a casa para contarte que nos vamos de viaje, nos espera un mundo lleno de sorpresas lejos de esta vieja Europa en continua guerra.

—No sé si me da más miedo o emoción, voy a tener que contenerme

para analizarlo —dijo, cerrando el libro sobre el velador y levantándose para besar a su marido, que permanecía sonriente y henchido como si le hubiese tocado por sorpresa una fortuna en un juego de naipes. De hecho, una buena partida ganada había sido la culpable de que el conde hubiese podido comprar los pasajes para su próxima aventura.

—Te prometo muchas emociones —quiso zanjar con un beso. Pero Schiap no era, lo sabía, de las que se iba a conformar con pocas explicaciones.

—¿Adónde dices que viajamos? —preguntó después de devolverle el beso.

—A Nueva York.

Y Elsa, que había idealizado tantas veces la locura de salir de Europa y alejarse de muchas de las cosas que le habían hecho daño en sus épocas más rebeldes, sonrió abiertamente. América y ella, ella y América, idealizó, se esperaban impacientes.

24

11 de septiembre de 1916
Buque Aquitania
De Southampton (Reino Unido) a Nueva York

Flanqueando la escalera triunfal que descendía desde la entrada hasta el comedor de primera clase del RMS Aquitania, las columnas y las molduras bebían majestuosas del estilo neoclásico. Las barandillas de hierro macizo brillaban nobles e impolutas bajo la inmensa cúpula de cristal que coronaba su cima. La luz del sol, que aún entraba por ella a la hora en que se servía la cena, intensificaba los matices del Capriccio romano, de Giovanni Pannini. La pintura, en el centro de la escalera, representaba el Coliseo y el arco de Constantino. Elsa sonrió patriótica al toparse de frente con aquella obra italiana de un tocayo de su tío.

Las mesas del comedor, vestidas con manteles de hilo blanco, vajillas inglesas, cuberterías de plata labrada y esbeltas lámparas de bronce, lucían esplendorosas bajo un inmenso fresco que coronaba el ornamentado techo de la sala. Se asignaban cada día a distintos pasajeros para que fuesen rotando y socializando. Esa era, decían, una de las costumbres de los grandes buques que cruzaban el océano hasta América ya que sus clases altas gozaban con la sorpresa de conocer mejor cada día a diferentes personalidades con las que compartir velada y charla.

En su mesa de esa noche inaugural del viaje, no podía ser menos, cenaba el mismísimo capitán del buque. Un honor que se destinaba en la primera cena a bordo a los pasajeros de los mejores camarotes.

—Les presento, por si no se conocían de antes —anunció con pompa el capitán, de pie, antes de que los camareros acomodasen a las señoras es sus sillas—, al conde Wilhelm de Wendt de Kerlor y su señora. —No había pasado a los siguientes comensales cuando Schiap le interrumpió.

—Elsa Schiaparelli, capitán —señaló tajantemente.

—Doña Elsa Schiaparelli, por supuesto, señora, encantado de tenerla a bordo del *Aquitania*, soy un gran admirador de su padre y de su tío —explicó sonrojado.

—El placer es mío, capitán, me encanta saber que su gusto por mi país se ve reflejado en el arte que adorna su buque —añadió ella para suavizar el momento.

—El señor Francis Picabia y la señora Gabrielle —hizo una breve pausa inclinando la cabeza para que ella anunciase su nombre antes de volver a molestar a alguno de sus comensales.

—Gabrielle Buffet-Picabia —dijo ella, anteponiendo su apellido al

de su marido, pero sin renunciar al de su matrimonio.

—El conde y la señora Gabrielle Buffet-Picabia, como el señor Man Ray, son unos de nuestros pasajeros de honor, encantado de tenerles de nuevo a bordo —sonrió.

—Gracias, capitán —respondió un Ray que no dejaba de mirar sonriente a Elsa desde que habían llegado a la mesa.

—Man y yo les presentamos a nuestro gran amigo, y el mejor fotógrafo que he conocido en América, Alfred Stieglizt, director de la 291, la más creativa galería de arte de Nueva York —se adelantó Picabia para presentar a su compañero, creador de las Little Galleries of the Photo-Secession, que todo el mundo conocía por ese número 291 de la Quinta Avenida donde se alojaban.

—Pues ya nos conocemos todos, tomen asiento, señoras y señores, la cena estará servida en breve —anunció el capitán.

Elsa y Gabrielle solo necesitaron unos segundos para entablar una entretenida conversación que las mantuvo tan alejadas de sus maridos que, entre el entrante y el primer plato y antes de que los camareros volviesen con el servicio de mesa, Francis se levantó y cogiendo sus cubiertos invitó a su mujer a que se cambiaran los sitios.

—Querida, te cedo mi silla antes de que entre tú y la señora Schiaparelli me convirtáis en una estrella fugaz —ironizó, ayudando a su esposa a reubicarse junto a Elsa y dejando la mesa, pensó ella, en una media luna desigual. Los hombres por un lado y las mujeres por otro, juntas y poderosas, aun estando en clara minoría.

Gabrielle Picabia no era guapa, pero guardaba en su rostro un melancólico misterio. Si estaba en silencio su cara desprendía tristeza, pero, al hablar, siempre sonreía. Había estudiado música en París y en Berlín y se había convertido en la mejor crítica de arte de la obra pictórica inusual de su marido. También de la literaria de algunos de sus amigos. Ellos siempre esperaban con nervios su aprobación a muchos de sus poemarios.

En 1912, pasando unos días con su madre en la casa familiar que tenían junto al lago Étival, al este de Francia, Francis Picabia invitó a reunirse con ellos a tres de esos amigos con los que compartía pasión por el arte, Guillaume Apollinaire, Man Ray y Marcel Duchamp. Desde entonces el grupo neoyorquino de los Picabia, años más tarde consolidado en todas las reuniones sociales y las mejores fiestas de París, se había nutrido de artistas de todo orden. Pintores, poetas, diseñadores, costureros de altos vuelos y dramaturgos.

Los casi cuarenta días que tardaba el *RMS Aquitania* en cruzar el Atlántico fueron suficientes para que Elsa Schiaparelli y Gabrielle Buffet-Picabia se convirtiesen en grandes y cómplices amigas. Las horas de risas y charlas en la cubierta, mientras los hombres se distraían en el salón de fumadores, les habían servido para conocerse a fondo.

Schiap observaba todo con minuciosidad. Le fascinaba la fragilidad y la extravagancia con la que el matrimonio Picabia caminaba por el mundo y cómo se relacionaban con todos aquellos hombres que llevaban la vanguardia y la trasgresión escritas en la piel.

—Buenos días, señoras, qué buena mañana para tomar un vino en cubierta —anunció Man Ray con una copa en la mano y revolviendo su cabello con la otra.

A Elsa le hacía gracia que aquel hombre de cabello espeso, oscuro y ondulado, no se peinase nunca a conciencia, como lo hacían el resto de los caballeros.

—Yo me tomaría un vino encantada, la verdad —respondió retadora.

—Siempre tan amable, Emmanuel —dijo Gabrielle Picabia, que nunca lo llamaba por su apodo a pesar de los años de amistad que lo unían al matrimonio.

—Pues no se diga más, yo me encargo —respondió con una de sus pícaras sonrisas.

—Te mira con ojos divertidos, ten cuidado con él, es un seductor profesional —le confesó Gabrielle en un coqueto susurro bajando la

mirada por debajo de su sombrero de paja, que llevaba parte del ala llena de flores y pequeñas plumas.

—¿No estaba casado? —preguntó Elsa alzando su ceja izquierda.

—Lo está, con Adon Lacroix, una poetisa belga. Pocas veces la hemos visto. Emmanuel es un hombre de mundo, ya me entiendes querida. Y lo que menos querría es que tu marido se enojase con él, porque es un amigo al que apreciamos sinceramente —sonrió.

—Mi marido no se enojaría nunca, no tiene tiempo para mirar otra cosa que no sea su ombligo. Sé que no nos conocemos de toda la vida, pero ¿puedo confiar en ti para confesarte una cosa? —preguntó en un susurro, mirando a esos ojos melancólicos de Gabrielle.

—Claro que puedes, para mí ya eres más amiga que muchas de esas con las que jamás he hablado de nada íntimo a pesar de los años —respondió también susurrando.

—Me casé con Willie por un destino de la vida, pero sigo enamorada de un imposible que algún día te contaré con detalle. Se llama Thistle Bloom. Voy a querer a ese hombre hasta que me muera —sentenció, y Gabrielle cogió su mano con mucha delicadeza y la arropó sonriendo justo cuando Man llegaba delante de uno de los camareros de la tripulación de cubierta, que portaba con maestría una bandeja con seis copas de vino.

—Sus copas están listas, señoras, brindemos por las sorpresas de la vida —alzó la suya al cielo azul.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó Gabrielle, observando el resto de las copas.

—No necesitamos a nadie más para emborracharnos. Por la amistad —respondió él, chocando el cristal con las damas y bebiendo todo el contenido de un golpe.

Elsa no dudó un instante e hizo lo mismo antes de que el camarero recogiese la suya y les tendiese las segundas, ya servidas. Gabrielle enmudeció. Un golpe de mar, fresco y limpio, salpicó como de centellas vibrantes la madera de la cubierta. El sol brillaba como nunca en mitad de un cielo infinitamente azul.

1919

26

–Soy mamá. —Escuchó aquella voz dura y seca que tenía María Luisa Schiaparelli. La imaginó de pie, en la salita del té del palazzo Corsini, con su vestido impecable de batista champán y sus cuellos de lazada. Su moño alto, regio, sus broches joya prendidos en el canesú bordado.

—Hola, mamá, ¿qué sucede? —preguntó Elsa, agarrándose con fuerza la medalla de la Asunción de la Virgen, esa que le había regalado Catalina La Bella al recogerla en Suiza tras su huelga de hambre y que llevaba colgada del cuello desde entonces. La apretó entre sus manos, intuyendo la fatídica respuesta, hasta notar cómo se clavaba en su palma rasgando la piel y ensangrentándola.

—Papá ha muerto —corroboró su madre sin rodeos.

Y la escuchó sollozar unos segundos antes de notar cómo respiraba profundo desde una sala imaginaria, al otro lado del mundo, que no podía reconocer.

Se despertó sobresaltada. Se llevó la mano al pecho. Ahí seguía la medalla de la tía Cata. Se levantó con la respiración aún agitada a beber un poco de agua antes de volver a intentar conciliar el sueño. Pero esa noche ya no lo consiguió.

Antes de que tocasen a la puerta, tres golpes tan secos como una premonición, supo que aquella pesadilla se iba a hacer realidad.

—Señora, ha llegado un telegrama de Roma —anunció una chiquilla menuda y discreta, que le ayudaba con las tareas de la casa, acercándose hasta la mesilla y dejándole ahí la urgente misiva.

Elsa miró un segundo desde la cama por la ventana, Nueva York había amanecido bajo la lluvia. Cogió el sobre y lo abrió para no demorar la tragedia.

> *Papá ha muerto. Si necesitas dinero, yo te ayudaré como lo hacía él. Siempre fue contigo más bueno que yo. Pero aquí estoy, hija mía.*
>
> *Mamá*

Elsa rompió a llorar sabiendo que tampoco podría despedirse de su padre, como le pasó con el tío Giovanni. Y que esa libertad que siempre había buscado en la vida, desde niña, se convertía ahora, otra vez, en una desgraciadísima condena. Sintió de nuevo que el mundo se paralizaba a su alrededor, como si el tiempo hubiese vuelto opacas las paredes y las grandes ventanas de su apartamento americano hasta convertirlo en un gigantesco zulo. Pensó en Suiza, en aquel encierro involuntario en el castillo del lago Lemán. Notó subir un dolor agudo desde el vientre hasta la garganta antes de arquearse por el borde de

la cama y vomitar.

Cuando por fin se pudo levantar, los ojos hinchados y doloridos como si le hubiesen tirado un puñado de tierra en su interior, se sentó delante del espejo de su tocador y se miró detenidamente. Vio a una mujer demacrada y triste, justo lo que no quería que sintiese un día la hija que llevaba en su vientre y que nadie sabía aún. Ni siquiera su marido, ausente siempre que lo necesitaba, seguramente borracho de licor y de mujeres en cualquier tugurio de la ciudad. Se secó las lágrimas, se peinó y se pintó los labios. En Madison Avenue había escampado la tormenta y el sol hacía brillar las hojas de los castaños de Flatiron Park.

Pensó en la tía Cata, ella habría sabido consolarla en esos momentos. Pensó en Thistle Bloom, él habría mitigado el dolor con una sola mirada. Y pensó en aquellas palabras de su madre en el telegrama y en lo poco que le quedaba vivo del palazzo Corsini.

1920

27

15 de junio de 1920
Madison Avenue, Nueva York

La mañana que nació María Luisa Yvonne Radha de Wendt de Kerlor Schiaparelli, a la que todos llamarían Gogo para ahorrarse toda la parafernalia de su nombre y sus apellidos, Elsa ya supo que en la vida había una cosa tan clara como cierta. Y así se lo comunicó a Catalina La Bella, que había viajado hasta al otro lado del mundo para estar junto a ella en el alumbramiento.

—Gogo será siempre mía, tía Cata, pase lo que pase —afirmó tan segura, que aquella mujer, que rara vez se quedaba sin palabras, enmudeció y sus inmensos ojos azules dejaron de parpadear por unos largos segundos—. Será siempre mía porque el tío Giovanni me hizo comprender un día que las madres, estén donde estén, te lleves como te lleves con ellas, vivan o no, siempre permanecen unidas a los hijos por ese hilo invisible que nadie puede destruir jamás ni con la misma muerte. —Hablaba tajante y fuerte, a pesar de haberse dejado la piel en el parto.

—¿A dónde quieres llegar, Schiap? Creo que me he perdido —dudó Catalina, acercándose a la cama en la que madre e hija permanecían piel con piel y arropadas por el ajuar blanco de hilo bordado que había mandado para después del nacimiento, junto con un inmenso ramo de flores rosas, su amiga Gabrielle Picabia.

—Willie no sé si será un buen padre, pero sé que no es, ni será, un buen marido por mucho tiempo —aseguró.

—¿Por qué dices eso? —preguntó compasiva, mientras se sentaba en el borde de la cama y apoyaba sus manos sobre la madre y la niña.

—Toda la ciudad sabe ya de sus fechorías y de sus encuentros íntimos con esa tal Isadora Duncan —verbalizó su nombre en alto por primera vez.

—¿La bailarina? —Catalina mostró su asombro.

—La misma. A menudo las víctimas de los engaños somos las últimas en enterarnos. Pero hace una semana, cuando volvió de una de sus reuniones, le abordé y se quedó callado antes de estallar en un ataque de ira. No supo responder nada convincente. ¿Sabes lo que me dijo el muy desgraciado? —Miró a su tía a los ojos.

—Dime. —Le agarró la mano con fuerza.

—Me gritó que tenía la cabeza llena de pájaros y de fantasmas de tanto soñar mirando a las dichosas estrellas —susurró, y sus ojos se llenaron de lágrimas pensando en aquellas noches de infancia en la mágica oscuridad del jardín del palazzo Corsini.

—Hay hombres que no tienen alma, cariño. Tú y yo tenemos la suerte de haber tenido en la vida a esa otra clase de hombres que han nacido para dar amor sin medida. Tu padre y tu tío son tu ejemplo más claro. Y yo, Schiap, tuve y tengo al mejor hombre del mundo, porque ha sabido quererme a su manera y guardar mis secretos durante todos estos años.

—¿De qué me estás hablando, tía Cata? —preguntó Elsa, confusa, sin dejar de bucear en el azul profundo de sus ojos, que ahora también estaban líquidos.

—¿Sabes por qué nunca quise casarme con don Rigoberto? Porque estaba enamorada profundamente de su hermano pequeño. —Guardaron las dos un rotundo silencio. Elsa jamás había hablado con su tía de la intimidad de sus romances—. Aunque a él nunca le gustaron las mujeres —prosiguió—, pero me quiso tanto que cuando me quedé embarazada, se quedó con aquel bebé de mi vientre y me prometió que lo cuidaría toda la vida como si fuese suyo —rompió a llorar como nadie la había visto nunca.

Elsa respiró tan profundo que pudo sentir cómo su vientre se contraía de nuevo, igual de fuerte que en mitad del parto.

—¿Dónde ha estado tu hijo todo este tiempo? —logró interrogar, paralizada por completo por la confesión.

—Con los que él considera sus abuelos, los que le han cuidado desde que nació. Su padre les dijo que la madre había muerto en el parto para preservar su intimidad, pero sobre todo para guardar mi secreto y así salvar mi reputación. Maldigo a esta sociedad cruel e injusta y bendigo a ese hombre que ha sido un padre generoso para mi hijo. Tú eres la única, desde hoy, que sabe este secreto —le confesó llorando desconsoladamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó a su tía, apretando su mano, intuyendo una premonición que estaba a punto de cumplirse.

—Thistle. Thistle Bloom —respondió ella.

Y esa mañana limpia de Nueva York, mientras la cuidad bullía allí abajo con el ruidoso lenguaje de sus calles, esas tres mujeres, una de ellas recién llegada al mundo, se fundieron en un único y eterno abrazo, como un juramento de vida que nadie iba a poder profanar jamás.

SEGUNDA PARTE

LA ITALIANA

1922

28

Primavera de 1922
Cabaret-bar Le Boeuf sur le Toit
28, rue Boissy d'Anglas, París

La primera noche libre de Elsa Schiaparelli recién desembarcada en París, una vez que se había acomodado en el lujoso apartamento que su madre tantos años después y a pesar de las disputas le ayudaba a sufragar, quedó a cenar con Gabrielle Picabia. Esta, siguiendo la extravagancia de su amiga Schiap, había decidido que sus amigos la llamasen Gaby.

Le Boeuf sur le Toit se había convertido desde su inauguración, hacía menos de un año, en el centro de reunión de todos los artistas y la vanguardia de la ciudad. Jean Cocteau, Pablo Picasso, René Clair, Maurice Chevalier caminaban a sus anchas entre sus populosas mesas donde el todo París de las artes cenaba y bebía cada noche mientras los más virtuosos pianistas del mundo acompañaban a las mejores voces del momento para interpretar temas que se escuchaban en los clubs de todo el planeta.

Nada más entrar, los ojos de Elsa se posaron en el óleo sobre lienzo que colgaba sobre la bulliciosa barra. *L'Oeil cacodylate*, de Francis Picabia, era ya una de las señas de identidad del local. Un ojo navegaba en su pintura entre un mar de mensajes encriptados, letras y reseñas.

—Buenas noche, madame Schiaparelli, la señora Picabia la está esperando —anunció el *maître* acompañándola hasta su mesa.

—Querida Schiap, qué maravilla tenerte por fin en París —exclamó Gaby sin levantarse de la mesa. Llevaba un tocado de plato ladeado con dos camelias blancas tan grandes que llamaban la atención.

—Tendría que haber venido mucho antes, la verdad, nada ni nadie me retenía ya en Nueva York —sentenció ella con una mueca de asco al recordar a Willie.

—¿Les apetece un aperitivo? —preguntó el *maître* interrumpiendo un segundo la charla.

—Yo tomaré un dry martini doble —respondió Elsa, sin quitar el ojo de las camelias del tocado de su amiga.

—Que sean dos —añadió Gaby.

—Te agradezco las recomendaciones que me hiciste para contratar el servicio de casa. La cocinera es maravillosa y la doncella trata con tanto amor a Gogo que creo que voy a empezar a frecuentar este local a menudo, porque la dejo en buenas manos. —Miró a su alrededor el ambiente festivo a pesar de estar a mitad de semana.

—Me alegra, querida, precisamente quería invitarte a un evento.

Dentro de quince días mi amigo Paul Poiret, ya sabes que ha sido el *couturier* más reconocido de Francia en los últimos veinte años, da una fiesta para anunciar su vuelta. Lleva ausente todo este tiempo, tras la depresión de la guerra —dijo como con una pena contenida que a Elsa le sonó a irónica excusa.

—Acepto tu invitación encantada, tendré que pensar en el vestuario —respondió justo cuando les servían los cócteles.

Gaby la observó detenidamente. Seguía teniendo este extravagante misterio en su indumentaria. Llevaba un vestido negro de raso y un turbante azabache con dos plumas atigradas que a Picabia se le antojó tan estrambótico como sofisticado.

—¿Sabrías hacerme un vestido para esa noche? —le preguntó dando un sorbo coqueto a su Martini.

—¿Y no se pondría celoso tu amigo Poiret?

—Él debe de estar harto ya de hacerme vestidos, a veces hay que variar para enriquecer a otros amigos —dijo ella con un guiño cómplice.

—¿De quién es el tocado? —quiso saber, observando una vez más el magnético perfume que casi podía desprender el algodón de las camelias.

—Coco Chanel, su boutique de la rue Cambon se ha convertido en el nuevo peregrinar de las damas francesas. Creo que Paul hace esta fiesta para demostrarle a esa estirada, como él la llama, quién estaba primero —confesó.

—Será el primer Schiaparelli de la historia, pero cuenta con él —sentenció Schiap aceptando el encargo. Levantó su copa, brindó al aire con su amiga y se bebió todo el cóctel de un trago, que le resultó tan ardiente como embriagador. Pensó en tío Giovanni, en tía Cata y en el dulce Thistle. Todo parecía de repente cercano a pesar de estar lejano. Y ella acababa de llegar a París, pero no tenía la más mínima intención de abandonar su nueva ciudad favorita en el mundo.

No había hecho nunca patronaje, pero en su mente las ideas volaban con tanta gracilidad que, si cerraba los ojos, como de niña, podía ver las estrellas y las flores rosas que llenaban los jardines del palazzo Corsini creando una volátil constelación.

Consiguió un organdí de seda azul noche, casi negro, al poco de entrar en la Mercerie Ultramod, en el 4 de la rue de Choiseul. Era una antigua sombrerería del barrio de Bourse fundada en 1832, que en 1920 se había especializado en productos de mercería y donde casi todas las costureras de París encontraban auténticas joyas de fornituras para sus creaciones de moda.

Cuando Elsa entró respiró hondo el perfume de las maderas impolutas que servían de mostradores y que armaban los estantes, altísimos, hasta el techo. Había cientos de bobinas de hilos de todos los colores imaginables, cintas de raso y terciopelo, plumas, flores, pasamanerías, azabaches y cristales…

—*Bonjour, madame* —saludó con una sonrisa una dependienta madura y perfectamente arreglada. Llevaba unas gafas redondas de metal dorado apoyadas en la punta de la nariz y el pelo recogido en un moño suflé que a Schiap le pareció tierno y divertido. Era como una institutriz bondadosa, pensó.

—Estaba buscando alguna tela rica y suntuosa para un vestido de noche, la quiero oscura, muy oscura —puntualizó.

En su cabeza ya había idealizado el diseño que quería y el objetivo que se había marcado para que Gaby Picabia fuese la comidilla de los ecos de sociedad, al día siguiente, en la esperada vuelta al mundo del glamur de Paul Poiret.

—Veamos qué tenemos de su agrado —dijo, sacando distintos rollos de telas y haciéndolos rodar por uno de los inmensos mostradores—. ¿Es para inverno o para verano? —preguntó, tocando con tacto experimentado el grosor compacto de un terciopelo morado tan oscuro que a Elsa le recordó a las moras maduras del final de los veranos en Roma.

—Es para esta misma primavera —aclaró.

—Entonces deberíamos irnos a una seda. Y, por supuesto, tenemos siempre nuestros encajes y tules bordados, son ya una tradición entre nuestras mejores clientas —informó, extendiendo en la mesa un chantilly negro exquisito.

—Había pensado en algo más rígido y con cuerpo, ¿ese tejido es azul? —señaló uno de los rollos más altos. La mujer tuvo que desplazar la escalera para alcanzarlo.

—Sabia elección, es un maravilloso organdí de seda. Y sí, es azul marino, como debían de ser los cielos de Shakespeare —dijo, románticamente mirando al techo con los ojos entornados y los morros apretados—. En *El sueño de una noche de verano*, ya sabe —añadió al ver que Elsa las observaba muda. A ella y a la tela expuesta sobre el mostrador.

—Sí, sí, la había entendido —dijo escueta sin más ganas de entablar conversación con aquella mujer. Tenía la cabeza trabajando ya a toda máquina.

—¿Se la queda entonces? —preguntó dudosa.

—Sí, me llevo todo el rollo —anunció.

—Madame, son veinticinco metros, ¿piensa hacerse un vestido o un sofá? —Soltó una sonrisita que a Elsa le pareció tan estúpida que ni respondió.

La dependienta captó al segundo que con las clientas desconocidas no se debía permitir esos chascarrillos y volviendo a enrollar el organdí se dirigió hasta donde estaban los papeles de seda con los que envolvían las telas.

—¿Necesitaría algo más? —preguntó ahora con tono servicial.

—Querría ver algunas flores y cuentas, también necesito lentejuelas, hilo, agujas, forro…

Elsa salió de Ultramod con la sonrisa de una niña pequeña. Un mozo le llevaría esa misma tarde el abultado pedido a casa. Hasta entonces, decidió vagar sin rumbo por París. El sol inundaba sus calles más pintureras, que siempre olían a flores y a mantequilla tostada.

30

1 de junio de 1922
Casa-atelier Poiret
107, rue Faubourg Saint-Honoré, París

Decían las malas lenguas que Paul Poiret había empezado ya su declive después de dos décadas como el costurero absoluto de las damas de la alta sociedad parisina, pero esa noche la casa del modisto respiraba riqueza y lujo por todos los rincones.

Amigo íntimo del matrimonio Picabia, tenía aspecto de bonachón, la cara redonda como un pan y una barba y cejas espesas que le hacían más mayor y campechano de lo que ya era de por sí. El modisto, al que muchos habían denominado antes de que estallase la guerra «el rey de la moda», era hijo de un humilde comerciante de telas. Había empezado desde lo más bajo en un taller de paraguas por orden de su padre. Y en 1903, tras algunos años de trabajo incansable y despreocupada ambición, según creían sus amigos, inauguraba su propia tienda de moda en el número 5 de la rue Auber. Tan solo tres años después, se trasladaba al 37 de la rue Pasquier, dentro de un antiguo hotel, y el todo París comenzaba a desfilar por su atelier. Ahí empezaba realmente la leyenda de un hombre que fue cambiando de locales según su negocio, sus clientas y su fama se expandían. Desde 1911, ya encumbrado en todas las reuniones más exclusivas de Francia, el número 107 de la rue Faubourg Saint-Honoré era el epicentro de su casa de modas y de las fiestas más refinadas de toda la ciudad. Las señoras más exquisitas de París veían en él toda la elegancia del mundo, a pesar de haberse casado con Denise Boulet, una provinciana mujer que despertaba la ternura de su esposo porque le recordaba a sus orígenes humildes.

Habían llenado esa noche la casa Poiret de inmensos ramos de flores de colores en gigantescas copas de cristal tallado. Los salones, comunicados por grandes arcadas enriquecidas con cortinajes de damasco, acogían a los más de cien invitados que esa noche disfrutaban del esperado evento. Las mujeres elegantes del modisto se mezclaban en un curioso collage con artistas de distintos pelajes. Pablo Picasso, consagrado ya como ese curioso pintor español que recorría el mundo con sus lienzos, seguía encandilando como nadie a las mujeres de los populosos Montmartre y Montparnasse a pesar de llevar ya cuatro años casado con la bailarina rusa Olga Jojlova y de haber traído al mundo a su hijo Paulo. En las fiestas parisinas sabían que Picasso no se perdía una juerga siempre que hubiese mujeres guapas, cigarrillos y una buena barra. Él prefería siempre las de

Chanel, pero su divertida irreverencia le hacía aceptar las fiestas de la competencia con soltura.

Cuando Gabrielle Picabia entró en el salón principal de la casa Poiret con su Schiaparelli azul noche moteado de miles de pequeñas lentejuelas de oro, un murmullo de admiración fue creciendo hasta convertirse en júbilo. Junto a ella, en vez de su marido Francis, paseaba casi triunfal una mujer de rasgos duros, agradable fealdad y envidiable cintura. Llevaba un vestido recto, negro como las noches sin luna, lleno de azabaches y un cuello inmenso de plumas en el que navegaban su rostro y aquel turbante bordado de cristales de todos los colores.

—Querida amiga mía, esta noche eres como una exquisita galaxia cuajada de chispeantes estrellas —exclamó Paul Poiret, tomando la mano de Gaby y besando su dorso con mucha pompa.

—Gracias, querido, me alegra que te guste. Te presento a Elsa Schiaparelli, Schiap —añadió con una sonrisa cogiendo del brazo a su amiga.

—Qué placer conocerla —dijo sin dejar de observar cada milímetro de su vestido y cómo las luces del salón arrancaban destellos de glamur en los cristales de su turbante.

Gaby estaba henchida de placer. No había una dama en aquel lugar que no hubiese soñado con tener su vestido.

—¿De dónde has sacado esta joya de pieza? —le susurró al oído Poiret.

—Del cerebro eminente de mi amiga Schiaparelli y la exquisita y precisa labor, como hormigas, de un selecto conjunto de costureras dirigidas por ella —sentenció.

Y Paul Poiret supo en ese mismo momento que a París había llegado un huracán capaz de arrasar con las eternas costuras de la ciudad más exquisita del mundo.

Elsa se despertó con más resaca de los halagos de una noche increíble que del carísimo champán que Paul Poiret había encargado para su vuelta a París, tras esos años de ausencias y viajes entre los devenires de la maldita guerra. No recordaba a qué hora había vuelto a casa, pero sí la pícara conversación, palabra a palabra, que habían mantenido a la vuelta Gaby y ella bajo el asombro de un chófer mudo y de un Francis Picabia que relamía, entretenido, con una sonrisa maliciosa, uno de esos cigarros habanos que le hacían llegar desde Cuba cada dos o tres meses. Le encantaba degustarlos y repartirlos con placer entre sus amigos en las infinitas tardes de caballeros y fanfarronería del club de fumadores Tabac de Dame, del que era socio junto con muchos de sus amigos artistas del círculo más moderno de París.

En el corazón de Montparnasse, el famoso club llevaba impresa la ironía hasta en su nombre. Lo llamaban Tabaco de Dama en honor a Cuba, una isla femenina, con nombre femenino y con fama de femeninas pasiones, amén de tener en sus tierras la producción de los mejores cigarros del mundo.

—Es curioso que llaméis en femenino a un club en el que está prohibida la entrada a las mujeres. A veces los hombres sois tan simples que… —Elsa dejó la frase sin terminar. Un silencio repentino se había instalado en el reducido ambiente del vehículo, pero pudo ver de reojo, con placer, la sonrisa aprobatoria del chófer.

El habitáculo del H6B, el nuevo Hispano Suiza de los Picabia, era tan cómodo, con sus asientos de cuero negro relucientes, que a Elsa no le habría importado lo más mínimo que hubiesen tardado toda la noche en atravesar la ciudad en esa maravilla de máquina en la que Francis Picabia había debido de invertir una fortuna. Sus faros redondos de pulido metal y su carrocería negra como el azabache le daban un porte de distinguida realeza.

—Querida, has dejado a todos boquiabiertos. Sé que mañana Poiret me interrogará a conciencia para saber todo de ti. Estaba que se moría de celos —exclamó Gaby, rompiendo el silencio, mientras su marido sonreía entre la nebulosa de su cigarro.

—¿Tú crees que estaba celoso o era pura intriga? —cuestionó Schiap.

—Podrían ser ambas cosas en este caso. ¿No viste cómo deambulaba a nuestro alrededor cada vez que sus amigas se interesaban por mi vestido y por conocerte? —preguntó con descarada malicia.

—Yo creo que intentaba agasajarnos, como hacen los buenos

anfitriones —ironizó, sabiendo que Gaby entendía a la perfección esa sorna mordaz que había aprendido de la divina sabiduría de tío Giovanni.

—Te juro que jamás le había visto así de nervioso —explicó Gaby Picabia mientras su marido lanzaba, grotesco, a la calle el pequeño resto de su cigarro y bostezaba con un descaro inusual, que Elsa interpretó como un alarde de extrema y vulgar confianza.

—¡Hemos llegado! —exclamó su amiga como si nadie se hubiese dado cuenta, justo cuando el coche se detenía delante de la casa y el chófer se bajaba apresurado para abrirle la puerta y ayudarla a bajar.

—Eso parece —añadió su marido, asomando la cabeza por la ventanilla para respirar el aire limpio de la calle—. Querida, descansa mucho y disfruta mañana de la prensa. Seguro que son generosos contigo —añadió al tiempo que agitaba la mano desde el interior del automóvil. Elsa ya caminaba grácil hasta el umbral del portón de madera de la casa.

—Buenas noches a todos. Gracias, amigos, por esta velada —se despidió sin volver la vista atrás, pero mirando al cielo parisino, cuajado, una noche más, de millones de estrellas.

Sobre la mesita en la que desayunaba cada mañana, delante de un balcón soleado desde el que se veía orgullosa la descomunal torre de hierro de trescientos metros de Eiffel y la calma serena del Sena, al que el sol sacaba infinidad de destellos hacía ya un par de horas, le habían dejado su *cafelatte*, un cruasán, un vaso de agua con una rodaja de limón y la edición matutina de *Le Figaro*. Se sentó sin prisa, lo abrió por el final, como hacía siempre para leer los ecos sociales antes que todo lo demás ya que pocas veces le interesaba y hundió la pata del cruasán en el café mientras empezaba a leer con una sonrisa de niña traviesa.

> Gabrielle Picabia y la aristócrata italiana Elsa Schiaparelli, desconocida hasta ahora pero ya codiciada desde ayer en el mundo de la moda, conquistaron anoche a todos los invitados de la fiesta organizada por el modisto Paul Poiret. No, no se había muerto, y lo demostró reuniendo una vez más en su casa a lo más selecto de París y empeñándose en embriagarlos con tanto champán como le permitió su chequera.
>
> La señorita Schiaparelli, una mujer singular y con un extraordinario sentido de las proporciones hasta en lo más profundo de sus sueños, sobrina del célebre astrónomo italiano, y dueña de un humor exquisitamente inteligente, idealizó en el vestido de Picabia una constelación tan singular como triunfal.
>
> Preguntada por sus creaciones futuras la solicitada joven, a quien el anfitrión habría querido arrancar los sueños para hacerlos suyos, se limitó a exclamar con inusitada ironía: «Todo lo bello en la vida siempre se hace esperar, quizá estaba por llegar, ¿tienen ustedes prisa?».
>
> No la tenemos, pero estamos ansiosos porque llegue. Daría todos los francos del mundo por ver la cara que se le queda a madame Chanel. Bienvenida a París, *madame* Schiaparelli.

Así cerraba la crónica —en cuyas fotos se retrataba a Gabrielle y a Elsa sonrientes mientras Paul Poiret dibujaba con un dedo sobre el vestido la constelación de lentejuelas— *monsieur* Montes, un periodista de moda español afincado en París y que firmaba con irónico gusto los ecos de las fiestas más importantes. Sus críticas y sus análisis se habían convertido en lo más deseado y en lo más temido a la vez por las grandes damas de la ciudad.

Elsa terminó de sumergir en la taza lo que quedaba de su bollo con una sonrisa de júbilo. Imaginó al tío Giovanni muerto de la risa, disfrutando no solo de su primer éxito sino de cada una de las palabras que esa mañana *monsieur* Montes propagaba a gritos desde *Le Figaro* por todos los rincones de la madre Francia.

El número 31 de la rue Cambon, en el corazón más sofisticado de París, era un continuo ir y venir de mujeres que entraban y salían llenas de paquetes y sombrereras. Apuntaban algunas de las últimas crónicas de *monsieur* Montes que Gabrielle Chanel, Coco para sus amigos y conocidos, era la causa de la muerte lenta de la leyenda que había sido Paul Poiret durante los últimos veinte años. Muchas de aquellas damas que ahora se morían de gusto por sus nuevas creaciones llevaban aquellos tocados de camelias que se habían hecho tan famosos en las fiestas de sociedad. Su diseñadora era una de las mujeres más populares de París desde que en 1916 la revista americana *Vogue* la sacase a la luz aludiendo a sus chaquetas deportivas y a la liberación de los encorsetamientos femeninos.

Cuando Elsa cruzó aquel umbral de la boutique de Chanel, llena de ganas de saciar la curiosidad de cómo era y qué hacía aquella mujer de la que todo el mundo hablaba en cada reunión social, se topó con una imagen que le recordó mucho a ella, a su infancia recluida en el palazzo Corsini, a su adolescencia más rebelde y a las locuras de su juventud en busca de la absoluta libertad.

Gabrielle Chanel era fea y austera. Dura y altiva. Hablaba tajantemente y fumaba con tanto misterio que a Elsa le resultó tremendamente atractiva. Se cruzaron las miradas tan solo un segundo, pero el tiempo se detuvo tan de golpe para retroceder a miles de lugares y de momentos que sintió un escalofrío. Era, casi había podido escuchar en su subconsciente al tío Giovanni susurrándole al oído la jugada, como si dos animales salvajes se hubiesen encontrado de repente en mitad de la sabana. Dos felinas de esbelta figura, rápidos movimientos y certeros zarpazos.

La boutique respiraba una exquisita pureza por todos los rincones. Algo que le recordó también a la estricta y ordenada disciplina de su madre y que le hizo volver a reflexionar unos segundos antes de que su voz la sobresaltase.

—¿La puedo ayudar en algo? —preguntó muy seria *madame* Chanel, que pocas veces atendía personalmente a las clientas salvo que fuesen ya viejas conocidas de su casa de modas. Elsa guardó silencio unos segundos, observándola frente a frente—. ¿Quizá esté perdida? —añadió con su voz dura, fina y altiva, con su curioso acento francés.

—En realidad, no. Se lo agradezco sinceramente, pero no hay nada que me llame tanto la atención —respondió con tal ironía que pudo notar como a aquella mujer se le estiraba la piel de los pómulos en un segundo y su morro se fruncía hasta convertirse en el culo de un pollo.

Salió de la tienda henchida como un pavo y sonriente. Sobre el mostrador principal había visto un ejemplar de *Le Figaro* abierto por la columna social de *monsieur* Montes. Tenía tantas ganas de gritar que tuvo que contenerse durante todo el paseo de vuelta. Y en cuanto atravesó el patio de carruajes tras el portón y llegó a ese jardín interior que florecía como un vergel en el antiguo patio se sentó en una de sus butacas, se quitó el tocado de casquete y gritó de placer hasta quedarse ronca.

1927

7 de febrero de 1927
Schiaparelli - Pour le Sport
4, rue de la Paix, París

Hacía tanto frío esa mañana de febrero que Elsa temía que nadie acudiese a la inauguración de Schiaparelli - Pour le Sport, su primera tienda en París. Habían pasado cuatro largos años desde que su amistad con los Picabia le granjease un hueco privilegiado entre las clientas del maestro Poiret. Con ellas, a pesar de seguir sin hacer patrones, se había especializado en la técnica del moulage. Usaba el maniquí, su propio cuerpo y los de aquellas mujeres para cincelar en el momento sus más codiciadas creaciones. Así se lo había visto hacer infinidad de veces a Paul Poiret, consiguiendo este liberar a las damas de todo el planeta del corsé y de los vestidos recargados para convertirlas en animales libres y modernos llenos de movimiento, pero tremendamente elegantes y sofisticados.

—Querido amigo, has sido un mentor generoso y me alegra profundamente tenerte hoy a mi lado —saludó con ternura Schiap al modisto en cuanto entró en la tienda. Él siempre era el primero en apoyar a su gente, a pesar de las diferencias que, según las malas lenguas, solían existir entre los creadores de la moda.

—No nos lo habríamos perdido por nada del mundo —respondió con el mismo cariño, mientras Gabrielle Picabia asentía con la cabeza, sonriendo, cogida de su brazo.

Elsa echó la vista atrás tan solo un año, cuando, a pesar de ser reconocida ya entre las grandes damas de París, aún no había conseguido hacer realidad todas esas surrealistas extravagancias que rondaban por su cabeza desde niña y que los cuadros de Picabia y las fotografías y esculturas de Man Ray habían hecho explotar definitivamente.

Todo llegó de golpe ese 1927 con sus locos y efervescentes suéteres de punto con trampantojos de lazos en blanco y negro. La edición francesa de *Vogue* los había calificado de «obra maestra». Y ahí estaban ahora, expuestos en el número 4 de la rue de la Paix y en el inicio de un sueño que empezaba a extenderse por todo París como la pólvora.

Cuando Gabrielle Chanel entró en la abarrotada tienda, vestida con unos de sus pantalones con cinturón, un jersey metido por dentro de ellos y un abrigo de lana sobre el sorprendente conjunto, un sombrero de boina negro y un cigarro encendido en la comisura de sus labios, parte de los invitados empezó a murmurar.

—¿La puedo ayudar en algo? —preguntó Elsa con aquellas exactas

palabras y la misma seriedad con la que lo hiciese Chanel años atrás. Ella aspiró su cigarrillo observando la tienda unos segundos—. ¿Quizá esté perdida? —insistió Elsa con su buena memoria, recordando palabra a palabra la altivez con que la había tratado en su boutique de la rue Cambon.

—En realidad, no. Se lo agradezco sinceramente, pero no hay nada que me llame tanto la atención —respondió su contrincante también con las palabras exactas que ella misma había respondido años atrás, soltando una bocanada de humo. Después se giró sin detener ni siquiera la mirada en Poiret y salió de la tienda tan estirada que Schiap rompió en un ataque de risa que la mantuvo en la gloria durante largo rato. Sabía que desde ese día tenía una dura rival en la moda y en París. Y eso, lo tuvo claro al momento, solo significaba que estaba en el mejor de los caminos.

Catalina La Bella siempre era un bálsamo para cualquier resaca, fuese dolorosa o triunfal. La de esa mañana era de puro júbilo. Schiaparelli - Pour le Sport había abierto sus puertas por segundo día con el gozo de no tener sitio para las visitas de antiguas clientas de Poiret e infinidad de nuevas damas que llegaban desde todos los rincones de París. En la entrada de la pequeña boutique, como Elsa recordaba en su primera visita a la casa Chanel, un nutrido grupo de mujeres esperaban su turno en la calle en un baile continuo que a Elsa le dio tanto vértigo como placer.

Cuando salieron a almorzar horas después —había costado un triunfo cerrar la tienda—, se encontraba tan feliz que dio por bien merecido el agotamiento de la última y vertiginosa semana.

—¿Sería posible una mesa para dos? —preguntó Catalina con pose coqueta y mirada intensa, exponiendo todos esos encantos femeninos que tan bien le funcionaban siempre, al ver que el café de Flore estaba abarrotado.

—Siempre hay una mesa libre para *madame* Schiaparelli —respondió reverencialmente aquel *maître* que era conocido por su poco humor y su milimetrada disciplina en el orden de las mesas y las comandas. Elsa sonrió agradecida.

Las mesitas redondas de pies de hierro y tapas de mármol eran tan menudas que a Schiap le parecían perfectas para que la tía Cata no pidiese comida para un batallón, como solía hacer con el más mínimo pretexto.

—Tomaremos dos dry martinis mientras estudiamos la carta —anunció Catalina casi sin dejar hablar al joven *garçon*.

—Enseguida, *madame* —se apresuró el chiquillo.

—No te vuelvas loca, que te conozco —advirtió Elsa a su tía, que había empezado a recitar, como los loros, todos los platos que le gustaban de la carta.

—Tenemos mucho que celebrar, no me seas aburrida, cariño, que además tengo un hambre que no me deja ni respirar —anunció dramática, conteniendo la risa.

—Haz lo que quieras, pues, de todos modos, lo harás te pida lo que te pida —resopló con acostumbrada resignación.

—Pues entonces pediremos pescado marinado en mantequilla y azafrán, pastel de carne con cebollitas glaseadas, confit de pato con ciruelas y esa riquísima sopa de cebolla que muero por devorar cada vez que piso este templo de la cocina —rio sin límites.

—No sé cómo puedes seguir estando tan guapa y estupenda con lo

que comes. Ni los puercos que traían en Navidad al palacio habrían comido tanto como tú —soltó Elsa, observando su cuello, su escote y su cintura por encima de la mesa, a pesar de conocerse hasta el último centímetro de su piel.

—Cuando te pones fina eres una delicia, niña —exclamó Catalina, aplaudiendo al ver que el *maître* ya se acercaba a tomarles la comanda precediendo al chico con los cócteles.

—Menos mal, cuando pueda nos trae otros dos —imploró Elsa, cogiendo el suyo y apurando la mitad de un solo sorbo, bajo el asombro de todos.

—¿Esperan a más comensales? —preguntó tan serio el *maître* que Catalina no captó su ironía.

—No, nos gusta comer solas y hablar de nuestras cosas —respondió mientras Elsa ponía los ojos en blanco y se terminaba el dry martini de un segundo trago.

—Si son capaces de comerse y beberse todo lo que han pedido, les invita la casa —las retó.

—Después le pido los postres, gracias, le tomo la palabra —respondió con tanta seguridad Catalina que Elsa se horrorizó solo de pensarlo.

Había anochecido en París cuando aquel *maître* al que jamás nadie había visto sonreír en tantos años se acercaba a la mesa como si saliese de una función de alta comedia.

—La casa les invita, *mesdames*, ni en mil años habría imaginado esto. Compadezco a sus familias como vuelva otra guerra —balbuceó entre carcajadas.

—Por las familias —levantó Catalina su copa.

—Por ellas —añadió Schiap, pensando en la suerte de tener a Gogo y en el duro secreto de Thistle que su tía llevaría para siempre en la maleta de su vida.

Nunca le importaba el frío si cuando miraba al cielo podía ver las estrellas. Giovanni Schiaparelli le enseñó que podía contemplarlas con los ojos cerrados siempre que lo desease, que bastaba con sentirlas. Pero igual que él se sentía feliz bajo ellas, con su viejo telescopio, su cuaderno de notas, un refresco y un simple bocadillo de mortadela de Bolonia o de pastrami, cada una de esas muchas noches eternas de Roma que habían compartido, si años después ella miraba al cielo y las veía de verdad, la vida le parecía infinitamente más fácil.

Decían que en París siempre llovía en invierno, pero no era cierto. Muchas de esas noches frías de los meses más duros, los días eran soleados y luminosos y las noches limpias y llenas de estrellas.

«Lo mejor de todo es que no tienes que capturarlas en un bote de cristal, ellas salen cada noche en cualquier lugar del mundo en el que te encuentres», pudo oír en su memoria la voz de tu tío. Inspiró profundo, cerró los ojos y notó su recuerdo nítido y hechizante.

—¿En qué piensas, niña? —preguntó Catalina.

El paseo de vuelta, caminando agarradas del brazo y sin importarles el frío, se convirtió en un refrescante alivio después de la comilona. Elsa podía notar en la lentitud de su lengua todos aquellos martinis que había dejado de contar desde el tercero. Nada le importaba más en ese momento que tener cerca, en el inicio de su triunfo, a aquella mujer a la que quería como si fuese de su misma sangre. No podía tener al gran tío Giovanni, pero estaba ella.

—Pues he pensado muchas veces, tía Cata, en nuestra última charla en Nueva York cuando nació Gogo —respondió casi en un susurró cuando ya llegaban a la casa, tras ese recorrido sin prisa por las calles de un París que parecía que nunca dormía.

—¿Qué pensabas, Schiap? —preguntó de nuevo con voz dulce, notando cómo un pequeño escalofrío la devolvía al pasado.

—Las primeras semanas después de desvelarme tu secreto no sabía cómo digerirlo, la verdad. Pensé que me habías sentenciado de por vida a una condena de la que jamás iba a poder desprenderme —le confesó mientras tiraba de su brazo hasta uno de los bancos que había en la calle, frente a su puerta.

—Lamento que lo recibieses así, cariño. Solo pretendía que, si un día yo faltase, la memoria de quien es mi hijo no se extinguiese. No sé si obré bien o mal. No sé si lo he hecho bien o mal todo este tiempo. No lo sé —dudó, rompiéndose de pena.

—Hiciste lo que debías, tía Cata, lo supe en cuanto pude reflexionarlo unos segundos en soledad. —La abrazó.

—¿Crees que he sido una tremenda egoísta? —preguntó desgarrada.

—Has sido la madre más generosa del mundo. Nadie habría renunciado a la verdad de esa manera para no arrebatar a otros todo el cariño que le dieron desde bebé para guardar tu honra —sentenció, segura de cada una de sus palabras, notando cómo las lágrimas de su tía le empapaban la pechera del vestido.

—Prométeme que un día, cuando yo ya no esté, se lo explicarás con todo el amor del mundo. Dile que solo lo hice por él y por esa maravillosa familia que lo educó y le hizo florecer como el mejor de los cardos de Escocia —suplicó con la voz entrecortada.

—Te lo prometo, tía, con todo mi corazón —afirmó tajante, y las lágrimas empezaron a recorrer también sus mejillas.

Cuando Catalina La Bella se incorporó para mirarla de frente, sus ojos azules infinitos eran el puro espejo de los de Thistle Bloom. Y Elsa sabía que eso era y sería siempre, hasta cuando se muriese, su eterno refugio.

37

Marzo de 1927
Cabaret-bar Le Boeuf sur le Toit
28, rue Boissy d'Anglas, París

Le Boeuf sur le Toit tiene el placer
de invitarles al espectáculo de comedia
musical de Maurice Chevalier.

Así rezaban las cuartillas que el cabaret había hecho llegar a todos sus clientes habituales y todos los artistas más punteros en sus disciplinas que vivían en París, muchos de ellos franceses de nacimiento y otros muchos de adopción, pues habían encontrado en la ciudad el corazón perfecto del mundo para desarrollar sus talentos.

La muerte de Boy Capel en un accidente de coche había dejado abatida a Gabrielle Chanel en 1919. Aquel dolor tan repentino y profundo y las ganas de gritarlo al mundo tiñeron de negro todo su vestuario muchos años atrás. Ese marzo de 1927, un año después de que *Vogue* hubiese calificado su *little black dress* como «el atuendo que todo el mundo usará», el negro ya no era un color sólido y único en el armario de Chanel, pero se había instalado en todos sus básicos para siempre.

Su exitoso «pequeño vestido negro» no solo se convirtió enseguida en una de las prendas más solicitadas por las clientas de su boutique de la rue Cambon, sino que la propia Coco se lo ponía con ese aire de sofisticada distancia que emanaba de su menudo cuerpo.

La noche que Maurice Chevalier reunía al todo París en Le Boeuf sur le Toit se había puesto su vestido negro con tres collares largos de perlas y un abrigo blanco de lana al que había cosido con maestría más de un centenar de pequeñas camelias.

—Queridas, acaba de entrar la Dama de las Camelias —exclamó Paul Poiret con una risita malvada, mirando cómo aquella mujer enjuta recorría la multitud hasta su mesa, se despojaba del abrigo y se quedaba con aquel vestido tan corto y tan negro.

—¿Quién es? —preguntó Gaby Picabia haciéndose la tonta, sacando unos anteojos de una coqueta cartera rígida de lentejuelas que Elsa ya había visto hacía días en la casa Chanel.

—La misma que firma este bolsito tuyo de fiesta, no nos quieras convencer de tu misteriosa ignorancia, y recuerdo tu sombrero de camelias de hace años —añadió Schiap con muy mala uva, saboreando el cóctel que les habían servido justo cuando Chevalier ya salía a saludar.

—Pues la verdad, no recordaba —intentó justificarse.

—¿No recuerdas cuándo los compraste o a quién se los compraste? —siguió interrogando con malicia Schiap. Sabía que a Poiret le divertían esos cotilleos.

—No recuerdo nada de nada, creo que he amanecido hoy con un selectivo fallo de la memoria —zanjó tajante.

—¿Está de luto? —añadió en bajito Paul Poiret, mirando en la distancia, sin obtener más respuestas. Chevalier ya entonaba la primera de sus canciones de un recital de casi hora y media en el que el público había aplaudido y vitoreado con placer entre una densa nube de humo de cigarrillos, cócteles, copas de champán y una cena distendida.

Dos mesas más allá, sonriendo siempre y sin dejar de observarla, Man Ray sujetaba su puro y su copa con la misma mano. A su lado, Picasso se hacía gestos en la distancia con Chanel para saludarse al salir, mientras un joven de ojos misteriosos y dibujado bigotillo, al que nunca habían visto, lo examinaba todo sin perderse ni un detalle.

—Queridos amigos, ¿cómo estáis? —preguntó Man, acercándose a la mesa cuando todos ya se levantaban.

—Qué gusto verte, *mon ami*, hacía tiempo que no sabíamos de ti —respondió Gaby, aceptando un beso en la mejilla de su amigo.

—He estado de viaje unos días. Cosas del trabajo, ya sabes. No volví a París hasta ayer y no os dije nada porque sabía que os vería aquí esta noche, imaginaba que ni tú ni Schiap os perderías un espectáculo como este —sonrió a ambas con su habitual galantería.

—¿No estaba Picasso en tu mesa? —interrumpió Francis Picabia.

—Ha ido a saludar a Coco y algunos amigos, ya sabéis cómo es de cumplido. —Soltó una carcajada.

—Y de sociable —añadió Gaby con una escueta sonrisa.

—Mucha gente bonita veo por aquí —dijo Pablo Picasso, apareciendo de nuevo, cuando ya se disponían a salir del local, cogido del brazo de un amigo y junto a Chanel.

—Estábamos hablando de ti, todo bueno, no te preocupes —sonrió Man.

—Seguro que nada bueno, pero eso también me gusta, ya lo sabes. Supongo que todos conocéis a mi amiga Coco —dijo sin más presentaciones mientras ella soltaba estirada una bocanada de humo sin inmutarse.

—Perdón, señorita, ¿por quién lleva este luto? —preguntó Poiret con estudiada malicia mirando su pequeño vestido negro.

—Por usted, señor —respondió Chanel, y volvió a dar una calada profunda a su cigarrillo.

Todos guardaron un silencio repentino que Francis Picabia se apresuró a romper antes de que se volviese más incómodo.

—¿Por qué no vamos a casa y tomamos la última copa de champán?

—Vamos encantados. Os presento a Salvador Dalí, un artista de mi país y un compatriota en París estos días —dijo Picasso, aceptando la invitación.

—Encantado, señoras, qué placer tan agradable —inclinó levemente la cabeza el joven, hablando en español con la boca apretada por encima de su milimetrado bigote.

Y Elsa notó cómo aquel hombre, tan apuesto como misterioso, la desnudaba de cuerpo y alma con sus ojos inquietantes en mitad de la gente en el mismo instante en que Coco Chanel había vaticinado en público la muerte en la moda de su amigo, el histórico Paul Poiret. En las calles de París, sin embargo, la vida nunca esperaba a nadie porque nunca se detenía.

Querido Thistle:

Anoche volví a echarte de menos en París. Me habría encantado tenerte cerca en el espectáculo de Maurice Chevalier. También después en casa de los Picabia. He imaginado toda la noche tu cara ante las insolencias de la estirada de Chanel, primero, y ante las galanterías de un personaje que me abdujo después hasta la madrugada.

He conocido a un pintor español tan loco como yo por las estrellas y por los sueños surrealistas. Es un rebelde de los míos, estudiaba hasta el año pasado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid, pero le expulsaron justo antes de sus exámenes finales por decir que no había nadie en toda la academia en condiciones de poder examinarlo. ¿No te parece que hay que tener mucho talento y osadía para retarlos de esa manera?

Según me lo contaba, pensé en mi poemario aquel maldito por el que me mandaron al internado en Suiza y en esos meses de encierro y reflexión. Y, de golpe, en mitad de la reunión, Salvador no dejaba de halagarme, volviste tú a mis pensamientos más profundos.

Ya ves, siempre que pasa algo inusual en mi vida estás tú detrás, de una u otra manera, para vigilar mis caminos y que no me pierda.

Te necesito y te quiero.

Schiap

Elsa soltó el plumín sobre la mesa, miró cómo el sol despuntaba ya por encima de los tejados y sonrió al pensar en todas las cosas que le había confesado Dalí. Pero, por encima de todo, sabía bien que esa carta a Thistle Bloom era un justificante para su propia conciencia.

Cuando Catalina La Bella llegó —se había convertido en su mano derecha en París para todos los asuntos externos de la tienda—, ya había cerrado el sobre, se había arreglado, tenía leída la prensa y terminado el desayuno.

—¿Has leído la crónica sobre el estreno de Chevalier? —preguntó su tía con una sonrisa tan amplia que soltó una carcajada incontrolada.

—Voy a empezar a creer que ese tal *monsieur* Montes está enamorado de mí, o que odia profundamente a madame Chanel —respondió Elsa, apurando su vaso de agua con limón y levantándose hacia el tocador para colocarse su turbante.

—¿Ya estás lista? —se asombró Catalina.

—¡Presta y dispuesta! —exclamó mientras se perfumaba con coquetería las muñecas y el cuello, segundos antes de salir.

Sobre la mesa de la sala ya vacía, *Le Figaro* llevaba en su contra el éxito de la noche anterior en una columna especial de su periodista favorito.

> Guerra de costuras en el estreno del espectáculo de Maurice Chevalier en Le Boeuf sur le Toit. Chanel denigra a un Poiret que parece diluirse poco a poco entre las sombras de la moda. Pero Schiaparelli sale en su defensa sin tener que abrir ni siquiera la boca. Ella y sus magnéticos turbantes volvieron a ser el centro de atención de todas las mujeres de la sala. Y el éxtasis de muchos de los hombres, a pesar de sus esposas. Un protagonismo que a *madame* Chanel le escuece tanto que no se molesta en ocultarlo. ¿Se avecina una guerra franco-italiana? Al tiempo.

—*Bonjour, mesdames* —saludó sonriente el chófer.
En las calles de París el sol y la primavera las esperaban radiantes.

Salvador Dalí tenía el aire de un donjuán, pero de excéntricas costumbres. Solía cerrar sus cuellos con pañuelos estampados o con milimetrados nudos de corbata y se rizaba los extremos de su bigote con aquella brillantina que inventó el perfumista Édouard Pinaud para suavizar el cabello y las barbas de los hombres y que triunfó en toda Europa tras su presentación en la Exposición Universal de París de 1900.

Cuando Elsa llegó a su cita —habían quedado para almorzar los dos solos un mes después de conocerse—, ya estaba sentado al sol en una de las mesitas que flanqueaban la esquina del café de Flore. Sus mesas se abarrotaban casi todo el año, aunque hiciese frío. Pero esa mañana el sol de finales de abril ya calentaba lo suficiente como para que conseguir encontrar un sitio en aquel codiciado chaflán fuese proeza de unos pocos elegidos.

—Buenos días, querida Schiap, me he permitido la libertad de elegir la mejor mesa para la mejor flor de esta primavera —anunció con mucha parafernalia Dalí, levantándose para ayudarla a acomodarse en su silla.

—Hacerse con una mesa en Flore es labor imposible hasta para los más selectos parisinos de sangre —comentó ella, haciéndose la sorprendida.

—Me subestimas —puntualizó.

—¿Tú crees? —preguntó, levantando su ceja.

—Me han bastado diez palabras sencillas y precisas para que el *maître* me diese la mesa que quería, y sin ser un selecto parisino de sangre —fanfarroneó.

—Diez palabras. ¿Tantas? —ironizó.

—Fueron las justas. —Señaló la mesa como indicio de su proeza.

—¿Cuáles fueron? Sorpréndeme —le retó, viendo cómo levantaba una ceja, como hacía ella tantas veces.

—¡Quiero la mejor mesa para la mejor dama de París! —exclamó.

—Son diez, eso es seguro —volvió a ironizar.

—Te he traído esto, como te prometí, para que me des tu sincera opinión —avanzó Salvador, y tendió sobre la mesa una abultada carpeta en la que guardaba, como sus tesoros, algunos de sus bocetos de los últimos años de academia y algunas de sus obras más recientes.

Elsa la cogió y lo miró a los ojos antes de abrirla. Era apuesto y hechizante y tenía el perfil absoluto de los megalómanos. Lo tenía claro desde la primera vez que le escuchó hablar de sí mismo en uno de los mullidos sofás del salón de los Picabia. Así que sabía bien que la

sincera opinión que le reclamaba no era más que un ejercicio de seguridad ante ella, opinase lo que opinase de sus creaciones. De todos modos, abrió la carpeta con parsimonia y con la sincera intención de dejarse llevar por lo que sintiese. Y así lo hizo.

Durante más de quince minutos, que a Dalí se le hicieron tan largos que no pudo disimular que empezaba a impacientarse, Schiap examinó aquellos dibujos primarios donde las faunas marinas, la luna y las estrellas, los tejados de mil ciudades, los relojes sin horas y un mundo de ojos inmensos que vigilaban el tiempo se unían y se distanciaban en un juego tan surrealista como sublime. Elsa había entornado varias veces los ojos para soñar, como lo hacía de niña, con todo aquello que Dalí plasmaba en sus cuartillas. Y volvieron, una vez más, las noches de estrellas en los jardines del palazzo Corsini y las mariposas que revolotearon en su interior la primera vez que Thistle Bloom la besó en la plaza de Santa María en el Trastevere romano.

—¿Y bien? —preguntó por fin con un soplido, incapaz de aguantarse por más tiempo.

—Parece que hubieses buceado todas las noches de mi vida en mi cerebro —dijo, manteniendo la mirada, retadora.

Salvador se quedó mudo por primera vez en mucho tiempo sin saber muy bien qué decir, aunque sus ojos lo contaban todo. Aspiró profundo y olió ese perfume que desprendía su piel, que le recordaba a las damas de noche de España. Había conseguido desarmarlo.

—¿Comemos? —preguntó Elsa, y alzó una mano para que la atendieran.

—Supongo que es lo que debemos hacer —respondió dubitativo.

—Madame Schiaparelli, qué gusto volver a verla, es usted tan maravillosa en sus descripciones que según llegó *monsieur* Dalí supimos que era él. Me he permitido asignarle, como siempre, nuestra mejor mesa —anunció el *maître* tan alto y con tanta efectividad que Elsa rompió en una sonora carcajada.

—Muchas gracias, Fabian, es usted siempre muy amable… Cuando pueda nos toma nota, se me ha abierto un apetito voraz —anunció sin dejar de sonreír, viendo cómo a Salvador se le petrificaba la mirada, sin saber dónde meterse y sorprendido de ver llegar al *garçon*, sin que nadie se lo hubiese pedido, con sus dos dry martinis dobles.

—¿Tú qué bebes? —le preguntó, apurando el primero y custodiando cerca el segundo.

—Lo mismo —balbuceó, incrédulo.

—Ya te dije que en el Flore era tarea imposible conseguir mesa, aunque dibujes como los dioses —apuntilló ella.

Y la sangre volvió abruptamente a las mejillas de Salvador Dalí, que había experimentado una erección como no le había sucedido nunca.

15 de septiembre de 1927
Café de Flore
172, Boulevard Saint-Germain, París

A la mañana siguiente de lo que había sido una noche trágica y triste para otros, pero no para ella, Elsa se levantó con la noticia de que Isadora Duncan, la amante eterna de su exmarido, había muerto. Saberlo tan solo le provocó un escueto silencio. En el obituario del *The New York Times* del 15 de septiembre, que Catalina La Bella le había narrado en el desayuno con todos los detalles, se leía textualmente una dramática estrofa.

> El automóvil iba a toda velocidad cuando la estola de fuerte seda que ceñía su cuello empezó a enrollarse alrededor de la rueda, arrastrando a la señora Duncan con una fuerza terrible, lo que provocó que saliese despedida por un costado del vehículo y se precipitase sobre la calzada de adoquines. Así fue arrastrada varias decenas de metros antes de que el conductor, alertado por los gritos, consiguiese detener el automóvil. Se obtuvo auxilio médico, pero se constató que Isadora Duncan ya había fallecido por estrangulamiento, y que sucedió de forma casi instantánea.
>
> La artista será incinerada el día 18 y sus cenizas se depositarán, por deseo de su entorno personal, en el cementerio del Père-Lachaise de París.

Catalina había pedido un chocolate y dos cruasanes con mantequilla. Elsa su *caffèlatte* habitual, su cruasán y su vaso de agua con una rodaja de limón. El sol de septiembre llenaba de luz y calor todavía la terraza del café de Flore.

—¿Cómo crees que estará? —le preguntó su tía mientras empezaba a mojar uno de los bollos en su taza humeante.

—Debería decir que no me importa lo más mínimo, pero no es verdad. Supongo que no estará bien. Es cierto que él solo se ha querido a sí mismo durante toda la vida, si no cómo se explica que Gogo haya cumplido siete años sin ver a su padre en todo este tiempo que llevamos en París —respondió resignada.

—Tienes razón. No tiene alma. Pero tú sí, por eso te lo pregunto.

—¿A dónde quieres llegar, tía Cata? —levantó la ceja, seria.

—A ningún sitio. Tan solo quiero que no le des vueltas, que no te martirices por alguien que no lo merece y que la vida siga su ritmo —le recomendó con esa ternura que a Elsa siempre la reconfortaba.

—Todo sigue su ritmo. En esta misma mesa comí por primera vez con Dalí la pasada primavera. Fíjate si la vida sigue su ritmo, que ya han pasado seis meses y parece que fuese ayer —reflexionó.

—¿Qué sabes de él? Hace tiempo que no lo nombras. —Cata mojó el segundo cruasán en el chocolate que quedaba en su taza, aún caliente.

—Está en España, preparando material para su obra. Nos veremos

pronto —dijo Elsa, quitando importancia al hecho.

—¿Tienes ganas? —preguntó la tía Cata con esa curiosidad propia de las madres cuando las hijas alcanzan la adolescencia.

—Tengo ganas de que la vida siga su ritmo —respondió escueta con una sonrisa, echándose por los hombros un chal de lana que había cogido, previsora.

Las flores de la calle bailaban al compás de esa brisa que se había levantado en los últimos días y que anunciaba el incipiente otoño de París.

1928

Nunca había sentido que Willie desaparecía del todo de su vida hasta una mañana gris de 1928 en la que, sentada con su tía Cata, como hacían muchos días antes de que Gogo despertara, desayunando en la mesita delante del balcón, se encontró con la noticia en la prensa. París, que siempre estaba inundado de luz hasta cuando se nublaba, se le antojó por unos segundos una fotografía triste y líquida, cargada de una extraña melancolía que no le pertenecía. Se hizo la fuerte, pero sintió como una punzada que le provocaba un desgarro.

> Asesinado en México en extrañas circunstancias el teósofo Wilhelm de Wendt de Kerlor, un año después de la trágica muerte en un fortuito accidente automovilístico de Isadora Duncan.
>
> La desgracia rondó a la pareja durante los dos últimos años, los mismos en los que la aristócrata italiana Elsa Schiaparelli, que fue su esposa legal hasta 1924, ha consolidado en París su fulgurante casa de modas.

—El padre de Gogo ha muerto —dijo seca, sin nombrarlo como el marido que fue, alargando el ejemplar de *Le Figaro* sobre la mesa hasta el plato de su tía, en el que ya solo quedaban las pocas migas de su par de cruasanes habituales.

—¿Qué padre? —preguntó Catalina sin apartar la vista de la mole de hierro de Eiffel, que brillaba como la plata los días lluvia.

—El único que tuvo, por desgracia.

—Exactamente eso, por desgracia, llevas razón —añadió, empezando a leer las primeras líneas de aquella escueta noticia.

—Si te digo la verdad, me habría gustado que hubiese tenido un padre tan generoso y lleno de amor como el de Thistle. —Guardaron un pequeño silencio. Catalina se levantó de la mesa para abrazar a su sobrina por la espalda—. Tuviste mucha suerte, tía Cata, en encontrarlo —reflexionó, mirando al frente por la ventana empapada.

—Lo sé, cariño, lo sé. Y también que la vida nos la juega muchas veces. No podemos lamentarnos demasiado por lo que no pudo ser de otra manera. Porque si lo hacemos dejamos de vivir nuestros presentes. Y créeme, el presente es lo único real. Lo demás, por mucho que nos desgarre por dentro, es tan solo una caja de recuerdos.

Lloraban las dos contenidamente, abrazadas sobre la vista de aquel París mojado, cuando la doncella anunció que la niña ya se había despertado.

—Gogo no necesita saber nada, Elsa, ya te tiene a ti en su presente y en todo el futuro que te quede —la aconsejó, atusándole el pelo y secando con las yemas de los dedos las lágrimas que habían emborronado su rostro.

—Gogo nos tiene a las dos en nuestro presente, tía Cata, y en todo

el futuro que nos queda por delante, que pienso empeñarme en que sea mucho —sentenció levantándose de la butaca, ajustando la cinturilla de su chaqueta y respirando hondo cuando la niña entraba sonriente a la sala, ajena a todos los males del mundo.

Elsa miró a su hija con amor. No sabía bien si la noticia era una liberación o una lacra, pero lo que tenía claro era que la vida, como habían constatado siempre ella y la tía Cata, seguiría irremediablemente su ritmo. Como seguían su trayecto certero los trenes que recorrían el mundo, no solo físicamente, sino también en las metáforas de la literatura. Y ella, por encima de todo, no estaba dispuesta a bajarse del suyo.

1931

3 de junio de 1931
Galerie Pierre Colle, París

Elsa llegó nerviosa, como las niñas cuando vuelven a ver al niño más guapo de su clase en la vuelta al colegio. Esa tarde cálida de junio, su amigo presentaba en París su primera exposición individual ante el mundo. Sentía un cosquilleo que no podía controlar. Se había puesto una chaquetilla entallada, con una flor generosa en la solapa y esa falda pantalón que acababa de lanzar al mercado y que había revolucionado a sus clientas y a los críticos de la moda de medio mundo porque la había lucido, en su modo más sport, la tenista española Lilí Álvarez en Wimbledon. Entró llena de curiosidad y de amor, solo así se podía dar la bienvenida al arte de la gente que a uno le gustaba.

Se sentó en silencio delante de un pequeño óleo. Había llegado la primera y con suficiente antelación para que nadie pudiese privarla del placer de disfrutar de la obra de Salvador Dalí sin ruidos, sin conversaciones molestas, con toda la perspectiva que ello necesitaba. En menos de una hora el mundo conocería la nueva obra de su amigo y se rendirían ante su genio, estaba convencida. Cerró un ojo y otro, alternativamente, sin dejar de observar cada detalle del lienzo, ladeó la cabeza, entornó ambos ojos…

Lo mirase como lo mirase, era mágico. Si en ese mismo instante hubiese querido soñar, habría elegido ese cuadro.

La persistencia de la memoria no era más grande que el pequeño espejo de pan de oro sobre la pila de su baño de cortesía, pensó, pero se le antojaba inmenso ante sus ojos. Aquellos relojes blandos se derretían como los quesos al sol en mitad de un paisaje marino lleno de profundidad y matices, pero no dejaban nunca de marcar las horas. Respiró hondo y hasta pudo percibir el frescor salvaje de aquella costa escarpada del norte español, intuyó, que bien podría ser también como la que tantas veces le había narrado Thistle Bloom de sus paisajes de Escocia. Le resultaba fascinante que Dalí hubiese podido interpretar así los sueños con los veintiocho años que tenía.

—¿Qué piensas, Schiap? —le preguntó su amigo, sobresaltando su onírico momento.

Cuando se dio la vuelta, Salvador sonreía pletórico. Estaba exultante, llevaba un traje claro que le quedaba impecable, en su solapa tenía prendido un pequeño clavel rojo. Los bigotes engomados a conciencia.

—Me maravillan tus sueños —respondió explícita. Notó cómo el

rubor le llenaba las mejillas al volver a verlo después de unos meses y de sus últimas misivas.

—¿Te puedo abrazar? —preguntó él con ese aire de loco caballero que a ella le encantaba desde el primer día que se vieron en el recital de Maurice Chevalier.

—Si no lo haces, no te lo perdonaré —le aseguró sonriendo.

Y cuando la tuvo entre sus brazos, después de muchos meses sin verse con la asiduidad que a ella le habría gustado y recordando algunas de las maravillosas cartas que le había escrito cuando la echaba de menos, Elsa volvió a sentir ese pellizco de felicidad que solo podían provocarle tres hombres en su vida, él mismo, el tío Giovanni y el eterno Thistle Bloom.

Volver con él al cabaret-bar Le Boeuf sur le Toit le hizo sentir que el tiempo no había pasado. Dalí había reservado una de las mesitas laterales, menos vista y bulliciosa para una supuesta cita íntima, pero aquel lugar podía ser de todo menos romántico. El ajetreo de sus camareros, el humo de los cigarros y el ruidoso lenguaje de sus comensales hacía complicado hasta escuchar a los cantantes que cada noche amenizaban esas veladas de brindis y carcajadas. Daba igual que el cabaret se trasladase de un local a otro, como había sucedido ya tres veces desde su inauguración en 1921, el ambiente y su simbología seguían siendo exactamente igual que aquella noche de Maurice Chevalier que recordaba con una sonrisa.

—Tengo que confesarte una cosa, bueno, dos cosas en realidad, pero una es importante y la otra una anécdota —anunció misterioso, retorciendo con los dedos la punta de su estrambótico bigote.

—¿Es confesable? —preguntó Elsa mirándole fijamente a los ojos, sorbiendo el primer trago de su dry martini y observando después todo lo que los rodeaba, dándole su tiempo para que encontrase las palabras. Había cosas que nunca cambiaban en Le Boeuf sur le Toit, ni el sabor perfectamente equilibrado de sus cócteles, ni el bullicio, ni aquel ojo curioso que vigilaba atento la sala desde el cuadro eterno que pintase años atrás Francis Picabia.

—Es secretamente confesable, por eso será entre tú y yo —puntualizó.

—Dispara. —Apuró su cóctel y volvió a mirarlo a los ojos para no perderse ni un pestañeo de aquella confesión que él creía tan misteriosa.

—Hay alguien muy importante en mi vida desde hace tres años que ocupa mi corazón y me lo vuelve loco. Es mi musa y mi inspiración en todo lo que hago —anunció, como liberándose de una carga, después de haber estado el último año escribiendo aquellas cartas de amor loco que a Elsa la divertían y enternecían al mismo tiempo.

—Elena Ivánovna Diákonova —vocalizó sin dudas, dejándolo perplejo. Su rostro parecía haberse congelado—. Gala para sus amigos. Una rusa más misteriosa que tu confesable secreto —añadió sin inmutarse. Vio cómo a Dalí se le había escapado la sangre de la piel y se había quedado tan inerte y pálido como aquella criatura extraña varada en la tierra mientras se derretían los relojes en su obra *La persistencia de la memoria.*

—No sé qué decir —se disculpó torpemente, haciendo tropezar su copa y derramando su contenido encima de la mesa.

—¿Esta era la confesión importante? —levantó la ceja.

—Si sabías de la existencia de Gala igual no te ha parecido importante —reflexionó dubitativo.

—Prueba con la confesión anecdótica, igual hasta me sorprendo —le retó, sabiendo que lo había desarmado por completo.

—Madame Chanel me ha invitado a cenar a su casa mañana —soltó sin pensarlo y sin saber que esta confesión a Elsa la incomodaría infinitamente más.

—Vaya, esto sí que es una confesión y no lo de tu rusa —ironizó sin ocultar su malestar.

El tiempo, de golpe, pareció detenerse unos segundos después. Elsa solo tuvo que levantar la mano para que le trajesen un nuevo martini y no abrió la boca hasta que el camarero llegó hasta la mesa. Fueron poco más de siete minutos, parecía que los hubiese contado mentalmente, pero a Dalí le dio tiempo a masticar que había estropeado su cita y a ella para confirmar que por muchos hombres que apareciesen en su vida, por muchas cartas de amor y por muchas promesas, nadie la iba a querer jamás como el pecoso de Thistle Bloom.

El paseo de vuelta hasta casa siempre era un alivio. A Elsa le sentaba bien caminar por la noche y sentir el frescor en el rostro cada vez que salían de esa densa nube de humo, bullicio y humanidad que era el populoso Le Boeuf sur le Toit. Cuando alcanzaron el borde del Sena se apoyó en uno de los muros que se asomaban al río y respiró profundo el aroma nocturno de París. Le gustaba hacerlo cada noche antes de subir al apartamento, llegase sola o con la tía Cata. Se encendía un cigarrillo y observaba el humo ascender hasta desaparecer.

—Cualquier día se te caerán los dientes por chupar esas cosas tan apestosas —protestaba a menudo Catalina La Bella, a la que fumar a cualquier hora, a pesar de todas las libertades con las que había vivido y vivía sin importarle lo que dijeran los demás, le parecía de cabareteras de dudoso gusto y artistas de compleja reputación.

—No sé cómo puedes decir esas cosas, tía Cata, yo que te tengo como ejemplo de absoluta libertad y modernidad —protestó Schiap.

—¿Y eso qué tiene que ver para que me parezcan horribles esas mujeres como la tal Coco Chanel que llevan siempre pegado un cigarrillo en esos labios de periquito? —hizo una mueca de desagrado.

—A mí no me compares con esa señora, por Dios —bufó al tiempo que soltaba una nueva nube de humo hacia la cara de su tía.

—No habrá nadie que quiera besarte con ese olor —añadió enfurruñada.

Sonrió levemente recordando esas charlas en las que se enzarzaba con su tía. Le daban la vida. Esa noche, sin embargo, parecía que le habían robado parte de aquella alegría. Al otro lado del río, algunos bistrós aún tenían las candelas encendidas en sus terrazas. Se escuchaban a lo lejos, como en un murmullo sutil, las charlas animadas de personas que seguramente brindaban por diferentes momentos de felicidad. Junio se mecía en la calma de esa estampa.

—¿Lo he estropeado todo? —rompió Dalí el silencio, encendiendo un cigarrillo y tendiéndoselo. Elsa lo cogió sin mirarlo a los ojos y, entornando los suyos, aspiró el humo caliente y almendrado imaginando la cara de desagrado que pondría su tía al exhalar la nube de humo.

—¿Había algo que estropear o todo fue una fantasía tan surrealista como las de tus cuadros? —cuestionó ella serena, dando una larga calada y saboreando de nuevo el sabor de ese tabaco dulzón, como de almendras y vainilla, que fumaba Salvador.

—No lo sé, dímelo tú. Yo nunca te he engañado en nada —se disculpó.

—A veces obviar las cosas es parte de un engaño —afirmó sin ocultar su enojo.

—Obviar algunas cosas no es lo mismo que engañar —se volvió a disculpar él, bajando el tono de su voz.

—Obviar algunas cosas nos hace vivir más felices, en eso tienes razón. Por eso habría sido perfecto no conocer ciertas partes de tu vida íntima, esa es la verdad —explicó ella sin dejar de mirar cómo las viejas farolas de bronce verde formaban estilizadas serpentinas de destellos sobre las aguas calmadas del Sena.

—Eso confirma que sí, que lo he estropeado todo —confirmó cabizbajo, arrepentido de tener la lengua más suelta que la bragueta.

—Todo no. Siempre nos quedará el arte para enriquecer nuestras citas. Yo ya no sé vivir sin imaginar las locuras de tus sueños —le confesó, dándose la vuelta y apoyándose en el muro de piedra, de espaldas al río, para contemplar el rostro entristecido de aquel joven que le seguía pareciendo el hombre más enigmático y más atractivo del mundo.

—Yo quiero que nos sigan quedando muchas más cosas pendientes —respondió antes de acercarse, quitarle el cigarrillo de los labios y besarla.

Y París enmudeció con suavidad, como en los sueños, para dejar que Elsa se meciese en ellos.

1932

Cuando Catalina La Bella se miró al espejo, toda la fascinación que había sentido por aquel bebé que había nacido en el palazzo Corsini cuarenta y dos años atrás volvió a llenar de luz sus recuerdos. Giovanni Schiaparelli ya había vaticinado entonces que su sobrina Schiap sería la estrella en la que se había convertido. No había un rincón de París en el que no se hablase de esa italiana que amargaba los cafés de Coco Chanel porque su nombre se había quedado relegado a las últimas líneas de los ecos de sociedad mientras que los diseños innovadores de Elsa Schiaparelli y su presencia en todos los eventos de la ciudad se convertían siempre en titulares.

—Si te sigues moviendo así te clavaré la aguja con fuerza hasta que grites como un animal salvaje —amenazó Elsa, intentando vocalizar con tres alfileres cogidos con los dientes.

—A veces eres tan bruta como tu madre. Qué horror, Schiap —protestó con un bufido, quedándose muy quieta porque sabía que era capaz de eso y de mucho más, pero sin poder controlar la lengua—: Si fuese Coco Chanel no te lo pensarías —ironizó, y se maravilló de cómo su sobrina había ido plisando la falda de su vestido hasta convertirla en un fastuoso fuelle lleno de vida y movimiento.

—Si fueses esa estirada tendrías la aguja clavada antes de haberte quedado en bragas, no lo dudes —sentenció.

—Pobre mujer, no deberías enfadarte tanto por lo que haga o piense, bastante tiene ella con que le hayas arrebatado clientas y protagonismo. ¿No te parece? —bajó el tono para no provocarle un ataque de ira.

—¿Sabes una cosa, tía Cata? A veces creo que eres tan buena que no podrías ni matar una mosca, aunque fuese la culpable de todos los males del mundo. Y eso —continuó—, me da envidia, porque a mí se me revuelven las entrañas cada vez que veo algo que no me gusta, cada vez que las viejas chismorrean cuando llego a un lugar, cada vez que la maldita Dama de las Camelias da un nuevo paso para intentar arrojarme una palada de porquería. —Elsa se incorporó para mirarla a los ojos.

—Cariño, ¿qué más te da lo que piense esa mujer? Tú estás por encima de todo eso. ¿No ves lo maravillosa que es tu imaginación? —Cogió el bajo de su falda plisada y dio vueltas sobre sí misma para que aquel vestido revoloteara.

—Salvador se ha casado con Gala hoy en el ayuntamiento de París —soltó mientras su tía detenía en seco su baile.

—¿Sigues viéndote en privado con él? —la cuestionó.

—Seguimos soñando juntos muchas cosas cuando esa necia de Chanel no lo engatusa. Sé que mantienen relaciones secretas, he podido oler el perfume intenso ese que usa en los cuellos de sus camisas —respondió, perdiendo la bravura y mostrando su lado más vulnerable.

—Un hombre que se va a casar y que os tiene a las dos fascinadas es un peligro del que deberías huir, Schiap. ¿No te das cuenta?

—No sé hacerlo. No sé. —Bajó la cabeza.

—Te dije que tenías que dejar que la vida siguiese su curso, de nada sirve luchar contra lo que ya está establecido.

—Tía Cata, tú jamás has renunciado a vivir el amor, aunque no estuviese dentro de las normas establecidas. —La miró con ternura.

—Pero nunca pude gritarlo y eso es un sufrimiento que me ha acompañado toda mi vida. ¿Eso es lo que quieres? —La cogió de las manos, devolviéndole la mirada vidriosa.

—Yo solo quiero vivir como sienta, sin tener que estar peleando con nadie. Tú lo hacías cuando yo era niña y te admiraba por ello.

—Sí, yo he vivido lo que me hacía sentir toda mi vida, pero un día me quedé embarazada, sin saber a ciencia cierta quién era su padre y aquel secreto fue para siempre mi tumba. No he vuelto a estar con nadie desde que nació Thistle Bloom. No me he vuelto a enamorar. No creo que lo haga jamás. Quizá no soy ahora la más adecuada para darte consejos —reflexionó con los ojos llenos de lágrimas.

—Eres la única mujer en el mundo capaz de darme el consejo que necesito —afirmó ella, y la abrazó.

—Haz entonces lo que sienta tu corazón, cariño, pero ten cuidado y sé consciente de que, a menudo, duele —le susurró sin soltarla.

Elsa guardó silencio y sonrió. Sabía que no conocería nunca a nadie, en toda la faz de la tierra, tan generosa como Catalina La Bella.

1934

13 de agosto de 1934
Maison Chanel
31, rue Cambon, París

Coco Chanel soltó el ejemplar de la revista Time sobre la mesita del café con desaire, derramando el contenido de su taza en la impoluta madera de aquel suelo por el que le fascinaba caminar descalza, estallando su exquisita porcelana en cientos de pedazos. Elsa Schiaparelli ocupaba la portada de agosto, algo que ella no había podido conseguir aún a pesar de haber triunfado en su propia tierra. Encendió un nuevo cigarrillo e inhaló una calada tan profunda que pudo sentir cómo el humo le invadía los pulmones hasta dejarla sin respiración. Cuando soltó la bocanada, la nube de humo parecía un incendio, abrió uno de los balcones del antiguo apartamento de la rue Cambon y volvió a coger aire antes de gritar.

—¿Se encuentra bien, *madame*? —entró alarmada una de las doncellas, apresurándose a recoger el estropicio del café y los trozos de porcelana diseminados en pequeñas partículas punzantes por la pulida tarima.

—Me encuentro divinamente —mintió altiva, sin dirigir la mirada a la chica, que permanecía de rodillas intentando reunir todos los trozos de aquella tacita de más de un siglo de historia.

—No se mueva, *madame*, o se cortará —le advirtió.

—No me moriré por un corte, no te preocupes, y no te molestes en reunir los pedazos, es solo una taza. Peores cosas se han roto en mi vida como para preocuparme ahora por una maldita vajilla —levantó la voz.

—*Monsieur* Dalí quiere verla —le anunció la doncella cuando ya terminaba de recoger y limpiar el suelo.

—Dígale que puede pasar. Y traiga más café y tazas nuevas.

—Enseguida, *madame*. —Se retiró ajustándose una de esas pequeñas cofias negras con puntillas y flores blancas con las que Chanel tocaba a todas las mujeres que trabajan en su casa.

Cuando Salvador entró en la sala, ella seguía apoyada en el balcón, observando el bullicio de la calle, fumando altiva uno de sus eternos cigarrillos. Llevaba un pantalón blanco de lana fría, con jersey negro de punto ligero y un par de collares de perlas y aún no se había calzado.

—Buenos días, querida Coco, parece que te has peleado con alguien esta mañana —ironizó Dalí con esa voz suave que usaba cuando quería endulzar sus maldades.

—Si hubiese tenido aquí a la Italiana, sí habría sido una pelea de

verdad. —Soltó una risita torcida, con el cigarro en la comisura de sus labios.

—Sabes que no me gusta que la llames así —protestó, acercándose al balcón, sin mencionar la portada del *Time* que la doncella había vuelto a dejar sobre la mesita junto con las tazas limpias y la cafetera llena.

—Es que no puedo llamarla de otra manera, maldigo a esa italiana absurda que presenta sus disfraces en las fábricas y los teatros, como si fuese un carnaval. ¿Tú a eso lo llamas moda? —preguntó antes de que la cogiera por los brazos, quitándole el cigarrillo de la boca para intentar besarla.

—Yo a eso lo llamo arte —aseguró, tajante.

—Yo mando al fuego del infierno ese arte entonces. —Se soltó enfurecida, sin dejar que la besara, al ver que su amantísimo Dalí la defendía—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en esta casa, querido? —preguntó, sirviéndose otra taza de café y encendiendo un cigarrillo más.

—Los mismos años que hace que me casé con Gala, dos —hizo memoria al tiempo que se atusaba los bigotes rizados en sus puntas.

—Pues ya va siendo hora de que elijas —sentenció, y apuró la taza; luego se encaminó a la puerta para abandonar la sala.

—¿Y entre qué se supone que debo elegir? —preguntó confuso después de esos dos largos y fructíferos años en los que, cuando recalaban en París, Gala y él se alojaban en la concurrida *maison* de Chanel por expreso deseo de su ama y señora.

—¿De verdad necesitas que vuelva a nombrar a la Italiana? —resopló desganada.

—Lo que necesito es saber qué diablos te pasa, qué ha cambiado, qué sientes… —protestó molesto.

—Eres igual que todos —lo acusó, tajante, y salió dando un portazo.

Dalí se sirvió una taza de café, se la tomó tranquilamente junto al balcón inundado de sol leyendo el ejemplar del *Time*. Elsa Schiaparelli miraba a un lado misteriosa desde la portada, envuelta en una estola enorme de zorro y con una de sus boinas casquete ladeadas. Y sonrió orgulloso.

Decía el *Time* que Elsa Schiaparelli había crecido tanto en el último lustro que aquella pequeña tienda inicial de la rue de la Paix, inaugurada en 1927 con el nombre de Pour le Sport, se había convertido en un complejo entramado empresarial de varios pisos, ocho talleres, casi quinientos empleados y sus primeras sedes en Londres y Nueva York. En su última colección en ese 1934 había desarrollado con éxito el rodofano, una especie de tejido de vidrio que necesitaba ser entretejido con otros materiales para evitar que se rasgara por su fragilidad y que, en su conjunto, con muarés, metales, porcelanas, cristales, terciopelos arrugados, charoles y pieles conformaban un universo tan particular y alejado de la moda tradicional francesa del arruinado Paul Poiret y de la omnipresente Coco Chanel que el mundo se volvía loco con sus efervescentes presentaciones.

Elsa había llegado antes de la hora a la que había quedado con Salvador en su mesa habitual del café de Flore. Se sentó dispuesta a observar la vida en silencio durante todo ese rato que le quedaba hasta su cita. Le gustaba reflexionar a solas, sin dejar de mirar el lenguaje de las calles, a los transeúntes o cómo el sol alumbraba unas aceras y la sombra oscurecía otras. Le gustaba el tintineo de las flores de colores mecidas por la brisa, aunque el aire caliente del agosto parisino le recordase más al de Italia. Echó la vista atrás con orgullo y con nostalgia. Qué de cosas le habían sucedido desde aquellos veranos de niña en Roma. Evocó incluso uno de ellos, cuando era muy pequeña, en el que habían pasado tres meses en la finca de los abuelos de Catalina La Bella en la Costa Amalfitana. Si apretaba los ojos podía percibir el olor del pescado a la brasa en aquel jardín que se asomaba al mar. La tía Cata y toda la belleza de sus curvas y sus ojos azul intenso habían quedado para siempre en su retina, como un regalo de la vida. Recordó también las estrellas de cristal ámbar que le había regalado el tío Giovanni y que ella había cosido con mimo durante toda una noche a su vestido azul para la fiesta de sus quince años. Se emocionó al volver a sentir ese primer beso de Thistle Bloom, sentados los dos en el banco de piedra de la fuente de Santa Maria in Trastevere mientras él no dejaba de hablar como si le hubiesen dado cuerda. Sus pecas en los mofletes eran como pequeñas motas de chocolate que siempre tenía ganas de chupar. Y se le empañaron los ojos unos segundos recreando el olor de las damas de noche y las begonias rosas del jardín del palazzo Corsini, mezcladas a mitad de noche con la mortadela de Bolonia de los emparedados que preparaba el tío

Giovanni en esos panecillos hechos con aceite y orégano. Aquello era la felicidad, pensó parpadeando rápido, como hacía de niña, para que no se derramasen las lágrimas y nadie pudiese ver que estaba llorando.

En París hacía tanto calor en agosto que la multitud que habitualmente colmaba las mesitas de sus terrazas se había evaporado a lugares más frescos durante los meses vacacionales. Así que intuía que tendrían una comida tranquila y relajada a la sombra de ese mediodía.

—Fabian, ¿sería tan amable de traerme la carta? —le pidió a aquel mítico *maître* que solo sonreía a tres personas en París. Elsa era una de esas elegidas.

—Por supuesto, *madame* Schiaparelli, ¡qué sorpresa! —exclamó aquel hombre corpulento sonriendo.

Nunca antes se la había pedido porque desde la primera vez que Elsa pisó el café de Flore, y ya eran unos cuantos años, se había dejado aconsejar por las recomendaciones del día. Si no era por la gula de su tía Catalina La Bella, capaz de comerse toda la carta en una tarde con tal de ganar una apuesta. Y sin ella.

—Aquí la tiene, será bueno que la estudie por primera vez. Y le recomiendo la langosta braseada, la servimos con una patata asada con su propia piel y con nuestra salsa bearnesa que, como sabe, es la reina de la casa —le aconsejó con un guiño de ojo que a Elsa le pareció tan insinuante que cerró la carta sin detenerse a mirarla.

—Ve por qué nunca se la pido, no la necesito, le tengo a usted —le devolvió el guiño cuando Dalí ya llegaba caminando por la sombra hasta la esquina del boulevard Saint-Germain. Llevaba un traje ligero, del color de la vainilla, una camisa blanca y el pelo y los bigotes perfectamente peinados, a conciencia, tan brillantes como su talento. Sonreía desde la distancia. Siempre había sido un engatusador, pensó.

—Qué alegría verte, estaba convencido de que te habrías ido de vacaciones a tu querida Italia, te imaginaba en Roma comiendo frutas frescas a la sombra de un gigantesco albaricoquero —teatralizó, agachándose para darle un beso casto en la mejilla. Le gustaba guardar las formas en público, como hacían los caballeros.

—Hace tanto que no voy a Italia que casi no recuerdo el olor dulce del jardín en las noches de verano —respondió, sintiendo de nuevo un pellizco de nostalgia.

—Deberías hacerlo y descansar unas semanas. Ahora eres una mujer demasiado famosa y muy atareada —afirmó.

—Veo que te has despertado con buen humor hoy. ¿Hay algo que debas contarme? —Alzó sutil la ceja.

—Tenía ganas de verte, es solo eso. —Levantó una mano para llamar al *garçon* sin mucho éxito.

—Pero si nos vemos casi todas las semanas, ¿qué locura te ha dado de repente? —Arqueó más la ceja.

—Mi vida siempre es locura, querida. Ya deberías saberlo. —La miró fijamente a los ojos con una sonrisa.

—Lo sé bien. ¿Y qué andas creando ahora? —le preguntó, y acto seguido le dio un sorbo generoso a su dry martini. Nadie se los preparaba con tanto mimo como aquel joven *garçon*, alumno aventajado del gran *maître* Fabian.

—Estoy experimentado con langostas en algunos bocetos. Me fascina cómo cambian de color cuando se cuecen. ¿Cómo puede un bicho tan feo, tan escabroso y tan oscuro convertirse en un coral brillante al cocerse? Es fascinante —analizó, rizando suavemente la punta derecha de su bigote.

—Pues no te lo vas a creer, pero hoy comemos una de tus locuras —soltó con una risa amplia cuando Fabian llegaba con la fuente de la langosta. Era enorme y estaba abierta en dos. Su caparazón y su cabeza tenían ese color coral insultante del que hablaba Dalí segundos antes. A Elsa le parecieron hechizantes, una vez más, aquellos juegos del destino. Era como si sus mentes estuviesen siempre conectadas en el espacio y en el tiempo.

—Me huele a España, parece que estuviésemos en una terracita del puerto de Cadaqués comiendo las maravillas que nos da el mar —dijo con la nariz sobre el plato, aspirando hondo e imaginando sus pueblos de casas blancas y ventanas azulonas con postigos de madera.

—A mí me huele a Italia. Podría estar en la Costa Amalfitana comiendo una langosta a la brasa con un sombrero de paja y descalza. —Cerró los ojos y olió su plato. Las notas de la mantequilla caliente con el estragón, el vino y el vinagre llenaron de nuevo todo su cerebro con imágenes de su infancia.

—Deberías volver unos días, de vacaciones —insistió Dalí al ver su cara de placer.

—Nada me espera ahí ya —se intentó justificar.

—No es verdad. Te espera siempre la memoria de lo que eres —sentenció Salvador Dalí sin dejar de mirarla, pero Elsa no podía corresponderle porque seguía con los ojos cerrados oliendo el olor de aquel mar.

Y le volvió a pellizcar el corazón una mano invisible. Podía ser la del tío Giovanni, la de Thistle Bloom, la de su padre, incluso la de su madre. Daba igual. Todos estaban en la memoria de su vida y en su caja de los secretos. Esa que era imposible de borrar pasasen los años que pasasen. Cuando abrió los ojos, París ardía bajo el sol y Dalí la miraba con infinita ternura.

–Prepara el equipaje que nos vamos —anunció, atravesando la sala como un torbellino, arrancándose el tocado y dirigiéndose a su habitación. Nada más entrar en la alcoba abrió el vestidor y sacó el gran baúl de cuero que no había vuelto a usar desde que llegaran de Nueva York doce años atrás.

—¿Que nos vamos a dónde? —preguntó Catalina La Bella, que se había levantado de la butaca de un respingo y había perseguido a su sobrina por todo el viejo apartamento hasta alcanzarla, poniéndose delante de ella en jarras, jadeante, exigiendo una explicación a toda esa locura.

—A Italia —dijo sin dejar de sacar blusas y faldas, cubriendo la cama por completo de un manto de ropajes.

—Pero ¿qué diablo te ha poseído, niña? —Alzó la voz tanto que Elsa paró en seco un segundo tomando aire y mirándola a los ojos. Su azul intenso se volvía aguamarina con la luz del sol, como las aguas que bañaban en su recuerdo infantil la Costa Amalfitana.

—Me ha picado la memoria, tía Cata, ¿te parece poco?

—Y eso, ¿qué diablos quiere decir?

—Que necesito respirar las damas de noche del jardín del palacio. Necesito cruzar Santa Maria in Trastevere y cerrar los ojos para oler la fruta fresca y morderla al sol. Y reír. Y llorar. Necesito respirar nuestras raíces —dijo, dando vueltas sobre sí, enloquecida, sin dejar de gritar y reír.

—Dime que ese excéntrico de Dalí no te ha llenado la cabeza de ideas locas, o lo que es peor, dime que no te ha embrujado —gritó sujetándola por los brazos.

—No digas tonterías, tía Cata. Solo me ha hecho reflexionar sobre lo que somos.

—Lo que somos no está en un lugar concreto, no te engañes, está en lo que sentimos con el corazón, hazme caso —le susurró, calmando su repentina hiperactividad.

—¿No te gustaría volver a Italia por unos días?

—Me gustaría dar marcha atrás al tiempo, pero eso no es posible por mucho que nos empeñemos. —Su rictus se entristeció.

—No quiero dar la vuelta al tiempo, créeme. Solo quiero volver a respirar por última vez algunos lugares y despedirme de ciertas cosas para vivir en paz con mi memoria.

—¿Despedirte? —Hizo una mueca delatando que se había perdido del todo en aquella alocada conversación.

—Sí. Porque sé que este París que vivimos juntas tú y yo ahora es

nuestro destino final. Hablando hoy con Salvador he comprendido que nada me ata a Italia salvo la memoria. Tengo claro que acabaremos nuestros días, sea cuando sea, aquí en Francia. Pero necesito volver allí y despedirme emocionalmente de muchas cosas que me importan.

Catalina La Bella la miró de nuevo con aquella misma ternura con la que lo hiciese, cuarenta y cuatro años atrás, el día de su nacimiento después de la noche más terrible de tormenta que recordase Roma.

—Y, además, quiero que Gogo lo viva conmigo y que conozca sus raíces. Tendría que haberlo hecho cuando volvimos de Nueva York. Por papá, por mamá, por mí. —Miró con los ojos mojados a aquella mujer que seguía siendo eternamente bella.

—¿Por qué no lo hiciste cuando murió tu madre? —le reprochó sin quererlo.

—Porque me daba pánico volver a Roma sin ella, sin el tío Giovanni y sin papá. Entonces no estaba preparada. ¿Crees que me lo habrá perdonado? —preguntó sin poder dejar de llorar.

—Las madres tenemos la capacidad de perdonarlo todo, Schiap, todo. Y de seguir queriendo a los hijos, aunque no los tengamos. Ya lo sabes bien —lloró ella también.

—Pero a veces pienso que tendría que haber visto más a mamá, aunque ella no lo propiciase. Sé que nunca nos llevamos bien, ella veía en mí a una mujer fea y díscola, muy lejana de su deseo de haber tenido una princesa de cuento bella y obediente. Solo espero que donde esté, me haya perdonado tantos años de silencios y ausencias.

—Lo hizo según llegó al cielo, no lo dudes. Ella era tan fuerte de carácter como tú, pero en el fondo de su corazón siempre te tuvo presente.

—¿De verdad lo crees? —sollozó.

—Tan verdad como que volveremos a Italia, lo haremos si es lo que quieres, pero júrame que estás preparada de verdad. —La abrazó antes de prometerle que iría con ella.

—Lo estoy, tía, lo estoy. Te lo juro. —Se acurrucó en sus brazos y dejó que ella la meciese como cuando era niña.

Y por primera vez en todos esos años, su piel le olió exactamente igual que la de Thistle Bloom.

1937

Primavera de 1937
Schiap Shop
21, place Vendôme, París

El mismo día que se cumplían dos años del traslado del imperio de la rue de la Paix a la codiciada place Vendôme, donde Elsa Schiaparelli poseía el edificio histórico del Fontpertuis, Catalina La Bella entró en el taller y se detuvo unos segundos a una distancia prudencial para observar aquel vestido en la sedosa piel de la mismísima Daisy Fellowes, la socialité francesa más poderosa del momento, heredera de la fortuna Singer y aclamada modelo, más allá de toda su fortuna y de sus dotes de novelista.

La pieza, de chifón blanco, con un fajín coral y una inmensa langosta pintada a mano en su falda por Salvador Dalí y con pequeñas ramas de perejil salpicando la caída del tejido, se había convertido en toda una revolución. La mismísima Wallis Simpson, duquesa de Windsor, aún prometida y a escasas semanas de su matrimonio con el príncipe Eduardo, había sido fotografiada con el vestido por Cecil Beaton en el château de Candé para la revista *Vogue* y desde entonces habían vuelto a correr ríos de tinta sobre las divinas excentricidades de Schiaparelli.

—¿Qué te parece, tía Cata? De ti siempre me fío —preguntó Daisy, guiñándole un ojo con una sonrisa coqueta a esa mujer a la que todas las amigas de Schiap llamaban tía.

—¿De mí no te fías? —protestó Elsa con un bufido, pinchando intencionadamente con un alfiler en el hombro de su amiga.

—Lo has hecho a propósito, te maldigo —gritó, y refunfuñó sin dejar de sonreír.

—Estás maravillosa, Daisy, te queda mucho mejor que a la seca de Wallis Simpson. ¿O ya tenemos que llamarla alteza? —ironizó Catalina.

—¿Te gusta de verdad, tía? —preguntó Elsa sin dejar de marcar con alfileres los tirantes, para que le quedase perfecto, sobre los hombros de Daisy.

—De verdad verdadera —respondió, haciendo un gesto de abrazo con sus manos cruzadas sobre el pecho.

Ese mediodía, cuando ya habían terminado de ajustar el vestido que llevaría Fellowes en la fiesta de inauguración de la Exposición Internacional de París, salieron a comer las tres juntas. El lugar elegido, no había discusión posible, era el eterno café de Flore. Ese mediodía templado de mediados de mayo Elsa quería invitarlas a la langosta braseada. No había mejor homenaje para celebrar el éxito del

vestido. Cuando llegaron, la sorpresa esperaba, Salvador ya estaba de pie con su traje claro de rayas y su bigote perfectamente rizado.

—*Mesdames*, espero que no les importe que me una a esta pequeña celebración —dijo Dalí con mucha pompa, tendiendo un clavel rojo a cada una de ellas.

—No solo no nos importa, sino que estamos encantadas —sonrió Daisy, sabiendo que aquella comida conjunta sería tremendamente divertida.

—Tenía ganas de comer con usted y hoy era el día perfecto —añadió Catalina sin dejar de mirarlo a los ojos. Y Dalí comprendió en ese mismo momento todos los paisajes azules que Elsa le había narrado de Italia.

Comieron la exquisita langosta con patatas asadas y salsa bearnesa que había inspirado la primera colaboración de Schiaparelli y Dalí por la pura casualidad de la vida. Y Elsa tomó conciencia de que era una de esas señales vitales que el destino se empeñaba en poner en su camino desde niña y que cumplía obedientemente porque estaba convencida de que eran la base de la felicidad.

25 de mayo de 1937
Palais de Chaillot
Place du Trocadéro, París

Situado en el distrito XVI, en el lugar del antiguo palacio del Trocadero, frente a la Torre Eiffel y en la orilla derecha del Sena, el palacio de Chaillot se había construido ese mismo año para albergar la Exposición Internacional de París de 1937, bajo el rimbombante nombre de «Exposition Internationale des Arts et des Techniques appliqués à la vie moderne».

Y, efectivamente, eso era. Una exposición mundial de artes y técnicas aplicadas a la vida moderna. Pero detrás de todo ese deseo de modernidad y vida, flanqueando a la majestuosa torre que Eiffel había construido para otra exposición cuarenta y ocho años antes, el odio y las diferencias del mundo quedaban simbolizadas en dos pabellones que se miraban desafiantes uno al otro. A la izquierda el de la Alemania nazi, coronado por su inmensa escultura del águila. A la derecha el de la Unión Soviética, con su cúpula erguida con la estatua *Obrero y koljosiana* de Vera Mújina.

El neutral palacio de Chaillot, construido para la eternidad por León Azéma, Jacques Carlu y Louis-Hippolyte Boileau, se dividía en dos pabellones de estilo neoclásico separados por una gran explanada y con dos alas curvilíneas que descendían hacia el Sena casi en un símbolo de serenidad y ansiada paz.

Se habían encendido centenares de antorchas por toda la explanada cuando el sol se escondía en París, que Elsa idealizó desde la ventanilla del automóvil como una divina constelación de esas que coronaban las noches de infancia con el tío Giovanni en el palazzo Corsini. Un reguero de vehículos encerados a conciencia llegaba hasta la entrada de la recepción de la exposición, donde la multitud de invitados permanecía de pie mientras se aligeraba el embudo que se había creado a la entrada del palacio.

—El cielo está del mismo color rosa de tu diamante, querida —dijo Elsa observando el Cartier de su amiga Daisy.

—¿A que es maravilloso? —preguntó ella, corroborando la luz y la inmensidad de su joya.

—Es brillante, imposible y descarado —sentenció.

—Eso mismo pensé la primera vez que lo vi antes de comprarlo, aunque no sabría describir su color.

—Yo lo llamaría un rosa *schoking* —resolvió Elsa, mirando al cielo y la puesta de sol de París y al brillante simultáneamente.

Cuando el coche se detuvo y Daisy Fellowes descendió con su vestido Langosta un murmullo generalizado de admiración se extendió por toda la explanada. Los fotógrafos gritaban enfervorecidos, las damas miraban con envidia, algunos hombres aplaudían. Detrás de ella el chófer ayudaba a bajar a Elsa Schiaparelli, que volvía a sorprender con un vestido negro largo y limpio con un generoso broche con una langosta prendida en su escote caja, junto al corazón, y un turbante negro lleno de aplicaciones de corales y criaturas marinas de ojos inmensos. Y como si ya nada pudiese sorprender a nadie, el chófer volvió a tender la mano para que descendiese del auto negro Catalina La Bella. Sus ojos azules palpitaban como las centellas a la luz de las antorchas. Elsa había vestido a su tía de noche marina, como la costa italiana que la había visto nacer, y había bordado en su gigantesca capa estrellas de mar y de cielo que convivían en un infinito sueño, ojos que miraban como en el cuadro de Picabia y un mar de begonias y buganvillas rosas como en las tapias del palazzo Corsini. La surrealista inspiración de Dalí y los ojos de Picabia palpitaban en aquellas tres mujeres en cada uno de sus movimientos.

Coco Chanel, que miraba escrutadora en mitad de la multitud sin que nadie se percatase, contuvo el aire de su cigarrillo unos segundos de más y lo expulsó después con toda la ira del mundo. Había convertido su traje de chaqueta y pantalón, negro total, en un perfecto vestido de noche gracias a dos simples camelias blancas gigantes en su solapa y a tres de sus míticos collares largos de perlas. Pero al lado de aquel espectáculo de Schiaparelli hasta un dragón escupiendo fuego habría pasado desapercibido.

—Estás espléndida, querida —susurró Dalí en la nuca de Coco, provocándole un primer escalofrío que recorrió su espalda hasta el coxis.

—Pensé que habías muerto, la verdad —frivolizó ella sin darse la vuelta, sabiendo distinguir el sonido de su voz, cada pisada, cada uno de sus movimientos y ese olor suyo que invadía su cuarto tantas noches secretas.

—Si hubiese sido así te habría visto en mi funeral, te conozco bien, mucho más de lo que tú te crees, aunque te disguste no controlarlo —afirmó él más cerca aún de su cuello, notando cómo su piel se erizaba.

—No habría ido ni muerta, no me gustan los pescados podridos —soltó sin inmutarse, a pesar de notar cómo la había cogido por la cintura con ambas manos, aprovechando que con el embotellamiento nadie podía ver nada de lo que pasaba por debajo de los hombros, y la apretaba contra su cuerpo hasta notar su erección.

—¿Te refieres a mis langostas o a mis amigas? —preguntó, pellizcándole un glúteo y disfrutando con aquella posesión en mitad de un mar de individuos tan variopintos y dispares como la propia

exposición.

—Si vuelves a hacerlo… —Se detuvo un segundo, dándose la vuelta y soltándole en la cara todo el humo de su cigarro. Lo vio pestañear un par de veces, pero sin apartar esos ojos oscuros que siempre la penetraban.

—Si vuelvo a hacerlo qué, ¿vas a gritar? —sonrió con la malicia de un niño que sabe que está haciendo una travesura y que se arriesga al castigo por el puro placer de retar a quien lo educa.

—Esto —respondió más altiva que nunca, agarrando y retorciendo los testículos de su amante clandestino, notando cómo la sangre desaparecía de su rostro por unos segundos y se quedaba callado. La multitud, bulliciosa, permanecía ajena a sus juegos de celos, esperando el momento de que les tocase entrar en Chaillot y emborracharse de arte y de champán.

Había camareros de estricto esmoquin con bandejas llenas de copas burbujeantes por todo el inmenso vestíbulo. Los más de mil invitados a la fiesta inaugural conversaban animados. El París de las artes se había concentrado en aquel lugar ajeno a todos los convulsos combates políticos de aquella vieja Europa que temía una nueva guerra mundial. Jean Cocteau, Francis Picabia, Marcel Duchamp, Dalí y Pablo Picasso, los mayores talentos del momento, según escribían los plumillas internacionales que cubrían el evento para la prensa de los países de medio mundo, conversaban animadamente en un grupo de hombres y una única mujer, madame Chanel. «Ella siempre ansiaba ser el centro, no como Schiaparelli que lo es sin pretenderlo», había dicho no hace mucho una de las crónicas de *Le Figaro*.

Picasso, que había pintado el *Guernica* por encargo del director general de Bellas Artes y del Gobierno de la Segunda República Española para formar parte del pabellón de España en la Exposición Internacional de París con la única intención, decían, de atraer la atención del mundo a la causa republicana en plena guerra civil, encendió con parsimonia un cigarrillo.

—Me han dicho que tengo que visitar el pabellón de España y que me quedaré con la boca abierta. ¿Qué has hecho esta vez, Picasso? —preguntó Coco, estirando el cuello y con un toque de cercana malicia.

—Pintar —respondió él, y mordió suavemente el cigarrillo que se había dejado prendido en los labios mientras Chanel soltaba una carcajada tan sonora e impropia de su altivez y su austera alegría que Elsa Schiaparelli, en la distancia, sonrió por dentro sabiendo que aquella mujer necesitaba que la quisieran. Y eso, a pesar de todas las rencillas, le provocó un pellizco de ternura y empatía.

El *Guernica*, un inmenso lienzo de casi ocho metros de largo y más de tres de alto lo ocupaba todo en el pabellón de España. Era mucho más que un cuadro. Era un mundo entero lleno de batallas y de deseos.

Cuando Elsa entró y lo tuvo delante se quedó sin respiración. Era tan negro como la noche, también como la muerte, pero estaba lleno de vida, pensó. Y recordó aquella primera vez que se sentó delante de una obra de Dalí, *La persistencia de la memoria*, tan diminuta como el espejo de su tocador. Le sorprendió que, a pesar de sus descomunales diferencias de tamaño y del muy distinto afecto que sentía por cada uno de esos dos genios, sus pinceladas la transportaran de golpe a los mismos sueños de placer por el tiempo y la libertad.

—¡Santo cielo! —exclamó Catalina La Bella al encontrarse el gigantesco cuadro.

—¿No es maravilloso? —preguntó Elsa embobada.

—Es oscuro, trágico y doloroso —apreció su tía.

—La vida es trágica y dolorosa, pero es maravillosa —añadió su sobrina sin dejar de quitarle la mirada a todos y cada uno de los trazos de aquella batalla en la que aparecían toros, una madre y un hijo muerto, guerreros moribundos, un caballo agonizante que sacaba la lengua burlándose del mundo por última vez, una bombilla como el ojo del tiempo, una mujer arrodillada, una casa en llamas…

—Yo lo miro y sufro. No puedo evitarlo —recalcó la tía Cata mirando a Daisy, que aún no se había pronunciado y lo observaba con una coqueta sonrisa ladeada haciéndose la interesante.

—Si Picasso pretendía simbolizar el dolor que la guerra y las diferencias provocan en los seres humanos, lo ha conseguido, sin duda. Y, a pesar de todo, ese dolor me parece maravilloso, tierno, infantil, primario, puro. Y a la vez complejo y hechizante. ¿No es así la misma vida? —reflexionó Elsa.

—A mí me excita, está lleno de cuernos, de pasión, de tragedia. Como el amor —dijo por fin Daisy Fellowes, dejando muda y atónita a la tía Cata y a Gabrielle Picabia, que acababa de incorporarse al grupo.

—Hacía tiempo que no te veía Gaby, ¿cómo estás? —preguntó con cariño Elsa a una serena Gabrielle que seguía utilizando el apellido Picabia a pesar de llevar siete años divorciada.

—Bien, todo va bien, a pesar de la vida —respondió con aquella tristeza que mostraba siempre su rostro, aun cuando había sido feliz.

—Me alegro amiga. —La cogió cariñosa por la cintura, sin dejar de mirar el cuadro, introduciéndola en la conversación que mantenían.

Elsa y Daisy, que disfrutaban siempre escandalizando a Catalina y a Gabrielle con sus historias escabrosas de cotilleos de romances y flirteos, seguían analizando el Guernica.

—Pues, digáis lo que digáis, yo lo veo excitante. Será que me gustan las tragedias amorosas. Por cierto, me han dicho que Chanel tiene un amante nuevo y que grita tanto cuando hace el amor que tienen que cerrar las ventanas porque los vecinos llamaron a la gendarmería pensando que ocurría algo grave. ¿Os imagináis a la estirada cerrando los balcones como una loca cada vez que llega el gachó? —preguntó Daisy con una carcajada.

—Qué horror imaginarme a esa señora sin ropa, calla, que no quiero que se me indigeste el cuadro —protestó Elsa con una disimulada sonrisa.

—Sois incorregibles —susurró Gaby.

—Bueno, pero nos encanta. Si no os lo contaba no habría podido dormir esta noche —sonrió con su chascarrillo.

—¿Y qué sabrás tú de los amantes de Chanel? —cuestionó Catalina.

—Pues más de lo que creéis. La mitad de esta fiesta podría citar a media docena de ellos sin temor a equivocarse.

—Eres maléfica. Hablas por hablar, lo sé, pero si intentas escandalizarme no lo vas a conseguir —le advirtió la tía.

—Hace nada comimos con uno de ellos —soltó provocando un rotundo silencio—. Dicen en esos curiosos clubs de fumadores que frecuentan vuestros amigos los hombres que Dalí hacía más que vivir en el 32 de la rue Cambon, aunque lo hiciese con su querida esposa —añadió Fellowes.

—¿Estás diciendo que Dalí y Chanel eran amantes cuando él y su esposa aceptaron ser sus huéspedes en París? —preguntó en un tímido susurro, completamente escandalizada, Gabrielle Picabia.

—Que lo eran y que lo son —confirmó con una sonrisa malvada, sin saber el dolor que provocaba en su amiga Schiap.

—No me lo creo. Algunas personas hablan y fabulan porque sus vidas son tan tristes que necesitan de los males ajenos para purgar los suyos. ¡Qué pobres! —intentó convencerse Catalina, agarrando a su sobrina de la mano llena de ternura y complicidad.

—Por eso ya no viven ahí. Él es el que grita, me han dicho, hasta el punto de tener que atrancar los postigos de las ventanas de la alcoba de la estirada —afirmó Daisy tan tajante que el silencio se hizo igual de inmenso y de negro que el *Guernica* de Picasso en mitad de aquel bullicioso pabellón español.

Y cuando Elsa miró en la distancia, vio cómo Chanel rondaba el grupo de los hombres con aquellas pisadas suyas felinas y los ojos de un halcón en busca de su presa. Dalí se dejaba engatusar. De eso no tenía ninguna duda. Ella sabía todo lo que hacía y sentía aquel

hombre, no necesitaba que nadie se lo corroborase. Así que todo lo demás que había contado Daisy Fellowes esa noche decidió no pensarlo.

Elsa se despertó y pasó parte de la mañana con una idea fija en su cabeza. El rosa impactante del diamante Cartier de Daisy Fellowes invadía su mente más que las habladurías sobre los evidentes escarceos amorosos de Dalí y Coco Chanel. Había imaginado mil cosas con las que teñir de rosa todo lo que le rodeaba. Ese *schoking pink*, como lo había definido en el coche cuando llegaban a la fiesta de la Exposición Internacional, le recordaba profundamente a las buganvillas de Corsini y a las begonias dulces que rodeaban sus cabezadas nocturnas en aquel rincón del jardín del palacio mientras el tío Giovanni estudiaba el cielo. Estaba dando vueltas a la cabeza cuando entró Dalí en la tienda.

—¿Dónde comemos hoy? Te invito donde quieras —le dijo, besándola en la mejilla y quitándose el pequeño clavel que llevaba en el ojal de su chaqueta para prendérselo en el pelo.

—No tengo tiempo para comer hoy, lo siento. —Se disculpó, e intentó no perder el hilo de lo que su mente barruntaba.

—¿Nos vemos después de comer? —insistió, persiguiéndola por la tienda como un niño detrás de un carrito ambulante de caramelos.

—No me da la vida para sobremesas, ¿no ves que tengo mil cosas pendientes? —Señaló los muestrarios de telas, las cartas por abrir y los cuadernos de los encargos que se amontaban en su mesa de trabajo.

—¿Tal vez una cena tranquila cuando acabes tu día de abejita recolectora? —Volvió a la carga cortando su paso, notando su bufido.

—Mira, con tal de que me dejes trabajar ahora acepto tu invitación a cenar. Junto al río. Reserva una mesita en aquel café pequeñito español al que me llevaste un día, ¿cómo se llamaba? —Intentó hacer memoria.

—La Abuela Lula —respondió Dalí con una sonrisa patriótica y triunfal.

—Eso es. Nos vemos ahí a las ocho. Y ahora vete, que tengo mucho trabajo —protestó empujándolo hasta la calle y cerrando la puerta de la tienda de golpe, viendo cómo se alejaba sonriendo, sin dejar de mirarla en la distancia, haciendo una reverencia donjuanesca antes de desaparecer a lo lejos entre los transeúntes parisinos.

La Abuela Lula tenía sus mesitas de hierro y sus butacas de mimbre vestidas con una tela de vichy blanco y rosa fucsia, flores frescas en botellas de cristal, velas blancas derramando su cera como los relojes blancos de Dalí y una carta sencilla y apetecible que elaboraba un talentoso y jovencísimo cocinero español que nada tenía que envidiar a muchos de los chefs de ese París ultrapatriótico con su gastronomía.

Cuando Elsa llegó le extrañó que él no estuviese esperándola. Pero estaba tan cansada que ni se detuvo a pensarlo, se sentó y se dejó llevar por el lugar. El color rosa de sus manteles, la caída del sol sobre el Sena, el chisporroteo de las velas y el olor a un puerto lejano mezclado con los platos que ya servían en otras mesas alrededor le produjo un placer infinito. De vez en cuando la brisa traía un perfume intenso y dulzón que llegaba y desaparecía dejando en su nariz y en su cerebro ese deseo de que algo no termine nunca, como los primeros besos de los enamorados.

—¿Le apetece tomar algo mientras espera, *madame*? —interrumpió el camarero su idilio con todo lo que la rodeaba.

—Un vino español sería perfecto, blanco y frío. Le dejo elegir por mí —dijo ensimismada, sonriendo al muchacho.

—Muy bien, enseguida, *madame*.

—Y ¿le puedo hacer una pregunta? —preguntó coqueta.

—Por supuesto, ¿qué necesita? —respondió el chico complaciente, dispuesto a resolver cualquier duda.

—¿De dónde sale ese perfume dulzón tan maravilloso que va y viene con el viento? Es embriagador —susurró, entornando los ojos.

—Son los jazmines andaluces —resolvió el chiquillo, y señaló los balcones de la primera planta de la casita, llenos de unas macetas esmaltadas en rosa de las que colgaban las plantas. Elsa sonrió agradecida. Y esperó mirando hacia arriba hasta que llegó Dalí, deseando que la brisa volviese a mecer una y otra vez aquellas matas llenas de centenares de florecillas blancas.

—Perdóname el retraso, he tenido un pequeño inconveniente, había olvidado tu regalo y tuve que volver a buscarlo. —Se disculpó sonriendo, poniendo sobre la mesa un paquete mediano con la forma de un cuadro—. No lo abras todavía, antes necesito explicarte algo —anunció tan misterioso que Elsa creyó que la sorprendería.

—Cuenta —dijo escueta pero atenta.

—Hace unos años, cuando Chanel nos invitó a hospedarnos en su casa para no tener que buscar un apartamento durante las semanas que Gala y yo pasábamos en París, sucedió algo que quiero y necesito contarte. —Dalí buscó las palabras antes de continuar con su relato, rizándose las puntas de su bigote con tanta presión que Elsa pensó que se lo arrancaría—: supongo que yo estaba agradecido por su hospitalidad. Coco siempre ha sido muy generosa conmigo y con Gala. —Volvió a hacer una pausa larga, mientras Elsa apuraba el vino blanco de su copa, dulce como el olor que traía la brisa de cuando en cuando y sin dejar de mirarlo a los ojos—. El caso es que una noche que Gala estaba profundamente cansada y se fue a dormir antes de lo normal, nada más terminar la cena, Coco me invitó a ver las estrellas desde el balcón de su alcoba. —Se detuvo de nuevo mirando a Elsa,

que había cerrado los ojos y sonreía haciendo lentos movimientos con la cabeza, de un lado a otro, como embelesada por una música que él no percibía—. ¿Qué te provoca esa sonrisa querida? —preguntó carraspeando, molesto, intuyendo que le importaba poco lo que le estaba confesando.

Elsa no respondió, siguió con los ojos entornados hasta que el viento volvió a pausar el maravilloso baile de los jazmines. Entonces llamó al chiquillo y le pidió que le sirviese una nueva copa de vino.

—¿Te encuentras bien? Siento como que no has comprendido nada de lo que he intentado contarte. Para mí era importante que lo supieras —dijo enojado.

—Ya lo sabía —respondió ella sin dudar.

—¿El qué sabías? —preguntó de nuevo con la voz un tono más bajo, como si perdiese poco a poco ese talante embaucador y hechicero con el que siempre se mostraba ante las damas.

—No hay nada que no se sepa de ti en París. Parece que esta ciudad es muy grande, pero en realidad es tan pequeña como una caja de fósforos. Y a menudo tan peligrosamente inflamable —sentenció cuando el camarero le servía de nuevo el vino blanco.

Dalí calló. Observó. Dudó. Y, por fin, cogiendo aire, volvió a preguntar:

—¿Te parezco peligroso? —Su voz sonaba ahora confundida y quebradiza.

—Tus actos y los rumores de la ciudad son los que me parecen peligrosos, porque, un día, quizás, no todos los que quieres te comprendan y sus conclusiones te hagan sufrir. ¿Nunca lo has pensado? —Lo miró con serenidad, intentando que sus explicaciones no pareciesen un juicio.

—Yo sé que tú me comprendes, aunque ahora me lo reproches. Si estoy con Gala no te ofendes ni te encelas, si en vez de ser mi esposa es Coco ya crees que mis actos son peligrosamente inflamables. ¿No será por tus públicas diferencias con Chanel? —Tomó aire al ver que ahora era Elsa la que callaba reflexionando.

—¿Crees que estoy celosa? —soltó de golpe después de apurar la copa de vino de un largo trago.

—Sí, pero solo porque Coco y tú no os soportáis y eso también lo sabe todo ese París que tanto rumorea —apostilló.

—Si te digo la verdad, es ella la que no soporta mi éxito. A mí hasta me despierta ternura su débil autoestima —aclaró.

—Yo os veo igual de fuertes y de vulnerables. Quizá chocáis porque tenéis talento, sensibilidad, amor por el arte, curiosidad por el ser humano y mucha pasión por las mismas cosas, no solo por la moda. —Sacó su antigua pitillera de plata y encendió un cigarrillo que Elsa le robó de los labios con habilidad.

—Yo lo único que sé es que no he hecho nada que nadie pueda reprocharme salvo trabajar, soñar, sembrar y esperar. Casi todo llega si uno se lo propone. Ella estaba antes y es parisina, es obvio, pero eso no la convierte en la dueña del porvenir ajeno. —Soltó el humo sutilmente.

—Y yo lo único que sé es que me gustaría que comprendieses que esos actos míos que te parecen tan peligrosos no merman lo que siento por las personas que quiero. Y tú eres una de esas personas. No me gustaría que nada ni nadie cambiase lo que hay entre nosotros, Schiap. Nada, ni nadie —recalcó.

—Quién sabe. El destino es un camino caprichoso por el que tenemos que caminar sí o sí, sin saber lo que nos depara. Tendremos que confiar en su azarosa decisión —poetizó, misteriosa.

—Ojalá no nos perdamos por distintos caminos —añadió él con esa cara de niño arrepentido que suplica el perdón de sus travesuras.

—¿Ya puedo abrir mi regalo? —preguntó Elsa para zanjar el tema, sabiendo que lo había desarmado y que todo su hechizo ya solo dependía de su arte para seguir embriagándola. Lo demás que le gustaba hasta ahora de él, lo supo, pero no quiso manifestárselo, parecía que se lo hubiesen tragado las oscuras aguas del Sena.

—Adelante, ábrelo —respondió él, casi susurrando.

Elsa rasgó el papel del paquete. Las oníricas líneas de Dalí la habían retratado como a una poderosa diosa saliendo de un mar azulísimo bajo un cielo lleno de estrellas que tenían unos ojos inquietos. En su tocado, un puñado de flores rosas, insultantes, se derretían sobre sus hombros embriagándola.

—¿Qué piensas? —preguntó por fin después de ese rato de silencio en el que Schiap había observado con atención cada trazo de su retrato, cerrando los ojos cada vez que la brisa movía los jazmines españoles, notando que su perfume y el vino la habían emborrachado por completo.

—Me gusta tanto... Lo sabes.

—Me refiero a todo lo que hemos hablado —puntualizó, implorando cariño.

—No pienso en ello. Tengo la mente demasiado ocupada en mi propia vida —afirmó, y cerró los ojos cuando la brisa volvió a mecer los jazmines.

—Algo barruntas —dijo compungido.

—Voy a lanzar un perfume. Se llamará Schoking. Y a cambiarme de casa. Los cambios siempre me llenan de energía.

Las luces de La Abuela Lula tintinearon unos segundos antes de apagarse sobre sus cabezas cuando cerraban el local y se levantaban para irse. París ya olía a verano y el cielo estaba lleno de estrellas.

Había soñado desde niña con comprarse una casa tan distinguida como el palazzo Corsini, pero con la condición obligatoria de poder terminar sus días en ella. En su infancia siempre creyó que aquel palacio romano, con todos sus frescos y tapices históricos, sus verjas reales y su Jardín Botánico, propiedad de la Universidad de La Sapienza, era de su familia. Y que un día, viviese donde viviese, podría volver a él para terminar sus días y que la enterrasen en ese mismo minarete desde el que observaba con el tío Giovanni las estrellas. Pero cuando tuvo la edad de comprender que aquel paraíso majestuoso tan solo era la morada de los decanos de la universidad hasta su fallecimiento, comprendió que lucharía en la vida para tener una casa propia donde contar a sus hijos su propia historia y donde reposar cuando el destino le marcase su final.

Cuando llegó a casa, embriagada aún por los jazmines andaluces y el vino blanco de La Abuela Lula, Catalina La Bella esperaba en la sala junto al balcón con su camisón de seda azul, los postigos abiertos de par en par y las cortinas mecidas por la brisa templada de esas noches de junio.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —preguntó Elsa, acercándose hasta el balcón y besando la mejilla de su tía.

—Te esperaba. Gogo se durmió pronto, la doncella se retiró y me gusta escuchar el sonido tranquilo de estas noches de principio de verano. ¿Cómo te fue con Dalí? —La miró con su habitual ternura protectora, como harían las madres con sus hijas si volviesen de una cita con su novio.

—He pensado en comprar una casa. Un hogar definitivo para nosotras. Para Gogo, para ti y para mí —esquivó su pregunta.

—¿Ya no te gusta esta? —La observó minuciosamente.

—Esta no es mía. Es, como ha sido siempre el palazzo Corsini, una morada sin final. Yo quiero una casa de verdad, en la que tener nuestro hogar hasta el final de los días y nuestras cajas de los secretos.

—Me parece estupendo, cariño, ahora puedes permitírtelo. Adelante con ello si eso es lo que te hace feliz.

—Iremos a buscar nuestra casa perfecta muy pronto —aseguró convencida.

—Y con Dalí, ¿cómo te fue? —insistió Catalina; sabía que aquel cambio respondía a un motivo.

—Intentó justificar su romance clandestino con esa pobre mujer, ya sabes. Nada que me sorprendiese, salvo ese cuadro. —Señaló el paquete que había dejado sobre la mesa al entrar.

Catalina lo abrió y entornó los ojos para ver los trazos surrealistas de aquel artista, más allá del hombre del que trataban.

—Admiras su arte, porque admiras desde niña la belleza. Pero ¿lo admiras a él? —cuestionó, sincera.

—Creo que sí lo admiraba. Quizá porque creía que ella solo había sido un escarceo pasajero —confesó Elsa.

—Te molesta tanto que ni la nombras —reflexionó Cata, intentando que su sobrina le contase lo que sentía.

—Coco Chanel no me molesta, tía, de verdad. Me da hasta lástima que me vea como una rival, con todo lo que lleva recorrido —explicó, segura de lo que pensaba.

—¿Y en la vida es una rival?

—En la vida tampoco. Yo no entiendo de rivales cuando se relacionan con las personas a las que tú amas de verdad, sea en la medida que sea —sentenció.

—¿Lo amas? —preguntó, cariñosa.

—Lo amo como a un buen amigo, sí. Sé que hemos tenido muchas más cosas que una simple amistad, pero amor es una palabra inmensa que yo no sé si volveré a sentir otra vez. —Se la quedó mirando, necesitaba bucear en el azul de esos ojos.

Y Catalina dejó que bucease dentro de ellos, sabiendo que en ese azul de su genética su sobrina siempre encontraba a su pequeño Thistle Bloom.

Catalina La Bella se había despertado con tanta hambre que, en cuanto salió el sol, abrió la puerta de su cuarto sin llamar y la sacó de la cama.

—¿Se puede saber qué diablos te sucede para despertarme a estas horas? —gruñó Elsa, viendo cómo su tía descorría las cortinas y abría las ventanas para que el incipiente verano lo invadiese todo.

—Nos vamos a desayunar a la calle como hacíamos antes, ya he llamado a la tienda para decir que hoy no irás hasta la tarde, que no te esperen porque tenemos muchos asuntos y gestiones que hacer. Así que ponte guapa. —Y tiró de ella hasta el baño.

—¿Y Gogo?

—¿Y Gogo qué? —preguntó, arqueando las cejas extrañada, como si una adolescente de su edad necesitase que su madre estuviese siempre al despertar—. Entra de una vez y aséate rápido, por favor, o nos dará la hora del almuerzo sin haber desayunado siquiera. Vuelvo a por ti en veinte minutos —protestó, y cerró la puerta del baño de un portazo y desapareció de la alcoba.

Había pedido desayuno como para una familia numerosa. La mesa se había llenado de repente de cruasanes con mantequilla y mermeladas de todo tipo, frutas, chocolate caliente, café con leche, pastas y unos bollos glaseados que a Catalina la volvían loca y que a Elsa se le antojaban siempre como una bomba para cualquier estómago salvo que uno fuese un animal prehistórico.

—Si eres capaz de comerte todo eso, te compro lo que quieras —ironizó.

—¿Lo que quiera? —preguntó retadora, zambullendo la mitad de un cruasán en su taza de chocolate.

—No, mejor no, me arrepiento. Eres capaz de eso y de mucho más. —Recordó el día que el *maître* Fabian del café de Flore había perdido su apuesta y las habían invitado a comer. Le entró hasta fatiga de recordar todos esos platos que parecía que nunca se iban a terminar.

—Pues tampoco es para tanto, hemos comido mucho más que hoy en muchas otras ocasiones —se excusó.

—Y bebido, de eso doy fe —añadió Elsa.

—Así es. Y aquí seguimos, vivas y sanas —sentenció.

—Pues nada, mujer, tómate otro cruasán, que no sé dónde los metes —miró con admiración su cinturita, tan estrecha como recordaba su memoria, su busto perfecto, sus curvas medidas y sensuales, su cara llena de una belleza eterna que nadie le iba a poder arrebatar jamás.

—Tenemos que desayunar fuerte porque nos queda una buena

caminata hasta el lugar al que quiero llevarte —explicó, justificando cada nuevo bollo que mojaba en su taza.

—¿Un lugar que no conozco? —preguntó curiosa.

—Eso es. Un lugar que no conocemos, pero del que espero que nos enamoremos. No está tan lejos como crees. Solo tendremos que atravesar Champs Élysées y caminar un poco más. Merecerá la pena, estoy convencida, me han hablado maravillas —manifestó con cara de satisfacción.

—Qué estarás imaginando —dijo con un pequeño suspiro, sonriendo, sabiendo que de su tía nada malo podía esperar.

Llevaban más de media hora caminando cuando alcanzaron la rue de Berri y Elsa se detuvo un segundo bajo la sombra de uno de los viejos castaños. Ya apretaba el calor en esa primera semana de junio.

—Ya estamos, solo debemos llegar al número 22. Venga, no desfallezcas. —La cogió del brazo y recorrieron la calle hasta alcanzar la ansiada ubicación. Elsa miró al frente y se topó con el cartel. *«En vente»*. Detrás, como si el tiempo se hubiese detenido en su infancia, estaban los mismos ventanales de cuarterones que tenía el palazzo Corsini y aquellas contraventanas regias, lacadas e impolutas, enmarcando cada una de las vidrieras del imponente palacio, que se asomaba glorioso a un París exquisito y señorial, el del distrito VIII.

Una simple brisa corrió para mecer las flores y los árboles y un sutil dulzor lo llenó todo. Miró a su tía con amor, la abrazó y supo que desde aquel 7 de junio tenían en París la casa que acogería para siempre las cajas de sus secretos.

21 de julio de 1937
Maison Schiaparelli
22, rue de Berri, París

La casa estaba llena de flores rosas y velas encendidas. El jardín trasero que escondía el histórico edificio que Elsa había comprado para la eternidad en el barrio más refinado de París se ordenaba alrededor de un pequeño estanque circular en el que un querubín de piedra sujetaba un caño del que emanaba una lluvia fina y continua. Se habían dispuesto una docena de mesas redondas vestidas hasta el suelo con las lujosas sedas con estampados en rosa vibrante de Robert Perrier. Unas telas que Elsa pensaba después utilizar para algunas de sus creaciones y que a Daisy Fellowes se le habían antojado como el detalle más chic que había visto nunca en una fiesta.

Cada mesa tenía una copa francesa de hierro, que habían llegado esa misma mañana del anticuario más selecto de París y que habían llenado artísticamente con begonias rosas, jazmines blancos andaluces, buganvillas fucsias, hortensias y peonías.

Junto a los platos de porcelana de todas las damas que esa noche se sentarían a sus mesas, una caja de color rosa intenso guardaba un secreto, el nuevo perfume Schoking, de Schiap. Para los hombres se habían dispuesto unos pequeños alfileres de solapa que representaban la flor del cardo escocés.

Ya había empezado la fiesta de inauguración de la nueva mansión Schiaparelli y el jardín se había llenado de artistas, estrellas de cine y políticos de renombre cuando hizo su entrada la polémica Wallis Simpson, duquesa de Windsor y sin tratamiento de su alteza real tras el nombramiento de su marido Eduardo VIII como duque de Windsor al haber abdicado del trono. Ese nombramiento llegó de mano de su hermano, el rey Jorge VI, tras un proceso que había causado una conmoción y la consiguiente crisis constitucional en el Reino Unido, porque los británicos nunca entendieron que el rey le pidiese matrimonio a una mujer con dos exmaridos y una más que liberal reputación. Pero toda polémica, política y social, se diluyó de golpe en cuanto la duquesa pisó el jardín de Elsa Schiaparelli. Allí, en aquella burbuja del tiempo, como había definido Catalina La Bella a ese oasis exquisito en el corazón de París, todo podía convivir con armonía, risas y mucho vino y champán. La duquesa de Windsor llegó hasta su mesa vigilada por un centenar de sonrisas y muchos más comentarios susurrados entre los invitados. Su vestido Schiaparelli, bordado con el perfil de una mujer de surrealistas ojos escrutadores y una inmensa

melena de oro causó la sensación de los comensales.

Cuando aún se escuchaban los murmullos tras la entrada de Wallis Simpson, Daisy Fellowes apareció como una inspiración divina con su vestido trampantojo en el que las caras enfrentadas de dos mujeres de labios púrpura se convertían por la magia de la óptica humana en un jarrón desbordante de rosas.

—¡Bravo! —exclamó Jean Cocteau desde su silla, al ver una de sus inspiraciones en una creación de su amiga Schiaparelli, que la espectacular silueta de Fellowes potenciaba como un sueño infinito.

—¡Bravo! —gritó también Pablo Picasso a ese aplauso que fue creciendo entre los invitados en el paseo triunfal de Daisy hasta su mesa.

—¡Bravo y bravo! —enfatizó un deteriorado Paul Poiret, que ya estaba apartado totalmente de la moda tras su bancarrota, pero seguía teniendo en Schiap una amiga tan cariñosa con él como agradecida por tantas cosas.

Dalí se sumó al aplauso con una sonrisa medida, mirando a Elsa en la distancia con esa cara que seguía implorando un perdón que ella ya había dado por zanjado la misma noche que abandonaron la terracita del café español de La Abuela Lula.

Cocteau, Picasso, Man Ray y todos aquellos personajes ilustres del arte, comandados por Francis Picabia, no solo habían formado parte de la vida en París durante los últimos quince años de Elsa, sino que la habían convertido en esto que ahora era.

Cuando por fin pudo sentarse en su mesa, después de media noche saludando y conversando con los más de ciento cincuenta invitados que habían llegado hasta el 22 de la rue de Berri, notó un pellizco de felicidad en el corazón al sentir el cariño de tantos y buenos amigos. Miró a su hija Gogo, que ya era una mujer de diecisiete años, bellísima, con la piel clara y limpia y unos ojos que le recordaban más a la tía Catalina que a sí misma. Y se sintió satisfecha.

Y en ese mismo momento que Catalina La Bella volvía de la *toilette* hasta la mesa con la túnica que le había bordado con la constelación de la Osa Mayor como los lunares de su propia mejilla, esos que el tío Giovanni ya había intuido como una divina premonición del éxito, Elsa sintió que casi todo en su vida tenía sentido y que solo le faltaba Thistle Bloom para morirse de plena felicidad.

Cuando Dalí llegó al 31 de la rue Cambon, avisado con urgencia por una alteradísima doncella de la *maison* Chanel, se encontró a Coco descalza y con los ojos reventados de llorar, sentada en el suelo mojado del balcón por el que había derramado parte del contenido de una licorera con coñac de la que bebía a morro, y el cigarrillo pegado a sus labios rojos, corridos como si se hubiese enfrascado en una pelea callejera.

El suelo de la sala estaba lleno de cristales de una copa de bohemia que había estrellado en un ataque de ira. Los cojines del tresillo Luis XV, tapizado en impoluto damasco blanco, estaban revueltos y por los suelos y una de sus butacas permanecía boca abajo delatando la reyerta consigo misma.

Se quitó la americana del traje, se remangó la camisa, se descalzó y se sentó en el balcón, frente a ella, mirándola a los ojos y sonriendo. Cuando ella despegó la botella de su boca se la cogió y bebió a morro también dando un largo trago y guiñándole un ojo cómplice.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó Coco con la voz gruesa, intentando articular cada una de sus palabras.

—He venido a verte —respondió él, relamiéndose los labios, que se habían teñido del carmín que embadurnaba la boca de la licorera.

—¿No estabas en casa de la Italiana? —le miró con una mueca de asco, controlando una pequeña arcada.

—Sabes que no me gusta que la llames así, con este desprecio que nunca he comprendido. Tú deberías estar por encima de todo eso —dijo sereno para no alterarla más de lo que parecía que había estado hasta que llegó.

—Es una italiana engreída, intrusa y además hace esa ropa ridícula y enloquecida sin ningún patrón, ni compostura —añadió lentamente, entornando los ojos, que se le habían perdido en la noche parisina y estirando la mano para que le diese la licorera.

—Por esta noche no hay más coñac, Coco, deberías darte un buen baño y meterte en la cama, si quieres me quedo hasta que te duermas —susurró. Le apartó el pelo de la cara y le limpió las lágrimas de las mejillas.

—No te necesito. Puedes irte. Vete con tu maldita italiana —alzó la voz, metiendo una mano en el bolsillo de su chaqueta de *tweed*, sacando su pitillera de plata y encendiendo un nuevo cigarrillo.

—Invítame a uno —pidió amistoso.

—Te dejaste los tuyos en casa de tu italiana para volver luego, qué pena me das —intuyó en voz alta, tirándole la pitillera contra el

pecho.

—Deja ya de decir tonterías. Pareces una adolescente celosa y rabiosa.

—La odio con todas mis fuerzas, no la puedo ni ver, es insufrible —dijo con la voz cada vez más pastosa.

—Os parecéis mucho más de lo que creéis, te sorprenderías.

—Pues qué asco me da parecerme a esa italiana intrusa —repetía una y otra vez ese renombrado calificativo que a Dalí siempre lo alteraba.

—Algún día comprenderás que no es una enemiga, créeme, y entonces te arrepentirás de haberte perdido a una gran mujer —aseguró.

—Vete de una vez y no vuelvas. Eres igual que ella —le espetó.

—Menos mal que mañana no recordarás este suceso —afirmó, inhalando una larga calada, apoyando la cabeza con resignación en el quicio del portón del balcón y mirando cómo el humo ascendía hasta perderse entre las ramas de los altísimos castaños de la elegantísima rue Cambon.

—Mañana, mañana —repetía Coco ya casi sin vocalizar, antes de acurrucarse poco a poco sobre el suelo y quedarse dormida.

Dalí la miró durante largo rato. Después se calzó, la cogió en brazos y atravesando el mar de cristales la llevó hasta la cama. La desnudó, la arropó y se fue. Sin saber ni cuándo, ni cómo volvería a esa casa. O si volvería algún día.

1938

1 de febrero de 1938
The Circus Collection, Elsa Schiaparelli
París

Gala Dalí se había puesto el sombrero del zapato negro que Schiaparelli había diseñado un año antes. Y para que el protagonismo lo tuviese ese tocado singular, del que todo París hablaba en los últimos meses porque decían que era el zapato que había terminado por aplastar a las camelias de los exquisitos canotiers de Coco Chanel, se había puesto un simple vestido negro abotonado y unos zapatos abotinados de charol.

Cuando llegó junto a su marido a la inauguración de la nueva colección *Le Cirque*, que Elsa presentaba en sociedad ese gélido primero de febrero con toda la prensa de Francia rendida a sus extravagancias, los fotógrafos y los periodistas de medio mundo ya sabían que esa velada iba a ser otra de las grandes citas de los ecos de sociedad de las próximas semanas. No en vano, y para que el frío invernal no desluciese los ánimos ni los chismorreos, se habían montado a la entrada unas generosas barras donde una docena de camareros servían vino caliente, chocolate con un toque de picante y unos bollos italianos con nata y canela a todos los invitados, a la prensa y hasta a los curiosos que se agolpaban en la entrada de una carpa singular convertida por la magia de Schiap en escenario para un desfile. Dentro de ella trapecistas, acróbatas y modelos vestidos de animales surrealistas mostraban al mundo una colección que se presentaba más como una representación teatral, con su nombre y su hilo conductor, que como un desfile en sí mismo. En las gradas que bordeaban aquel surrealista escenario, la duquesa de Windsor charlaba animadamente con compañeros tan artistas y dispares como Marlene Dietrich, Katharine Hepburn, Picasso, Dalí, Francis Picabia y Jean Cocteau mientras los fotógrafos se volvían locos por capturar centenares de momentos para la historia.

El desfile, circular y colorista, lo cerraban dos mujeres que un gran maestro de ceremonias, vestido con una chaquetilla circense bordada con animales de oro, anunció como si de un arriesgado número final se tratase. Catalina La Bella y Daisy Fellowes salieron a escena con los dos modelos estrella de la colección. Elsa había creado sobre las curvas aún lozanas de la tía Cata, de la que nadie habría pensado jamás que estaba ya más cerca de los setenta de lo que ella quisiera, un vestido fluido de seda rosa pálido con una especie de capucha con cola y estampado de trampantojos que simulaban la tela rasgada, como la carne abierta, que Dalí llevaba meses experimentando en sus

cuadros. A su lado, de riguroso negro, el vestido Skeleton de crepé que, con la técnica del trapunto, Elsa había convertido en una insinuante silueta desnuda, con sus costillas y columna vertebral en relieve en una sorprendente prenda al milímetro de las medidas de la fascinante Fellowes, inspirada por las noches desnudas con Dalí.

Un aplauso largo y sonoro y los gritos victoriosos de aquellos artistas que eran amigos, algunos mucho más que eso, recorrió como un tornado aquella carpa provocando la emoción de Catalina La Bella, que rompía a llorar como una niña, la sonrisa eterna de Salvador Dalí y un escalofrío que Elsa notó, con orgullo, erizando dulcemente cada centímetro de su piel.

Elsa se había despertado pronto. Le gustaba estar despejada y peinada al día siguiente de sus grandes eventos porque sabía que Catalina La Bella ya habría salido a comprar el desayuno y la prensa y hasta se habría estudiado cada palabra de los ecos de sociedad de los periódicos. Y nunca se equivocaba. Cuando estaba terminando de arreglarse el cabello y se ajustaba su bata de seda rosa tocaron en la puerta.

—Pasa, tía Cata, estoy despierta hace rato —gritó desde el tocador.

—No te vas a creer lo que dice *Le Figaro* —anunció congestionada, entrando como un torbellino con los mofletes encendidos.

—Mujer, parece que hayas venido corriendo desde Roma, te va a dar algo —dijo, al ver que su tía se desabrochaba el abrigo y tomaba aire profundamente hasta recuperar el aliento.

—Es que nevaba tanto y tenía tanta prisa por llegar que ha sido como atravesar el Polo Norte y sin trineo —señaló los balcones, que dibujaban una impoluta postal de un París blanco e inmortal.

—¿Y te has leído la prensa mientras triscabas por la nieve? —preguntó con una carcajada.

—Me la leí en la confitería, mientras esperaba a que saliese del horno tu bollo favorito. Te lo he traído para celebrar el éxito —sonrió.

—¿Has encontrado *panettone* en París y sin ser Pascua? —enfatizó.

—Lo encargué hace dos días, para que me lo hicieran esta mañana a primera hora. Han contratado a un jovencito napolitano en el horno que los borda.

—Eso significa, entonces, que la crítica ha vuelto a ser buena —dijo despreocupada sin dejar de sonreír y relamiéndose al pensar en el *panettone* y en la prensa.

—Así es. Aunque *Le Figaro* lamenta la ausencia de la estirada. Le regalan un piropo inusual. No sé si eso te gustará —anunció, encogiéndose de hombros.

> Sargas rosas de seda tejida, caballos azules de un carrusel del tiempo con melenas de hilo de oro y monturas de plumas, trapecistas cabareteras, acróbatas semidesnudos, chaquetillas de mikado con flores, estrellas y animales fantásticos bordados conforman el mundo onírico que bulle en la mente prodigiosa del circo particular de Elsa Schiaparelli.
>
> Hay un antes y un después en el mundo de la moda tras la explosión de los sueños de esta divina «Italiana de París» que es *madame* Schiaparelli y su colección *Le Cirque*. No sé si será una premonición, pero me temo que el futuro de la moda beberá siempre en sus desfiles del sentido del espectáculo y de la representación de esta fascinante mujer que todo lo puede. Entre sus filas célebres, las sonrisas eternas de la Hepburn, la fascinante malicia de la Dietrich, la extravagancia real de la duquesa de Windsor y el arte con mayúsculas de Picasso, Dalí, Cocteau, Picabia… Y sí, la omnipresente Daisy Fellowes tiene huesos y es mortal. ¿Alguien da más?

> Pero si tengo que ser fiel a la moda de nuestro siglo, no puedo dejar de reconocer la exquisita costura de la gran ausente de ayer en semejante velada, *madame* Chanel. Y yo me pregunto: ¿no habría sido maravilloso que Coco Chanel se hubiese subido al loco y divino ritmo de este circo italiano? Los egos malditos, ustedes me perdonarán, nos privarán de tal placer.

La columna de *monsieur* Montes en *Le Figaro* ese 2 de febrero, que había titulado «La Italiana de París», causaba esa mañana en todos los cafés la misma sensación social que el propio desfile había provocado en los presentes el día anterior. Nunca antes se había leído en la prensa nada que ensalzase a la vez a esas dos portentosas mujeres, en continua guerra con la vida misma. Y mucho menos en las columnas del mordaz periodista de *Le Figaro*.

Chanel dejó sobre la mesa de su sala privada en la rue Cambon el periódico, sonrió halagada y se salió al balcón a fumarse un cigarrillo.

Schiaparelli sumergió un último pedazo de *panettone* en su *caffèlatte*, como hacía tantas veces la tía Cata, en el majestuoso salón estudio de la rue de Berri, y sonrió de placer mirando de reojo la columna de *Le Figaro* que había releído tres veces.

Fuera de sus casas, la mañana había despertado a París con ese manto blanco y espeso que lo embellecía aún más y que congelaba en las calles hasta la respiración, pero ambas mujeres, a las que el frívolo mundo de la moda había convertido en rivales eternas, se sintieron de repente acaloradas y felices.

Se había citado con Dalí en el interior del café de Flore porque la nieve había engullido su popular terraza, abierta al bullicio de sus clientes todo el año. Cuando llegó se lo encontró dibujando con sus dedos largos y finos las vetas del mármol de la mesa. Llevaba prendido en la solapa el alfiler de la flor del cardo. Pensó irremediablemente en Thistle Bloom y sonrió por dentro.

—Ayer me puse celoso —soltó sin dar las buenas tardes cuando Elsa se despojaba de su estola de zorro y su abrigo de lana antracita y se ajustaba el mismo sombrero de zapato que había lucido Gala Dalí en la presentación de la colección.

—¿Celoso de qué? —preguntó, coqueteando con su propio reflejo en los espejos ahumados del Flore.

—De que tanta gente esté enamorada de ti —respondió él con los morros cerrados, como hacía siempre que se ponía blando.

—Si alguno lo estuviese realmente me iría mucho mejor en el amor, la verdad —ironizó, y esbozó una sonrisa al comprobar que su dry martini, que nunca necesitaba pedir, llegaba a punto a la mesa.

—El mundo está enamorado de tu trabajo, para mí eso es mucho más importante que el amor de pareja y hasta que el sexo —aclaró Salvador sin tapujos.

—Bueno, de eso tú estás muy servido por lo que parece, así que entiendo que tengas celos de otros tipos de amores —soltó con sarcasmo y notó cómo a Dalí se le torcía la sonrisa en un instante.

—Eso ha sido una maldad —protestó.

—La verdad, a menudo, es cruel, sobre todo cuando no queremos aceptarla —se defendió, y luego dio un trago largo a su cóctel, notando cómo el calor de la ginebra y el vermú blanco raspaban gustosamente su garganta hasta llegar a la base del estómago, y cerrando los ojos en un gesto de placer infinito.

—¿Te da placer hacerme daño? —volvió a protestar él.

—Me da placer beber, celebrar, sentir. Y me aburre mucho que intentes siempre darle la vuelta a las situaciones para pasar de verdugo a víctima —lo acusó.

—¿Soy un verdugo para ti? —tartamudeó nervioso.

Y cuando Elsa vio que estaba completamente desarmado frenó en seco porque no quería que nada, ni nadie, le amargase esos días de resaca de gloria.

—¿Qué te apetece comer? —preguntó cariñosa.

—Podíamos repetir nuestra langosta.

—Me parece una perfecta decisión.

—Pero quiero que me digas por qué me ves como un verdugo y si puedo hacer algo para recuperar lo que teníamos —insistió, emperrado como los niños chicos.

Elsa se terminó el dry martini cuando llegaba el segundo, se encendió un cigarrillo y lo miró a los ojos durante un buen rato, sin decir nada, hasta que vio cómo empezaban a ponerse vidriosos.

—Seré sincera, Salvador. Estás casado con una mujer maravillosa, que es tu musa y parte de tu vida. Sigues manteniendo relaciones con Chanel, que ni me va ni me viene, pero es una realidad que no puedes negar, y yo, a estas alturas de la vida, te quiero tener muchos años como a un amigo, porque todo lo demás solo hará que nos perdamos —concluyó.

—¿Me has querido alguna vez?

—Te he querido y te quiero.

—¿Has estado enamorada en algún momento? —Sus ojos delataban el miedo a perderla.

—Lo he estado y lo estoy. Pero no de ti —sentenció. Y vio cómo Dalí rompía a llorar como un niño.

—Lo estoy de tu arte. Y eso es mucho más importante porque es eterno —añadió ella, y alargó la mano por encima de la mesa hasta agarrar la suya, sintiendo que el mundo era a menudo mucho más complejo que sus propios cuadros.

Soñó con Thistle Bloom. Se despertó con la premonición de que algo había sucedido y cuando salió a desayunar la tía Cata le entregó la correspondencia de la mañana mientras servía el café en silencio.

—Dime que no ha sucedido nada, dime que todo está bien —suplicó con las cartas cogidas sobre su pecho.

—¿Y qué tenía que suceder? —Cata la miró perpleja.

—Si estás muda es que algo pasa —insistió.

—No estoy muda, solo estoy despertando. Por supuesto que todo está bien, ¿por qué iba a ser de otro modo? —preguntó serena, observando la cara de pánico de su sobrina.

—He soñado con Thistle. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo. No sé, me he levantado con una sensación extraña, como si el destino quisiese contarme algo. —Seguía con las manos entrelazadas, nerviosa.

—Gogo es ya una mujercita y está preciosa, tu imperio se extiende por medio mundo como siempre habías soñado, tienes esta casa maravillosa que todo París querría poseer, el dolor del pasado se ha acomodado en nosotras… ¿Qué más quieres? ¿No son razones de peso para gritar que todo está bien? —preguntó enérgica, cogiéndola por los brazos y agitándola como si fuese una muñeca de trapo.

—¿Y Thistle?

—Thistle debe de estar muy vivo porque ha llegado otra carta suya. Si mirases lo que tienes entre tus manos no harías tantas preguntas extrañas, niña —sentenció con un bufido.

—¿Y si la carta llega con retraso? —preguntó aún intranquila.

—Cariño, ¿de verdad crees que todo lo que sueñas se convierte en realidad?

—Ojalá pudiese elegir los sueños que se hacen realidad. —Rasgó el sobre de Thistle, y se perdió en su ordenada y redonda letra y escuchando muy lejos a su tía Cata, a la que había dejado de prestar atención de camino a su habitación.

Querida Schiap:

Me he acostumbrado tanto a nuestras misivas que soy incapaz de descolgar el teléfono para llamarte todas las veces que pienso en ti.

El próximo 10 de septiembre, no sé si te llegará esta carta a tiempo, se cumplirán treinta y tres años desde nuestra primera noche de estrellas juntos en el palazzo Corsini. Treinta y tres años, madre mía. No me puedo creer que llevemos todo este tiempo escribiéndonos.

Sé que han pasado muchísimas cosas desde entonces. Los dos hemos vivido juntos mil secretos de nuestra correspondencia. Hoy quiero contarte uno más. No quiero que te duela, solo quiero que sepas entenderme como siempre lo has hecho. Si tú sufres, yo no sabré disfrutarlo.

He conocido a alguien que me hace feliz. Nunca va a estar por encima de ti. Te lo prometo. No quiero que lo tomes como una revancha por tu relación con Dalí. Solo es que

necesitaba cariño y un día, en esos momentos que estoy solo y triste en el alto de Dornoch Firth, apareció de repente. Y ahora es mi mejor apoyo cuando me siento triste.

Se llama Jamie, es un escocés de verdad, no como yo que soy un accidente romano, aunque me corran por las venas paternas las praderas de las Tierras Altas…

Elsa metió apresurada la carta en el sobre sin terminar de leerla, sintiendo un pellizco profundo que le encogía el corazón. Por primera vez en todos esos años no era por celos, ni por no poder disfrutarlo como ahora lo haría ese tal Jamie. Era por tener que cumplir la promesa que un día le hizo a fuego a su tía Catalina La Bella y no poder descubrirle quién era su madre, quién no era su padre, aunque lo tuviese que tener en un altar, y qué sangre corría verdaderamente por sus venas. Rompió a llorar como una niña pequeña, encerrada en su baño para que nadie la viese. Y cuando pudo recomponerse por fin, se miró en el espejo, selló sus labios con un gesto de un dedo y se juró una vez más que nada que sucediese en el mundo haría que traicionase a la mujer que más había cuidado de ella en la vida. Y supo con certeza que el secreto de vida de Catalina La Bella seguiría cerrado con mil candados.

10 de septiembre de 1938
Zodiac Collection, otoño-invierno 1938-1939
París

No muchos meses después del bombazo que había supuesto la presentación de Le Cirque en el año más prolífico de la «Italiana de París», como ya la llamaban sus amigos con ironía en sus reuniones privadas desde que monsieur Montes la denominase así, Elsa se levantó con más nervios que nunca.

Desde primera hora, un batallón de operarios se afanaba en el jardín del 22 de la rue de Berri para convertirlo en algo parecido al mágico rincón del palazzo Corsini y sus noches de estrellas, tal y como recordaba su memoria de niña. Trabajaban a destajo para que, esa noche, cuando el sol se ocultase, miles de pequeñas bombillas, como un cielo infinito de estrellas, llenasen el cielo sobre las mesas de la cena que se serviría a los invitados tras la gran presentación en sociedad de la colección *Zodiac*. Era, sin duda, su más ambiciosa muestra. Esa que la iba a revelar ante ese mundo que ya la elevaba a los altares como la niña que fue, con todos sus sueños por cumplir.

Daisy Fellowes descolgó el teléfono del antiguo y pintoresco hotel del 69 de la rue de Lille, en el que se había instalado tras su última ruptura sentimental, y pidió que le pasasen con la mansión Schiaparelli. Habían corrido una vez más ríos de tinta porque después de dos matrimonios y un sinfín de rumores sobre sus sonados amantes, contaban en todas las fiestas de postín desde hacía años que había intentado seducir al mismísimo Winston Churchill antes de casarse con su primo Reginald Fellowes, la desdicha del amor volvía a tronar sobre ella. Se miró al espejo, el maquillaje de sus ojos delataba una noche trágica, y se aclaró la voz carraspeando.

—*Madame*, la señora Fellowes está al teléfono —le anunció su doncella personal saliendo al jardín, donde Elsa daba órdenes a un capataz gordo y repeinado que dirigía las operaciones para el montaje de *Zodiac 38-39* mientras Catalina La Bella arreglaba con mimo los centros florales.

—Voy enseguida, que me espere dos minutos —alzó la voz entre el bullicio.

—Querida amiga, ¿cómo te encuentras? —preguntó Elsa cariñosa, intuyéndola con el maquillaje embadurnando sus ojos como dos nubes negras de tormenta y los pelos revueltos hasta el espanto.

—He tenido días mejores, la verdad, pero ese cerdo no volverá a pisar nada que me pertenezca. Te lo juro por mi vida —intentó reírse

de todo, imaginando a su embajador flirteando de nuevo con la primera señorita remilgada que cayese en su trampa.

—No le dediques ni un minuto, date un buen baño y vente, tengo un barman para esta noche que quita el sentido. Nos emborracharemos y nos alegraremos la vista. —Soltó una carcajada frívola.

—Así lo haré, no me perdería tu fiesta de las estrellas ni muerta. ¿A qué hora me necesitas en tu vestidor? —Su voz sonaba cantarina, pero Elsa sabía que en cuanto colgase se reventaría a llorar antes de meterse en el baño para tapar cualquier signo dramático de su rostro.

París las vigilaría atento esa noche tanto como a cada una de las piezas de *Zodiac*. Pero Daisy Fellowes y Elsa habían sabido campear la vida tantas veces que solo podían brillar en cuanto se encendiese la primera bombilla o el primer *flash* de aquella ansiada fiesta.

Daisy Fellowes llegó ya maquillada, con esa piel que parecía una porcelana antigua y esos ojos, delineados a conciencia con un pincel negro que había adquirido en uno de sus viajes a Egipto y que convertía su mirada en la de una Nefertiti moderna, que decían que, cuando miraba fijamente a los hombres los hechizaba hasta hacerles perder la razón.

—Está claro que no querías pasar desapercibida hoy, lo celebro —ironizó Elsa según la vio entrar, con aquellos rabos negros que estiraban su mirada hasta el infinito.

—Si no lo ves adecuado me lavo la cara ahora mismo —dijo sincera, agradecida por cada una de las palabras y actos de su amiga Schiap cada vez que ella sufría un drama amoroso.

—Es perfecto para abrir y cerrar el desfile, llevarás dos de las piezas principales de la colección. Mira. —Sacó de un inmenso carro una chaqueta de terciopelo azul noche en la que Elsa había bordado lunas, estrellas, planetas y la constelación de la Osa Mayor. En sus solapas, marcadas por cuadros de pasamanería dorada, se representaban los signos del zodíaco.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Daisy, emocionada con las fantasías de su amiga y pensando en todos aquellos cuadernos que su tío Giovanni le había dejado en herencia, mucho más valiosos que la sustanciosa cuenta del Banco de Italia.

—Espera a ver la capa con la que cierras mi noche —le anunció, y abrió una funda inmensa de la que extrajo una espectacular capa de invierno, de terciopelo negro, en la que había bordado en oro un inmenso Carro del Sol, como la obra central del estanque de Apolo en los jardines del palacio de Versalles.

—¡Qué maravilla! —exclamó a gritos, arrodillándose después a los pies de su amiga, intentando controlar la emoción de sus ojos para que el dichoso maquillaje egipcio no la convirtiese de golpe en una ramera de los suburbios de París.

—Levántate, no seas teatrera, me basta con que digas que te maravilla —le quitó Elsa importancia, aunque había llorado un mundo las últimas noches materializando esas dos prendas y una treintena más que conformaban todo ese mundo de estrellas que llevaba grabado en el corazón desde la primera vez que el tío Giovanni le dejó pasar la noche a su espalda en el jardín del palazzo Corsini. Aquella capa, pensó sintiendo que se emocionaba, representaba la esencia de todo lo que una niña podía soñar en la vida, sin saber que un día se volvería realidad.

—Te juro que, si no me haces una exacta, cueste lo que cueste, dejaré de hablarte hasta que me muera y después volveré de entre los muertos para hacerte la vida imposible. Es la cosa más maravillosa que he visto nunca —decía a voces Fellowes mientras se levantaba del suelo sin dejar de suplicar.

—No hace falta que te la haga, ya está hecha —sentenció Elsa.

—No podría aceptarla si es una pieza única, te pertenece porque yo sé bien todo lo que representa para ti —aclaró, arrepentida de haberle suplicado a su amiga que se deshiciese de esa joya.

—Las cosas importantes de la vida son así, únicas, será un honor que tú la tengas para siempre. No hay más que hablar —zanjó Elsa, besando sus labios y saliendo al jardín con la excusa de comprobar los últimos preparativos para que no la viese llorar.

Nada más cruzar las puertas que daban a aquel oasis, donde decenas de pequeñas bombillas ya centelleaban en la última prueba de los operarios, Catalina La Bella se secó las lágrimas y la abrazó.

—¿Has estado espiando a escondidas, tía Cata? —preguntó sollozando.

—No fue mi intención, pero no pude irme porque necesitabas que te abrazara. Yo siempre estaré cuando lo necesites —dijo firme a pesar de las lágrimas.

Y Elsa miró al cielo de París, la tarde ya caía, y soñó que todas esas bombillas les sonreían. A ella, a la tía Cata y al viejo ilustre de su tío Giovanni que las cuidaba desde algún lugar detrás de las estrellas.

Ya había anochecido en el jardín cuando empezaron a llegar los invitados. Las mesas se habían vestido con unas sedas azul marino llenas de estrellas doradas, como aquel primer vestido que se hiciese ella misma para la fiesta de su quince cumpleaños en Roma, a las que las guirnaldas de bombillas arrancaban infinidad de destellos. Elsa estaba terminando de vestir a Daisy Fellowes y a las diecisiete maniquís que desfilarían por el jardín con las prendas más destacadas de la colección *Zodiac* cuando llegó Gabrielle Picabia del brazo de Paul Poiret.

—Qué alegría verte, Paul —le dijo sincera, preocupada por su de sobra conocido declive económico y personal.

—La alegría fue mía cuando llegó tu invitación, querida —respondió emocionado.

—Tu exmarido declinó la suya, pero gracias por permitir que se la mandase. Esta noche tenía que invitaros a todos o no tendría sentido todo lo que os quiero contar de mí después de todos estos años juntos —le susurró al oído, abrazando a su vieja amiga Gaby.

—Si no le hubieses invitado me habrías ofendido —respondió, tranquilizándola y notando el alivio de Elsa.

Esa noche no había compromisos. Ya no los necesitaba. Todas las personas que iban llenando el jardín y sus exquisitas mesas eran amigos, en una u otra medida, aunque para la prensa, apostada en la esquina por la que saldrían las modelos, representaban lo mejor del arte y de la cultura del mundo entero, no solo de París.

Salvador Dalí llegó tan sonriente que a Catalina La Bella se le estranguló la cereza que había cogido de uno de los inmensos fruteros que adornaban la mesa del *hall* de la mansión. Gala había elegido para esa velada un vestido túnica azul noche con esos ojos inmensos, de doradas y exageradas pestañas, que Schiaparelli idealizase un día a través de las pinturas de su esposo.

—Buenas noches, tía Cata, qué placer volver a estar en esta casa. —Besó Salvador con mucha pompa su mano nada más entrar, ante la altiva figura de su mujer, a la que nadie había visto nunca sonreír.

Había velas encendidas por todas partes y un maratón de camareros sirviendo champán francés, vinos italianos y españoles, y todo tipo de aperitivos italianos. Quesos, embutidos, aceitunas aliñadas, tomates asados con orégano, tartaletas de *risotto* de hongos… Nada era al azar. Elsa había declinado un menú francés y había contratado a los dos mejores chefs italianos de la ciudad para que todo lo que sucediese esa noche respirase y supiese a los veranos del palazzo Corsini. Esa noche

Francia y el mundo iban a cenar pasta y *pizza* y a saber lo que sentía el corazón de aquella «Italiana de París».

Catalina se sentó en la última mesa, cuando ya todos los invitados estaban acomodados y una soprano romana empezaba a entonar su ópera. Las luces de la casa se apagaron, dejando el jardín en la penumbra cálida de las velas y las infinitas bombillas sobre sus cabezas. *Zodiac* llegaba para explicar al mundo todo lo que Elsa Schiaparelli era. Los aplausos se sucedían con cada modelo. Elsa veía desde el interior la emoción de muchos de sus amigos. El éxtasis de los invitados llegó cuando Fellowes salió triunfal, con la capa Apolo de Versalles, deslumbrante, enigmática, divina. Se habían puesto todos en pie sin dejar de dar palmas y de vitorearla cuando Elsa salió al jardín a recibir todos aquellos aplausos. Estaba inmensamente feliz y emocionada. E imponente. Con su vestido largo negro en cuya espalda se representaba ese mismo carro del Sol de refulgente oro como el estanque de Apolo en Versalles.

Y de repente se sintió, entre el bullicio de los invitados, como si fuese aquella niña y estuviese en un sueño, los ruidos se hicieron lejanos a su alrededor, las bombillas se volvieron estrellas y el mundo giraba y giraba hasta marearla.

Una brisa tibia había empezado a mecer las guirnaldas, en un chispeante baile que lo llenaba todo de magia, cuando volvió a la realidad. Y mirando al final del jardín, a la mesa de su tía Cata, lo vio. Pestañeó dos veces incrédula. Pero ahí estaba. Los ojos azules de Thistle Bloom lo iluminaban todo.

Thistle seguía oliendo a dulce, como de niño. Despertar junto a él en vez de confundirla la devolvió a sus raíces. A todas esas cartas de los primeros años, a la libertad de sus vidas, a las confesiones de sus romances sin sexos definidos, a Roma, a Santa Maria in Trastevere, a Londres y aquel pequeño patio con jardín en el que se habían vuelto a enamorar el uno del otro en alguna medida.

Pudo escuchar a los pájaros carpinteros hacer sus cabañas en los viejos árboles del palazzo Corsini y oler las flores dulces de las madreselvas, las begonias rosas y las damas de noche. El vibrante rosa de las buganvillas, que ella había idealizado muchos años después con la fascinación del diamante Cartier de Daisy Fellowes, también vivía en su memoria a la vera de aquellas tapias que separaban el palacio de la realidad, en las calles animadas y descaradas del Trastevere de una Roma a la que ya, aunque quisiese, no podía volver porque nada de ellos quedaba en ella. Pero recordarla con tanto amor le llenaba el alma de bondades.

Imaginó a Catalina La Bella rezando por ella, arrodillada bajo la *Asunción* de Domenichino mientras su madre maldecía por sus continuas travesuras. Porque, para ella, en la memoria, solo habían sido travesuras de niña díscola y soñadora, a pesar de aquel encierro en Suiza por un poemario del que tenía también la culpa el bueno de Thistle. Su madre nunca supo comprender la libertad del sexo que se contaban aquellos jóvenes. Elsa, aunque entonces no la comprendiesen, sabía que aquello era amor, no un simple deseo carnal por el primer hombre guapo que la besaba y le escribía cosas picantes. Bloom era como las guindillas suaves en los chocolates tropicales. Tenía un punto picante dentro de su inmensa dulzura. Y eso la seguía hechizando, aunque transcurriesen los años como un ciclón incontrolable.

Se volvió a pasar horas mirándolo mientras dormía, imaginando en las pecas de su espalda desnuda las constelaciones. El tío Giovanni las pintaba en sus cuadernos. Ella en sus chaquetas y vestidos y, cuando podía, en la piel suave de su pecoso favorito en el mundo.

—Jamie, Jamie —le escuchó susurrar mientras roncaba, casi en un ronroneo, profundamente dormido. Y el mundo de Elsa se detuvo un segundo, sin dramas ya porque la vida le había enseñado todo, para comprender que no podía retenerlo a su lado y que debía dejarlo ir hasta que él decidiese volver. Cuando fuese. No tenía prisa. Ya nada le corría prisa en la vida.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —preguntó ronco, estirándose

en la cama al despertar.

—Toda la vida —respondió ella con los ojos brillantes.

—¿Has llorado? ¿Qué te pasa, Schiap? —se incorporó preocupado.

—Me pasas tú, pero también le pasa eso a Jamie. Y no quiero que nada cambie tu vida ahora, sé que eres feliz.

—La felicidad no es más que un estado que va y viene —puntualizó, cogiendo a su amiga de las manos y tirando de ella hasta tenerla entre sus brazos.

—Júrame que nunca desaparecerás —le pidió, notando aquel perfume de su piel capaz de desarmarla en un instante.

—Te lo juro —mintió, y cruzó los dedos por la espalda, sabiendo que si cumplía su promesa él no podría vivir con libertad su amor con Jamie, y que sería capaz de esperarlo porque sabía que un día volvería.

Y entendió una vez más toda aquella generosidad de su tía Cata al mentir para renunciar a los deseos propios y que él fuese feliz.

1939

Todos decían que en cualquier momento estallaría la guerra y París se convertiría en el centro de una diana donde bombardear los odios de un mundo que a Elsa se le antojaba tan asqueroso y separatista que perdía los papeles en cualquier discusión política.

La colección de primavera-verano de aquel triste 1939, después de *Le Cirque* y sobre todo de su mundo soñado a través de *Zodiac*, había dejado tan atrás los bordados ricos de oro, los colores, su *shocking pink* y sus mundos oníricos que parecía que hubiesen pasado cien años en vez de uno. El tafetán marrón y los camuflajes invadían las prendas de Schiaparelli.

Elsa se detuvo una mañana en mitad de la calle en seco, cortando el paso y hasta la respiración de Catalina La Bella. En la entrada del cabaret-bar Le Boeuf sur le Toit, que había ido perdiendo fuelle con los años y los traslados de local en local, un cartel anunciaba un *show* para combatir la incertidumbre de la inminente confrontación mundial.

CONFIE TOI À LA BLONDE, CAR LA VIE ÉTERNELLE EST UN CABARET

Así rezaba el cartel en el que una rubia de espaldas, con un salto de cama de seda rosa y mucha imaginación, sujetaba en su mano derecha una toca de monja. El título del *show* lo decía todo: «Encomiéndate a la Blonde, porque la vida eterna es un cabaret».

—¡Qué horror! ¡Qué blasfemia! —exclamó la tía Cata, persignándose.

—Con lo que tú has sido, tía Cata, ¿cómo puedes santiguarte por algo así? —le recriminó Elsa.

—Yo he sido libre en mi vida, sí. Pero libertad y libertinaje no son la misma cosa. ¿Necesitas que te lo explique a estas alturas? —preguntó ofendida.

—Tenemos que venir. Dime que me acompañarás y te lo contaré todo —suplicó Elsa sin soltarse de su brazo.

—Me niego a ver semejante depravación —le espetó Cata.

—Si no vienes conmigo, nunca sabrás lo que te iba a contar.

—¿Me estás chantajeando? —volvió a molestarse.

—Así es —sentenció, descarada.

A la entrada del cabaret-bar Le Boeuf sur le Toit, dos noches después, Catalina La Bella y Elsa Schiaparelli se encontraban con aquel grupito de juerguistas que habían formado Picasso, Dalí, Man

Ray y Picabia, que no se perdían una noche de jarana.

—Qué sorpresa es comprobar que a mujeres de buena reputación les gusta el arte del cabaret —dijo con mucha pompa e ironía Pablo Picasso, generando una risotada colectiva entre los hombres que aguardaban en la puerta fumando sus cigarrillos y sonrojando a Catalina hasta el extremo.

—La misma sorpresa es para nosotras que ustedes acudan sin sus mujeres. ¿A ellas no les gusta el arte del cabaret o es que no entienden de arte? —La mordaz pregunta de Cata silenció en seco las risas de todos menos la de Picasso, que soltó una sonora carcajada.

Dalí sonrió dubitativo, mirando a Elsa a los ojos después de un largo tiempo sin verse.

Cinco minutos antes de que se apagasen las luces, llegó Coco Chanel, con su eterno cigarro cosido a sus labios rojos, y se sentó en la mesa de los hombres. Elsa ya no tuvo ninguna duda de lo que se iban a encontrar en cuanto se abriese el telón de terciopelo rojo que habían dispuesto en el simulado cabaret de la Blonde. Y así fue. Allí apareció de nuevo en su vida, en carne mortal, con sus kilométricas piernas, su mechón rubio lacado a conciencia y un deshabillé de encaje negro que Chanel había cosido a mano y bordado con diminutas flores de cristal, la que fuera en la Suiza de su calvario la madre reverenda. Cristine Dubois se hacía más tangible que nunca y se mantenía lozana como si esos treinta últimos años no hubiesen pasado por cada centímetro de su piel.

Cuando ya todos aplaudían y antes de que los hombres se levantasen a cotillear, Catalina La Bella, que ya estaba al corriente de toda la historia y que no podía cerrar la boca de asombro, se levantó bruscamente y tiró de su sobrina hacia la puerta. Al pasar, antes de rebasar la mesa en la que aún permanecían Dalí y Coco en distendida charla, Chanel miró por primera vez en la vida a los ojos de «la Italiana» y sonrió con un guiño amable que a Elsa Schiaparelli volvió a enternecerla. Y constató, no hacía falta que el mundo ya lo supiera, que aquella mujer la admiraba mucho más de lo que la odiaba.

Salieron a la calle, Catalina muda y perpleja, y un avión de caza militar cruzó el cielo nocturno de París como el más certero presagio de la guerra.

1940

14 de junio de 1940
París

El mismo día que los periódicos de Europa contaban al mundo que París había caído, un año después de que Francia le declarase la guerra a Alemania, Elsa se despertó con una única idea en su cabeza: huir. No sabía bien ni a dónde ni cómo pero sí que tenían que abandonar ese París asediado y convulso que no era bueno para ellas ni para Gogo, que cumpliría al día siguiente veinte años, pero seguía siendo su niña eterna, a la que mantenía alejada de su vida pública con el deseo férreo de protegerla del mundo por encima de todas las cosas.

—Volvemos a Nueva York, tía, haz las maletas para un tiempo —dijo como un torbellino, entrando en la alcoba de Catalina La Bella y abriendo las cortinas y los balcones de par en par para que respirase el perfume crudo de una ciudad que olía a conflicto y desesperación.

—¿Hasta cuándo? —preguntó ella, saltando de la cama y poniéndose su bata sin perder su coquetería natural.

—Hasta que termine esta maldita guerra que maldigo por muchas cosas —gritó Elsa.

—Todos la maldecimos, pero es lo que nos toca vivir. Nosotras no escribimos la historia, cariño —intentó calmarla su tía.

—¿Por qué tuvo que empezar un 1 de septiembre, con todo lo que significaba para mí ese mes? —maldijo, de nuevo a gritos, al destino. Y en ese momento en que se abrazaban y entraba Gogo en la habitación —se había hecho una mujer y casi ni se habían dado cuenta—, comprendió que Nueva York, esa ciudad de la que un día habían huido nada más nacer aquella niña, sería de nuevo su refugio hasta que Europa volviese a ser un lugar sereno.

Esa misma noche, antes de guardar sus últimos enseres personales y su caja de los secretos, escribió a Thistle Bloom.

Querido Thistle:

Hace veinte años volví de Nueva York huyendo de mi pasado y ahora, las cosas que tiene la vida, vuelvo allí a recuperar el sosiego. Solo será por un breve tiempo, hasta que se tranquilice todo en París. Te escribiré de nuevo en cuanto llegue para que sepas adónde mandarme la correspondencia.

Espero que esté todo bien por Escocia y que Jamie y tú sigáis siendo muy felices.

Te quiere, tu amiga,

Schiap

Elsa firmó la carta con un corazón herido, apagó la luz y se metió en la cama a oscuras para no ver todo ese mundo que había creado en París y que ahora abandonaba sin saber muy bien hasta cuándo.

DESENLACE

1962

10 de septiembre de 1962
Maison Schiaparelli
22, rue de Berri, París

Esa mañana de un 10 de septiembre más, tantos años después que ya ni recordaba su memoria, Elsa se vio ante el mismo escritorio de laca china que hacía las veces de tocador en su baño y en el que le gustaba sentarse a escribir y a leer la prensa y la correspondencia. Sobre él, en un jarrón de porcelana inglesa, habían puesto en agua fresca las flores de cardo que Thistle mandaba cada 10 de septiembre desde Escocia. Le seguía fascinando que nunca se demorasen.

Durante los últimos veinte años, desde ese otoño de 1945 en el que había acabado la Segunda Guerra Mundial y habían vuelto de Nueva York a aquella casa que un día comprase para la eternidad, no había pasado nada, se intentaba decir. O al menos nada que fuese más importante que el remanso de paz que le provocaba leer en su biblioteca, que había ido formando con el tiempo, y en ese jardín que tantas glorias le había proporcionado en sus colecciones históricas a finales de los míticos treinta.

No había pasado nada más destacable que cada una de las cartas que seguían cruzando ella y Thistle Bloom semana a semana, como si el teléfono no existiese y su romance de vida solo viviese entre las líneas de esas misivas que ella escribía cada lunes esperando su respuesta con devoción.

Pero la verdad es que fuera de ese pequeño universo del 22 de la rue de Berri, con sus cartas, sus libros y sus obras de arte, la vida sí había cambiado. Eso pensó en cuanto salió al jardín y vio a aquella anciana guapa y arreglada, con el pelo recogido en un moño hueco y muy alto con dos púas exquisitas de carey sujetando su perfección, pero enjuta y arrugada en la que se había convertido Catalina La Bella.

Definitivamente sí, la vida sí había cambiado algo, pero solo en lo material. Ni ya eran las ricas de antaño, ni la sensación de la moda en París. Elsa era consciente de todo lo que había perdido de su imperio tras una posguerra que había diluido muchas de las grandes fortunas de Europa. Coco Chanel volvía a resurgir de sus cenizas justo cuando ella se apagaba. La vieja arpía de Coco, aprendiz de lencería a las órdenes de aquella monja cabaretera de su encierro suizo. Sí, mirase por donde mirase, la vida había cambiado mucho.

Pero observó a su tía mientras se acercaba hasta ella y entendió que si algo no había cambiado era la emoción por la vida, un simple jardín

al sol, la salud y una caja de los secretos que ellas tenían repleta de amor.

—¿Cómo estás, niña? —preguntó Catalina, abriendo bajo el sol sus infinitos ojos azules.

—Pues igual que ayer, tía, echando de menos a Gogo y algo de bullicio. —Se sentó en una de las butacas de mimbre que tenían puestas siempre de cara al sur.

—Nos hemos hecho viejas —dijo Cata con una risita de complicidad, y contempló cómo el tiempo había convertido sus manos en un manojo de pellejos.

—Tú más que yo —aclaró Elsa, mirándola de reojo, sabiendo que no tardaría en protestar, aunque ni se inmutó.

—¿Sabes lo que me apetecería hoy? —preguntó la anciana al poco rato.

—Sorpréndeme —le dijo Elsa sin dejar de observarla, admirada de que cada mañana se vistiese como si fuese a salir a la calle y los años no hubiesen pasado por su cuerpo.

—Hace siglos que no vamos a comer al café de Flore y nos emborrachamos. —Y miró a su sobrina con aquellos ojos que seguían siendo inmensos.

Elsa se quedó parada un segundo, contando con los dedos bajo la mesa del jardín los casi noventa años que intuía que tendría su tía, porque siempre había sido un secreto que nadie se había atrevido a resolver.

—¿Pretendes emborracharte a estas alturas sin morirte? Será una broma —se mofó con una risotada que a Catalina no le hizo ni pizca de gracia.

—¿Qué te apuestas a que te vuelvo a tumbar? —la retó sin miedo, mirando desafiante a los ojos de su sobrina.

—Supongo que estás de guasa. Dime que sí o pensaré que has perdido el poco juicio que debe quedarte —volvió a mofarse Elsa.

—Tú no eres mucho menos vieja que yo, así que no sé por qué crees que puedo estar de guasa, bonita. —Alzó la voz, demostrando que la conversación empezaba a molestarla de verdad.

—¡Pues como mínimo veinte años menos! —exclamó intentando sonsacarla.

—No había cumplido los veinte cuando naciste —dijo sin tener que pensarlo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque Thistle y tú nacisteis el mismo año. Créeme que no me voy a olvidar de eso hasta que me muera. —Alzó la voz de nuevo, y Elsa mantuvo la mirada buceando en aquel océano azul que seguía viviendo en las retinas de su tía.

—Pues si yo soy tan vieja que hoy cumplo setenta y dos quiere

decir, querida tía, que tienes noventa y dos añitos. —E hizo con los dedos la cuenta de la vieja ya sin esconderse, notando cómo se le encendían los mofletes.

—Qué horror, seguro que has sumado mal, me temo que estás demasiado vieja y te baila la memoria —sonrió Cata sonrojada.

—Lo que tú digas, pero si quieres ir a comer, hagámoslo. Si te mueres en el intento, ya te tiraré al Sena, no te preocupes —le anunció Elsa, mirando por el rabillo del ojo a ver cómo reaccionaba.

—Quien pierda la apuesta paga la cuenta. Voy a pintarme los morros, no tardes —dijo la anciana. Se puso en pie y se encaminó enérgica hacia la casa.

—Trato hecho, ¡qué narices! —Dio un brinco y corrió hacia su alcoba para acicalarse, pensando que no había un día mejor que ese para celebrar que seguían vivas.

En París apretaba el calor aún esa primera quincena de septiembre y solo hizo falta una llamada de la mansión Schiaparelli para que la mesa más fresca y ventilada del Flore fuese para una de sus clientas más ilustres en las últimas décadas. Cuando llegaron había flores frescas en la mesa y un tarjetón en el que se leía «Reservada con gusto para nuestra ilustre *madame* Schiaparelli».

El café de Flore no había cambiado nada, eso sí era una realidad. Sus mesas eternas de mármol seguían ahí, perfectamente alineadas e impolutas. Habían pintado recientemente sus antiguos pies de hierro de un verde oscuro que a Elsa le recordó a las praderas que Thistle le describía desde Escocia.

Cuando apareció Fabian, su *maître* de siempre, Elsa se levantó emocionada y se abrazó a él como jamás había hecho. Notó en aquel hombre, al que siempre habían calificado de seco y poco alegre, la misma emoción.

—*Madame* Schiaparelli, qué honor tan grande es volver a verla y saber que están ustedes tan bien —dijo nervioso, estrechando la mano que Catalina La Bella le tendía.

—No sabía si seguiría usted aquí —le devolvió ella el honor.

—Llevo muchos años jubilado, pero me encuentro tan bien de salud que, cuando vienen clientes ilustres como usted, el chiquillo me llama y vengo encantado para servirles —dijo con los ojos brillantes.

—Pues que sepa usted que verle, Fabian, es lo más bonito que nos ha pasado en los últimos tiempos —apostilló ella, volviendo a sonreír.

—Muchas gracias, *madame*, me honra de verdad. Si me permiten, hoy tampoco les voy a traer la carta. Hoy invita la casa y les pido que me dejen elegir por ustedes. El chiquillo ya les está preparando sus cócteles —dijo con una pequeña inclinación y retirándose.

El chiquillo, como le seguía llamando Fabian, era ya un hombretón con los cuarenta y cinco cumplidos, pero seguía teniendo la misma

agilidad y esa sonrisa blanca y fresca que Elsa recordaba con nitidez.

—Les traigo sus primeros dry martini, *mesdames*, encantadísimo de volver a verlas por aquí, siguen ustedes siendo nuestras clientas más elegantes y bellas. Y las favoritas del jefe —manifestó con un guiño de ojo que a Catalina le provocó un inmenso placer.

—Lo mismo te digo, chiquillo guapo —respondió ella igual de pletórica—. Si me emborracho, no me regañes. Si me caigo, que me entierren en el jardín de casa mirando al sol del sur. —Sonrió después levantando la copa, como antaño, y tragando de un golpe la mitad de su cóctel.

—Si no te emborrachas conmigo te dejaré aquí sola, tía —rio Elsa, levantando la suya y tomándosela entera de un trago. Volver a sentir la ginebra y el vermú quemando la garganta hasta el estómago fue un chute de energía que fueron repitiendo hasta que Catalina, más sabia ya por vieja que otra cosa dijo basta.

—Seamos cuerdas, aunque sea por viejas —se esforzó en vocalizar cuando el alcohol ya empezaba a hacer estragos.

Y aquellas dos mujeres, que habían caminado juntas desde que Elsa nació, terminaron de comer todas aquellas exquisiteces que Fabian les había preparado como un regalo lleno de vida.

—Llegó esta mañana esta carta —confesó la tía Cata, abriendo coqueta su bolso y dejándola sobre el mantel.

—¿Por qué no me la diste en casa? —preguntó perpleja.

—Porque pone bien claro que no la abras hasta el 25 de diciembre, así que de nada te habría servido conocer unas horas antes su existencia —respondió sin dudar.

—¿Y qué voy a hacer hasta Navidad? Quedan más de tres meses —protestó.

—Vivir. ¿Tienes algo mejor que hacer? —sentenció la tía.

Elsa cogió el sobre, pasó el dedo por encima de la letra clara de Thistle Bloom intentando intuir qué misterio escondería aquella misiva, tan diferente a las demás, y se bebió el fondo que le quedaba de martini. Después untó ese mismo dedo en el azúcar caramelizado que quedaba pegado en su plato de postre y se lo chupó sin prisas, como una chiquilla.

La brisa de París nunca dejaba de revolear las flores de las viejas macetas de aquel café de amigos, comilonas y confesiones.

12 de diciembre de 1962
69, rue de Lille, París

—Amiga, te necesito —lloró desconsolada Daisy Fellowes al teléfono esa mañana invernal de París en la que, una vez más, había vuelto a fracasar en el amor.

Cuando Elsa llegó a la casa, envuelta misteriosamente en una de sus capas de zorro y con un turbante con un broche que simulaba los surrealistas relojes blandos de Dalí, le abrió la puerta una doncella que caminaba tan torpe y lenta delante de ella que tardaron media vida en alcanzar el vestidor, esa sala descomunal en la que la leyenda Daisy recibía a sus amigos, entre una multitud de carros de ropa con todas las joyas de la alta costura que uno pudiera imaginar.

—Me habías asustado. Pensaba que te iba a encontrar en la cama, moribunda o borracha, vete a saber —manifestó enfadada Elsa, pero aliviada de verla espléndida, con su traje de chaqueta de dos piezas, su cinturilla de avispa y esas piernas que, en vez de setenta y dos años —tenían la misma edad—, parecían de una treintañera.

—¿Qué querías, que te recibiese ebria y gritando desde los balcones como hacía Chanel cuando tu amiguito Salvador se largaba y la dejaba tirada para ir a verte? —dijo ronca, con la lengua torpe y los labios pastosos, pero sin perder la ironía.

Elsa se dio cuenta de que sí estaba borracha y supo que algo mucho más grave de lo que creía estaba pasando. Se quitó la estola de piel y los guantes, se sentó junto a ella en uno de los divanes y la abrazó cuando rompió a llorar.

—Cuéntamelo todo —le susurró al oído mientras la mecía, como si fuese una niña pequeña e indefensa.

—De nada me serviría ahora soltarte todo el veneno que llevo dentro —balbuceó.

—Te serviría mucho más que emborracharte sola y que la única persona cuerda cerca para ayudarte sea una doncella que tiene más años que Notre Dame —soltó sarcástica.

Daisy se incorporó en el sofá, encendió un cigarrillo, se lo pasó a Elsa y se encendió otro.

—Pensé que odiabas el tabaco a esta edad.

—Lo odio. Y la ginebra. Y ya me ves. —Soltó una loca carcajada y llenó dos copitas de bohemia con esa ginebra perfumada que siempre tenía en sus licoreras.

—Solo me la beberé si me cuentas ya de una vez qué te sucede —prometió, y cuando vio que asentía brindaron y apuraron sus copas de

un trago.

Daisy empezó a desnudarle su alma una noche más. Duff Cooper, el embajador británico en Francia había sido su amante más sonado. Todo París lo sabía desde que el mundo era mundo. Pero pocos conocían que aquella mujer de impactante magnetismo y fuerza escondía en su interior a un ser delicado y frágil en el que siempre se había visto reflejada. Tras Cooper, una lista innumerable de hombres y mujeres habían bebido de su fama y su fortuna para después dejarla abandonada a la deriva.

—No sé odiarlos, ni a ellos ni a ellas —dijo entre lágrimas.

—No lo hagas. El odio solo te dañará a ti porque ellos nunca sabrán que los odiabas. Hazme caso. —Secó su cara y sonrió antes de que Daisy la besara, como haría ella misma años atrás justo antes de salir al jardín para presentar su colección *Zodiac*.

—Tú eres la única que siempre me ha amado, sin condiciones, sin prejuicios. —Daisy se enjugó las últimas lágrimas.

—Hay mil formas de amar, Daisy, lo importante es no ponerle nunca nombres, ni etiquetas al amor, sea en la medida y forma que sea —concluyó con una sonrisa que su amiga aceptó, acurrucándose en el sofá medio dormida ya, borracha pero más serena y feliz de haberla escuchado.

Elsa salió de esa casa sabiendo que a Daisy Fellowes le habían roto tantas veces el corazón que cualquier día la perderían, pero satisfecha de haber acudido a su llamada.

En la madrugada del 13 al 14 de diciembre a Daisy Fellowes se le paró el corazón.

No habían pasado más de diez horas cuando Elsa Schiaparelli volvía a enfundarse la estola de piel y los guantes para atravesar el gélido invierno de París y llegar hasta aquella casa de la desdicha. Lo había hecho sola, igual que la noche anterior, para no contarle a la tía Cata semejante desgracia y ahorrarle un sufrimiento innecesario.

Entró al vestidor y se la encontró tal cual la había dejado. Acurrucada bajo la manta, serena y con una sonrisa final que a Elsa se le quedó grabada para siempre. Permaneció ahí largo rato en silencio, velando a su amiga hasta que llegaron los operarios del servicio funerario y salió de la casa erguida, para que nadie viese que estaba rota por dentro. Rota por perder a una mujer con la que compartía mil cosas desde su llegada a París. Rota también por ser testigo de un adiós tan vacío. Nadie había llegado aún a su vera para despedirla.

Caminó en silencio durante horas por la ciudad, dando vueltas desconsolada, recorrió todos esos lugares que a menudo frecuentaba con ella y se sentó, derrotada, frente a esa torre de Eiffel, notando su inmensidad hacia el cielo y cómo el invierno parisino congelaba sus lágrimas. Hasta que no se calmó y supo que podía enfrentarse a ello no volvió a casa.

—¿Dónde estabas, niña? —preguntó molesta la tía Cata según entró Elsa por la puerta principal.

—Necesitaba hacer algunos recados —se justificó sin convencer a la vieja Catalina, que la miraba fija.

—¿Qué recados ni qué líos si vienes con las manos más vacías aún que cuando te fuiste? —la interrogó, cortando su paso y levantando su cara con su mano para mirarla de frente—. Has estado llorando desde que te fuiste. Lo sé. Tienes los ojos hinchados como esos peces muertos del Sena —aseguró enfadada.

—Es por el frío que hace en la calle, tía —se excusó de nuevo.

—¿Desde cuándo el frío provoca heridas en el alma?

—Es frío y nada más, de verdad, tía —insistió.

—Es el frío doloroso que provoca la muerte de los que queremos —soltó sin más tapujos Catalina.

—Pero… —balbuceó.

—Ni pero ni nada.

Se hizo un silencio entre las dos justo antes de que se abrazaran.

—No me trates como a una vieja decrépita. Soy vieja, estoy arrugada como una uva pasa, pero tengo el cerebro en pleno

funcionamiento todavía. Y el oído también. Tan pronto te fuiste escuché a la doncella chismorrear con el cartero. Medio París debe saber ya a estas horas de la tarde que ha muerto Daisy Fellowes —dijo sin soltarla de sus brazos.

—Ayer tuve un presentimiento, pero no me despedí de ella —consiguió decir entre sollozos.

—Pero tuviste suerte, cariño, de ser la última persona que estuvo allí. Ella sabrá recompensártelo. Ya lo verás —sentenció.

Y Elsa pensó en aquel último beso y en su amiga abatida por las fatigas del amor y quiso creer que se había ido feliz de saber que siempre la había tenido a su lado.

24 de diciembre de 1962
22, rue de Berri, París

La mañana de Nochebuena, once días después de que Daisy Fellowes muriese repentinamente con setenta y dos años en el 69 de la rue de Lille, llegó a la mansión Schiaparelli una inmensa caja de terciopelo burdeos con una gran lazada de seda rosa.

Elsa la deshizo nerviosa y al abrirla se encontró con una carta de ordenadísima letra y otras dos cajas más, forradas de raso fucsia.

Querida Schiap:

Sé que esto no lo necesitas porque tú ya conseguiste ser el sol más luminoso y el diamante más vibrante de todo París, pero si has recibido esta misiva, que forma parte de la caja de mis secretos, como tú me enseñaste a llamarla, es porque yo ya me habré ido repentinamente.

Quiero que sepas que has sido amiga, mi confidente y mi inspiración en todos los momentos importantes de mi vida de adulta y que me habría fascinado serlo también desde tu infancia para estar en todas esas noches que tantas veces me contabas del palazzo Corsini y del tío Giovanni. Cuida mucho a la tía Cata, ella va a ser tu talismán hasta cuando ya no esté.

Y ojalá, te lo deseo desde lo más profundo de mi corazón, vuelvas a reencontrarte con Thistle Bloom una y mil veces hasta el final de vuestros días.

Una vez me regalaste tus sueños de infancia, lo más preciado de ti, en esta capa que hoy te devuelvo con todo el amor del mundo. Gracias, amiga, por ese gesto que me enamoró de ti para siempre.

Recuerdo que definiste mi Cartier como «brillante, imposible y descarado». Lo que nunca te dije de esa piedra es que no la compré con mi herencia, como todo el mundo creía. Lo adquirió mi madre un año antes de quitarse la vida. Ella me dejó escrita una simple nota que verás dentro de la caja más pequeña. Quiero que sean para ti.

Te quiere mucho, hasta la eternidad,

Tu amiga Daisy

Elsa se secó las lágrimas con la manga de su bata de seda y se apresuró a abrir las cajas rosas. Sacó de la grande la capa Apolo de Versalles de su colección *Zodiac*, olía a ella, y se la puso por encima. Después abrió la pequeña.

Daisy, hija mía, custodia este diamante rosa hasta que te mueras, no necesitas de él su valor económico sino la fuerza que solo pueden darnos las personas que nos aman sin condiciones ni medidas. Dáselo, pues, cuando llegue tu final, a otra persona a la que ames y te ame tanto como para saber que nunca lo venderá.

Mamá

Elsa besó las dos cartas, se las apoyó en el corazón y rompió a llorar sin consuelo, respirando profundo para no ahogarse en su propio llanto, pero sintiéndose inmensamente feliz y orgullosa de haber tenido a Daisy Fellowes en su vida.

En París, el cielo se había vestido de blanco repentinamente y empezaba a nevar sobre los viejos tejados de pizarra de la ciudad.

El día de Navidad Elsa se despertó ansiosa por abrir aquella carta que Thistle Bloom había mandado el 10 de septiembre y en cuyo sobre había escrito con tinta roja «No abrir hasta la mañana del 25 de diciembre».

Querida Schiap:

Anoche soñé que nos besábamos en un puente y que volvíamos a estar juntos. Sé que te hice mucho daño con toda mi historia con Jamie. No pude mentirte, tú conoces mejor que nadie en el mundo todos los rincones de mi corazón.

La vida, a menudo, nos pone estas pruebas. Yo espero haberla superado antes de Navidad.

No sé en qué ciudad estaba el puente en el que nos besábamos en el sueño, no he podido recordarlo. Solo sé que me gustó ese beso mucho más que nunca y que te echo de menos. Así que te propongo que nos vayamos juntos de viaje para recordar lo que un día fuimos y poder olvidar a Jamie. Te dejo que elijas el lugar. Es fácil, todas las ciudades del mundo tienen un puente que cruza un río.

Te quiere, tu cardo florecido,

Thistle Bloom

No supo distinguir si lloraba de tristeza o si reía. Quizá eran ambas cosas porque cuando se levantó de su escritorio volvió a sentir un vacío inmenso por todos esos años que no lo había tenido cerca. Pero quién le decía que eso iba a cambiar porque él ahora le propusiese volver a empezar.

Se sentó en la salita junto a la tía Cata, que leía en silencio y con cara de emoción las páginas de un antiguo ejemplar de *Madame Bovary*.

—¿Qué sucede, niña? —preguntó mientras doblaba la esquina de la página y cerraba el libro sobre su regazo. Nadie como ella conocía mejor los silencios de Elsa.

—No lo sé, la verdad. —Le tendió la carta.

—No pienso leer una carta que no va a mi nombre —se excusó, apartando el sobre sobre el sofá.

—No digas tonterías, tía Cata, te morías por saber qué decía desde el mismo día que llegó. ¿Ahora te vas a hacer la purista? —Volvió a tenderle el sobre rasgado.

—No pienso hacerlo —refunfuñó.

—Si no la lees, no sabré qué debo hacer. Y si no sé qué hacer, tendré que bajar hasta el Sena y tirarme a sus aguas con los pies atados a una piedra —dijo seria, a pesar de saber que no se la colaría a su tía.

—Si lo haces, no te tires con las botas nuevas, que me costaron una fortuna —contestó igual de seria, volviendo a abrir el libro por la página doblada.

—Ya está bien, Catalina La Bella —gritó su nombre pronunciando a

conciencia cada una de las letras.

—Con tal de no escucharte lloriquear todo el santo día soy capaz de leerla y hasta de tirarme contigo al río —protestó, arrancando de sus manos la dichosa carta y leyéndola en voz alta—. Ni se te ocurra responder, o te hará sufrir mucho más de lo que lo hizo el loco de Salvador Dalí —soltó de golpe después de un silencio hondo, en el que Elsa pudo escuchar hasta los latidos del corazón de su vieja tía.

Y comprendió que solo había una forma de no volverse loca, a pesar de todo lo que deseaba de Thistle Bloom. Se levantó del sofá y echó la carta al fuego, por primera y única vez, sin guardarla con las demás en la caja de sus secretos.

1973

11 de noviembre de 1973
22, rue de Berri, París

La misma mañana que a Catalina La Bella le daban la extremaunción en la habitación azul de la maison Schiaparelli y de que empezase a no levantarse de la cama porque, como ella misma decía, ya había cumplido de sobra con la vida pasados de largo los cien años, Elsa se armó de valor y llamó a Thistle Bloom para pedirle que viajase a París.

—Necesito que vengas, necesito tu ayuda en un tema personal de absoluta urgencia —le suplicó por teléfono, intentando controlar la respiración para no romper a llorar, pero sin conseguirlo.

—¿Qué te pasa, Schiap? No me asustes, por favor —susurró aterrorizado su viejo amigo desde el otro lado de la línea.

—Estoy bien, no te alarmes por mí, pero te necesito aquí a mi lado esta misma tarde para un asunto crucial, no me hagas pedírtelo de rodillas —balbuceó sin dejar de llorar.

—Ahí estaré, te lo prometo.

Cuando Thistle cruzó el umbral del 22 de la rue Berri, Schiap no vio al anciano de ochenta y tres años, ni siquiera al hombre sano y ágil que aún vivía en ese cuerpo encogido y arrugado por el paso del tiempo. Elsa solo quiso ver a ese niño fuerte y sonriente, con las mejillas llenas de pecas y los ojos vivos de un azul intenso, del que se enamoró sesenta y nueve años atrás. Y se abrazó a él con las mismas ganas de entonces de estar entre sus brazos.

—Tengo que contarte algo, quiero que me perdones por no haberlo hecho antes. Prométeme que después no me odiarás —le susurró al oído nerviosa.

—Nunca podré odiarte, querida Schiap, tú lo sabes bien. Has sido y serás, a pesar de todo, el amor más certero de mi vida —le respondió él, aflojando el abrazo para poder mirarla a los ojos.

—Y tú vas a serlo de la mía hasta cuando ya no estemos en este mundo. Por eso, hoy, necesito que te despidas de alguien que está a punto de partir —le anunció temblorosa.

Y después de saltarse la promesa que le había hecho tantos años atrás a su tía y de contarle todo a su amigo, abrazados durante más de una hora llorando juntos, Thistle Bloom entró en shock en la habitación de Catalina La Bella antes de que dejase de respirar definitivamente. Siempre había soñado con conocer a su madre, sin saber que ya lo había hecho la misma noche que Schiap cumplía los quince años, en los jardines del palazzo Corsini.

La miró a los ojos, tan azules como los suyos, tan llenos de amor, y cogiendo su mano le susurró tranquilo.

—Te quiero, mamá, te he querido toda mi vida sin saber que estabas tan cerca. Y te querré hasta la eternidad por ser tan valiente y tan generosa. —Y vio cómo su madre le miraba y le sonreía feliz, entornaba por última vez sus infinitos ojos azules y se marchaba para siempre.

Elsa se abrazó de nuevo al viejo Bloom delante del lecho de Catalina La Bella.

—Hace diez años soñaste que me besabas en un puente y me dijiste que querías viajar conmigo a donde fuese.

—Pero nunca me respondiste —frunció el ceño.

—Me dijiste que eligiese el destino que quisiera porque todas las ciudades del mundo tienen un río que las atraviesa.

—Así es. Pero jamás obtuve la respuesta —insistió testarudo.

—Pues he elegido París, con su Sena, para empezar lo que nos quede por delante.

Pudo ver las estrellas cuando Thistle Bloom la besó de nuevo tantos años después. Y ese olor dulce de la piel de aquel niño feliz de antaño volvió de golpe a llenarle los pulmones de amor y de vida.

13 de noviembre de 1973
22, rue de Berri, París

Todos tenemos una caja de los secretos en algún rincón de nuestra casa y de nuestra alma. Yo he ido guardando en la mía durante estos últimos ochenta y tres años pequeñas cosas que hablan de mí, de mis amores, de mis recuerdos, de mis más vulnerables nostalgias. Tienen mucho más valor por lo que representan en mi corazón que por lo que pagarían los viejos y astutos joyeros de esta ciudad.

Lo único material que me queda de mi madre son estos pendientes y esta sortija de brillantes rosas, son tan puros que siempre me resultaron exquisitamente obscenos. Era una premonición que el rosa fuese el protagonista de mi vida. No sé si para recordarla a todas horas, con toda la dureza de su temperamento y su genio, o para endulzar los recuerdos hasta convertirlos en los más bonitos del mundo a pesar de todas las tragedias.

Pocos días después de morir mi amiga Daisy Fellowes llegó a casa este diamante rosa impactante de Cartier. Ella decía que aquella piedra era tan fuerte como yo. Sé que todos me han visto fuerte, valiente y dura en esta vida. Pocos saben que he sido tan vulnerable como esas flores del cardo que viven frágilmente unos pocos días, a pesar del aspecto tosco y rudo de su planta espinosa y fea. Tú lo sabrás todo ahora, hija mía, y espero que me entiendas mejor aún.

Del tío Giovanni tengo este viejo reloj brújula de bolsillo de oro. Supongo que todo lo demás, que no importa, puede vagar de un cajón a otro, de una casa a otra, de país en país, sin miedo a perderlo o a que te lo roben, pero este reloj ha sido mi guía durante más de setenta años para encontrar el norte una y otra vez en mi vida. Si cierras los ojos y escuchas su tictac puedes ver, y hasta tocar, las estrellas.

De Thistle Bloom he conservado todas estas cartas a lo largo del tiempo. Él ha sido y será para la eternidad el hombre de mi vida.

Por eso, todo lo que sí me importa, aquello que podría hablar de mí dentro de muchos años cuando yo ya sea tan solo un recuerdo lejano en algunos libros empolvados de moda de una vieja librería de París, está en esta caja mía de los secretos. Si hoy estás leyendo esto, Gogo, hija mía, será porque ya es tuya.

Te dejo todo lo que importa de mí. No lo material, no. Todo lo que soy y el recuerdo secreto de todo lo que he sido y de lo que he amado.

Te quiero por y para siempre,

Mamá

Elsa terminó de reescribir su propia carta, porque si le sorprendía la muerte, sin avisar, ya podía descansar tranquila y en paz con todos sus secretos. Sacó de la caja una flor de cardo seca, que el tiempo había inmortalizado en un rosa pálido, del color del cuarzo, aunque su cerebro la recordaba de un rosa encendido e insultante, como todos los secretos que guardaba desde hacía décadas en su corazón. La dejó sobre la laca china de su tocador, se miró en el espejo y sonrió. La vida había pasado con tantos acontecimientos que pudo contarlos, de un vistazo, en cada una de sus arrugas. Sacó después un paquete grueso de cartas atadas con una cinta, los años habían amarilleado el papel hasta convertirlo en nostalgia. Rozó suavemente los sobres de aquellas misivas con la yema de su dedo índice antes de besar la flor y dejarla junto a ellas. Volvió a mirar al espejo. Una lágrima, solo una, recorría lenta su mejilla entre los pliegues que el tiempo había

plasmado en aquella piel, como un camino abrupto de vida.

Se peinó despacio. Dejó cada objeto ordenadamente dentro de la caja, como hacía tantas noches, y esa nota manuscrita hace algunos años en cuyo dorso se leía, «Gogo, tú sabrás y custodiarás para siempre todos y cada uno de mis secretos». Después se quitó la bata de seda rosa fucsia, brillante, se metió en la cama y cerró los ojos suavemente, con toda esa dulzura que le habían arrebatado tantas veces. Estaba feliz porque a pesar de haberse despedido de su tía Catalina La Bella dos días antes, había conseguido que se reencontrase con su hijo, liberándose de toda la carga de su secreto.

Y cuando París se mecía en su duermevela aquella noche fría y serena de noviembre, dejó volar la imaginación para sumergirse en sus sueños más dulces, en su infancia de estrellas y en las sonrisas y la mirada azul de Thistle Bloom, sin saber que nunca más volvería a despertar.

Nacho Montes (Madrid, 1970) pisó con dieciocho años los talleres de escritura de la Escuela de Letras, donde se diplomó en Creación y Estudios Literarios antes de entrar en la Universidad Antonio de Nebrija para licenciarse como periodista en 1994.

Lleva toda su carrera ligado al mundo de la comunicación a través de la radio, la prensa y la televisión. Tras una larga etapa como periodista de informativos, sus primeras crónicas sociales aparecieron en Radio España. Más tarde empezó a escribir en Época, La Revista de Ana Rosa y Arte de Vivir, entre otras, y llegaron las colaboraciones de moda y sociedad en la Cadena Cope (El Show de Nacho Montes en La Tarde con Cristina López Schlichting) y Telecinco (Las joyas de la Corona, Sálvame, Qué tiempo tan feliz, El programa de Ana Rosa, El DBT de Gran Hermano, De buena Ley, Pasaporte a la isla, Viva la Vida…). No tuvo miedo a los trampolines de Mira quién salta ni a Supervivientes, donde quedó finalista en la edición de 2014.

Podemos verle en los medios y leerle en Divinity a través de una

popular columna digital, Divin@s con Nacho Montes, donde analiza bodas, alfombras rojas y eventos sociales con sus «Aciertos y errores» y todo desfile de moda con su «Puntadas con o sin hilo».

Es un conocido creador de contenido de estilos de vida para infinidad de marcas en las redes sociales @NachoMontesTV.

En La Esfera ha publicado con gran éxito ¿Nada que ponerte?, Zapatos rojos para saltar en los charcos y El hijo de la costurera. La novela de Balenciaga.

ÍNDICE

Sobre este libro

Portadilla

Dedicatoria

Citas 1

Citas 2

PRIMERA PARTE
SCHIAP Y LAS ESTRELLAS
1
1890
2
3
4
1905
5
6
7
8
9
10
11
12
1909
13
14
15
16
17
1910
18
19
20
21
1914
22
1916
23
24
25
1919
26
1920

27
SEGUNDA PARTE
LA ITALIANA
1922
28
29
30
31
32
33
1927
34
35
36
37
38
39
40
1928
41
1931
42
43
44
1932
45
1934
46
47
48
1937
49
50
51
52
53
54
55
56
1938
57
58
59
60

61
62
63
64
1939
65
1940
66
DESENLACE
1962
67
68
69
70
71
1973
72
73

Sobre el autor

Índice

Créditos

Tabla de Contenidos

Primera edición: septiembre de 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com*; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Nacho Montes, 2021

© La Esfera de los Libros, S.L., 2021

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-181-6

Depósito legal: M. 20.216-2021

Fotocomposición: Creative XML, S.L.U.

Impresión y encuadernación: Unigraf

Impreso en España-*Printed in Spain*

Tabla de Contenidos

primera parte
SCHIAP Y LAS ESTRELLAS
1
1890
2
3
4
1905
5
6
7
8
9
10
11
12
1909
13
14
15
16
17
1910
18
19
20
21
1914
22
1916
23
24
25
1919
26
1920
27
segunda parte
LA ITALIANA
1922
28

29
30
31
32
33
1927
34
35
36
37
38
39
40
1928
41
1931
42
43
44
1932
45
1934
46
47
48
1937
49
50
51
52
53
54
55
56
1938
57
58
59
60
61
62
63
64
1939

65
1940
66
DESENLACE
1962
67
68
69
70
71
1973
72
73